

BOLETÍN
DE LA
REAL SOCIEDAD GEOGRÁFICA

NECROLOGÍA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONÉS

El Excmo. Sr. D. Cesáreo Fernández Duro
Presidente de la Real Sociedad Geográfica (1).

I

Fernández Duro, marino.

Discurso del Sr. D. Manuel de Saralegui y Medina.

ALTEZA; *Señoras y señores:*

No reputéis osadía mi presencia en este sitio, que significa, más que otra cosa, profundo acatamiento á una virtud.

Cedo, al ocuparlo, á las imposiciones de la obediencia, cuyos apremios parecen tanto más incontrastables, cuanto más grato es el objeto que las motiva y cuanto más suave es la autoridad que las ordena.

Y en tal concepto, ¿cómo podría yo haberme resistido á obedecer en la ocasión presente?

¿Cómo encontrar más grata empresa para un marino español que la de celebrar, en medida justa, la buena memoria del varón insigne que ennobleció los anales de su Cuerpo, ni cómo soñar autoridad más benigna y agradable que la de

(1) Véase el acta de la velada necrológica que, bajo la presidencia de S. A. R. el Sermo. Sr. Infante D. Carlos, dedicó la Sociedad á la memoria del Sr. Fernández Duro en la noche del 5 de Junio de 1909, primer aniversario de su fallecimiento. (*Revista de Geografía*, tomo IV, pág. 231).

esta *Real Sociedad Geográfica*, amplio nido de la ciencia y del trabajo, que en los excesos de su generosa benevolencia ha querido descender hasta honrar con su efímera representación á quien, sin dotes que le abonen, tiene el honor de dirigiros la palabra?

¡Feliz yo, si al hacerlo brevemente, logro atenuar un tanto vuestra molestia al escucharme, desvaneciéndome tras los múltiples merecimientos que circundan como nimbo de honor la venerable figura del Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, la absoluta insignificancia de mi propia personalidad; y más feliz aun, si con las vulgaridades de mi torpé labio, consigo brillantar un tanto sus talentos y virtudes, á la manera que el disco obscuro de la luna hace que sean perceptibles las estrellas, si se interpone en pleno día y nos eclipsa el esplendor del sol!

Nacido el Sr. Fernández Duro en la provincia de Zamora, allí donde no llegan jamás los acariciadores murmullos ni el estridente fragor de los vientos oceánicos, y donde —ayer mucho más que hoy— debieran presentarse con semblante pavoroso las imponentes convulsiones del mónstruo azul, del que dijera un sabio: «que no se queje de él quien, sordo á la razón, segunda vez lo pase», la misma persistencia y poderosa energía de aquellas espontáneas inclinaciones que le arrastraban á vivir y á luchar en elemento extraño, parecen algo así como augurio providencial de gloria y de fortuna, en galardón á un arranque valeroso realizado sin tibiezas ni vacilaciones y en edad hartó temprana.

El 24 de Febrero de 1845, día preciso en que el joven D. Cesáreo cumplía los quince años de edad, sentó plaza en el servicio de la Armada, ingresando como aspirante en el hoy desaparecido Colegio Naval Militar, para ser promovido al empleo de Alférez de navío, en 7 de Enero del 53, después de haber cursado en aquella escuela, con el aprovechamiento propio de su inteligencia y aplicación, los estudios teóricos de su difícil oficio, y de haberlos practicado con igual esmero en diversos buques y comisiones, durante los seis años que, como guardia marina, navegó por las cos-

tas de Europa y del Archipiélago Magallánico, y de haber recibido honroso bautismo de fuego en una de aquellas frecuentes luchas sostenidas por nuestros compatriotas contra los indomables piratas joloanos, lucha que terminó, por entonces, con el ataque y valerosa toma de la capital de aquella sultanía, y que motivó la concesión al Sr. Fernández Duro de la cruz de San Fernando, por haber cooperado dignamente á bordo del bergantín *Ligero* al éxito feliz de tan bizarra operación.

Continuó después sus navegaciones por Europa é inauguró las de los mares de América, en ocasión de que aquella opulenta isla de Cuba, eterno panteón de hermanos nuestros y sima, al fin, donde, cediendo al poder de mano artera, se hundieron las últimas reliquias de un imperio legendario, se hallaba amenazada por una de las muchas expediciones filibusteras que, con perjuicio y desconocimiento del derecho histórico, eran preparadas y salidas de las cercanas costas de un país frontero; pero como quiera que á la sazón estaban ya consagradas las excelentes condiciones de nuestro personaje para el estudio y dominio de las ciencias todas, á las que no obstante el exacto cumplimiento de sus deberes profesionales venía celoso dedicando cariño preferente y solícita atención, el Gobierno, ganoso de enriquecer el claustro de Profesores del Colegio Naval, plantel ilustre de los hoy viejos Oficiales de Marina, con varones dignos de tan alto objeto, se acordó del joven Oficial ausente de la patria, y le honró con el difícil cargo que fué diadema de sus pocos años.

Desde 1.º de Enero de 1857 hasta 1.º de Julio del 59, desempeñó su cátedra del Colegio el Sr. Fernández, y cuando ascendido ya á Teniente de navío parecía entregado al descanso en las amenidades de un hogar tranquilo, ultimaba el primero y uno de sus más notables trabajos, adicionando, con esmerado pulso, el *Tratado de Cosmografía* que, desde antiguo, servía de texto en el ya tantas veces mencionado instituto militar.

La difícil facilidad, la elocuente concisión, la rigurosa

exactitud y la deslumbrante nitidez, propiedades características del famoso Tratado que, formando parte de un *Curso completo de estudios elementales de Marina*, redactara con admirable acierto el sabio y perseguido General D. Gabriel de Ciscár, eran escollos formidables que parecían imposibilitar todo intento de modificación en el trabajo insigne: que ni es empresa fácil la de reducir á conceptos elementales las profundísimas teorías de la ciencia de los cielos, máxime si ellos han de servir de fundamento á los delicados cálculos de la navegación, de que depende, en todos casos, la seguridad del marinero; ni es, tampoco, misión de fácil logro la de imitar el elegante estilo y la matemática precisión de las enseñanzas y definiciones de un sabio, que han llegado por ello hasta nosotros, y que están destinadas por ello á perdurar.

Airoso salió el Sr. Fernández Duro de su laudable empeño.

Al adicionar con suprema sencillez al texto original la explicación moderna de multitud de fenómenos, tales como la precesión de los equinoccios, la nutación, la aberración de la luz, las estaciones y las mareas, hubo de añadirle aún, en concepto de apéndice oportuno, una colección de problemas náuticos, de situación, esmeradamente escogidos y resueltos con perfecta claridad: y de que no son apasionadas mis palabras ni hay vislumbre de exageración en mis afirmaciones, es prueba concluyente, aun más que la Real orden de gracias en que se prodigaban al autor justísimos elogios, la significativa circunstancia de haber continuado de texto hasta la clausura definitiva del Colegio, aquel modesto pero inapreciable libro, suficiente á cubrir todas las necesidades náutico-astronómicas de los que, al amparo de sus elementales preceptos, hemos ido saliendo, después de su publicación, á navegar.

Para quien conozca lo fatigoso que es, en todas ocasiones, el servicio en los buques del Estado, y cuán agobiador se torna en circunstancias especiales de naval campaña, que no es esta ocasión de describir, resultará punto menos que im-

posible el darse cuenta cabal de los excesos de actividad y del verdadero derroche de aplicación y buen deseo de que debió hacer gallardo alarde quien desempeñando con meticoloso celo y puntualidad no interrumpida el mando del vapor *Ferrol*, en las postrimerías de la guerra de Africa, y la Secretaría de la Escuadra de operaciones de Méjico, durante la famosa expedición que dió preciada celebridad política al inolvidable General Prim, tuvo espacio todavía para preparar la publicación de los *Naufragios de la Armada Española*, libro curiosísimo y único en su género, y de dar á la estampa el que tituló *Nociones de Derecho internacional marítimo*, que después de ser aprobado por Real orden laudatoria de 31 de Agosto de 1863, mereció ser premiado con medalla de plata por el Jurado de la Exposición Marítima del Havre, y fué inseparable compañero de los noveles Oficiales que habían completado con la lectura de sus páginas el heterogéneo caudal de sus modestos conocimientos profesionales.

Muchísimas son las honrosas comisiones desempeñadas en todos tiempos por el Sr. Fernández Duro, cuya clara inteligencia, incansable aplicación y noble solicitud, eran utilizados constantemente por el Gobierno de S. M., en la plena seguridad de ser siempre cumplidamente satisfecho en sus propósitos, sin incurrir jamás en pecado de abuso, con quien hacía, excediéndose á sí propio, de su trabajo religión y religión de su deber.

Secretario de la Comisión central de Pesca, al crearse este organismo; de la Junta superior Consultiva de la Armada, hasta el momento mismo de su disolución, y del Gobierno superior Civil de la isla de Cuba durante el accidentado mando del bizarro General D. Antonio Caballero de Rodas, con quien salió á operar diversas veces, formó parte el Sr. Fernández Duro de la representación de España en las Exposiciones internacionales de Pesca de Arcachón y de Boulogne Sur Mer, como ya lo había hecho de la del Havre en época anterior; fué individuo del Jurado de la de Nápoles, por elección del Comité directivo del Certamen; Comi-

sario español en la de Viena; Vocal de la Junta organizadora de la Nacional de Artes é Industrias celebrada en esta Corte; Secretario de la Comisión creada para la reforma de las Ordenanzas navales; y, por fin, en Marzo de 1875, hallándose ya en posesión del empleo de Capitán de navío de la escala de reserva, fué designado para formar parte del Cuarto militar de S. M., como Ayudante de órdenes del malogrado Rey Alfonso XII, á quien acompañó durante la expedición que preparó, en los campos vascongados, el venturoso fin de una lucha fratricida.

Y como quiera que allí donde acudió nuestro marino tuvo la excepcional fortuna de dejar brillante estela de su paso, ora en los apreciables frutos de su gestión inteligente, ora en la redacción de multitud de Memorias y folletos, reflejo fiel de sus múltiples estudios, y así en las gallardías de su conducta militar caballeresca, como en las varias manifestaciones de su fidelidad, no es, por cierto, extraño que al fallecer, honrado con elevada jerarquía, ostentase un verdadero cúmulo de títulos y condecoraciones, patente muestra, á la vez que de éxitos positivos, del aprecio que al Poder merecieron sus servicios, y de la respetuosa consideración con que fueron en todas partes recompensados su talento, su honradez y su labor.

Tal es, á grandes rasgos trazada, la silueta naval del ilustre maestro en cuya memoria nos reunimos esta noche.

Obrero incansable de la inteligencia, diligente investigador de la historia de la Patria, noble mantenedor de los timbres de su Cuerpo, geógrafo entusiasta, militar pundonoroso y caballero cumplido, el Sr. D. Cesáreo Fernández Duro ha dejado en cien Corporaciones un vacío perdurable, á sus conciudadanos un alto ejemplo de virtud sin tacha, y á sus compañeros de armas..... un blasón.

II

Fernández Duro, historiador y literato.

Discurso del Sr. D. Jerónimo Becker.

SERENÍSIMO SEÑOR; *Excmos. Sres.; Señoras y señores:*

Al contemplar el número y apreciar la calidad de los que, respondiendo á la invitación de la Real Sociedad Geográfica, habéis querido asociaros al homenaje que tributamos á la memoria del que fué nuestro ilustre Presidente, acude á mi imaginación esta famosa frase de Augusto Comte: *los muertos rigen y gobiernan á los vivos.*

Posible es que vosotros no aceptéis esa frase, como yo tampoco la acepto, en el sentido y con el alcance que la diera el autor de la *Filosofía positiva*; pero lo cierto es que si el organismo humano deja de funcionar; si la luz de la inteligencia se apaga y el calor de la vida se extingue en el ser; si la materia se descompone, y descompuesta vuelve al seno de la tierra de donde salió; cuando el hombre, en su rápido y fugaz paso por este destierro, ha cumplido con la ley de su existencia, buscando por medio del trabajo y del cultivo de sus facultades la perfección que ha de acercarlo á la eterna verdad y á la suprema belleza, puede decirse que sobrevive y que, en espíritu, queda aquí, entre nosotros, rigiéndonos y gobernándonos, con el ejemplo de su conducta, que debemos imitar, y con la labor de su inteligencia, que traza nuevos rumbos y abre caminos hasta entonces ignorados á nuestro pensamiento.

Y si el muerto ha llevado entre nosotros el nombre de D. Cesáreo Fernández Duro, ¿cómo no confesar que lo que aquí nos reúne es el respeto á su memoria querida, la admiración á su labor maravillosa, la gratitud que le debemos

por los eminentes servicios que prestó á la cultura española, y cómo no reconocer que ha de regirnos y gobernarnos, puesto que prometemos seguir su ejemplo y utilizar sus enseñanzas?

Esto es, señores, lo que nos proponemos hacer esta noche, porque nada más propio para honrar al que fué en vida espejo de caballeros, dechado de ciudadanos y modelo de maestros, que mostrar su ejemplo y señalar sus enseñanzas.

¡Ejemplo hermoso el suyo, de amor á la ciencia, de perseverancia en el trabajo, de honrado y sano patriotismo; ejemplo hermoso el del hombre que no contento con haber defendido el honor y la integridad de la Patria con las armas en la mano, defiende con éxito sus intereses en los fecundos certámenes de la paz, en la Exposición Marítima internacional de Nápoles, en las Exposiciones universales de Viena y de Filadelfia y en el Congreso Arqueológico de Soissons, contribuyendo así al desarrollo de la riqueza y al progreso material del país; y en fin, que presta á su Patria servicios eminentes, ora concurriendo en 1876-78 á determinar la situación de Santa Cruz de Mar Pequeña, ora presidiendo aquella famosa Comisión encargada de estudiar las cuestiones de límites pendientes entre Colombia y Venezuela, Comisión de la que formaron parte los insignes americanistas D. Justo Zaragoza y D. Marcos Jiménez de la Espada, y cuyos trabajos notabilísimos es lamentable que no sean conocidos!

Y fecunda enseñanza, la que nos lega en múltiples aspectos de los humanos conocimientos; porque fué tan varia, tan completa y tan profunda su labor como geógrafo, como americanista, como hombre de administración, como marino, como académico, como historiador y como literato, ya abordando los más difíciles problemas, ya dando nuevos giros á viejas cuestiones, ya señalando más acertados rumbos á la investigación y á la crítica, que en sus obras el más erudito encuentra siempre algo que aprender y el más profundo no poco que admirar.

Claro es que, tratándose de tal labor, no es posible ex-

ponerla, ni aun apelando á grandes síntesis, en el tiempo de que, sin gran fatiga para vosotros, podemos disponer esta noche. Por ello habremos de limitarnos á llamar vuestra atención sobre los rasgos más salientes que ofrece el trabajo realizado por el Sr. Fernández Duro, y yo especialmente, al evocar ante vosotros su figura como historiador y como literato, casi no haré otra cosa que citar los títulos de algunas de sus obras, ahorrándoos así, en cuanto de mí dependa, dentro del cumplimiento de la misión con que se me ha honrado, la molestia de escucharme, y procurando alcanzar vuestra benevolencia por la brevedad de mi trabajo, ya que no pueda aspirar á merecerla por otro concepto.

* * *

Era aún relativamente joven el Sr. Fernández Duro cuando comenzó á publicar sus *Disquisiciones náuticas*, conjunto peregrino de variadísimas noticias, en su inmensa mayoría nuevas; con cuya obra, al par que puso en práctica aquella feliz hermandad de las armas y de las letras, de que habló el insigne Manco de Lepanto, fijó definitivamente su vocación y se reveló como un verdadero historiador al exteriorizar la extensión y profundidad de sus conocimientos en Historia, Arqueología, Arquitectura naval, Numismática é Iconografía.

Habría bastado esto para que quedase consagrada en la opinión de los doctos su fama de historiador; pero la fecundidad prodigiosa del Sr. Fernández Duro le permitió agregar bien pronto otros estudios estimables: primero, la *Colección bibliográfico-biográfica* de noticias referentes á la provincia de Zamora; luego, el *Romancero de Zamora*; más tarde, *Pedro Mato y la gobierna*, capítulo de la Historia, entonces inédita, de dicha región, y por fin, los cuatro tomos que componen las *Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y obispado*. Con estas obras quiso, según él mismo dice, pagar la deuda que todo hombre contrae al nacer con el suelo que le dió cuna: la de emplear en su servicio la mejor porción de su inteligencia, y á fe que la

paga fué espléndida, porque el Sr. Fernández Duro, al par que dió á conocer multitud de datos interesantes, como la fecha de la fábrica de San Cebrián, los cuadros de Fernando Gallego y los nombres, ignorados hasta entonces, de los artífices que produjeron las admirables rejas y la preciosa sillería de la catedral, hizo gala de sus conocimientos en las Bellas Artes al estudiar los monumentos que encierra la citada capital.

En este mismo orden de estudios, y demostrando que la aridez de las investigaciones en los Archivos no había apagado en su alma el sentimiento artístico ni la severidad del historiador era incompatible con los entusiasmos del amante de las Nobles Artes, publicó otros trabajos, como la *Correspondencia epistolar de D. José de Vargas y Ponce y otros en materia de arte y La tapicería de Bayeux, en que están diseñadas naves del siglo XI*; todo lo cual le valió ser llamado, con no largo intervalo de tiempo, al seno de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando.

No son éstas, sin embargo, las obras en que brillan en todo su esplendor las condiciones de historiador del señor Fernández Duro.

Para apreciar esas condiciones debidamente es preciso examinar—aparte de los trabajos relativos á la Historia de América, de los cuales no debo ocuparme—sus obras *La Marina de Castilla*, la *Armada española desde la unión de los Reinos de Castilla y Aragón*, *Tradiciones infundadas* y *Estudios históricos del reinado de Felipe II*. De las dos primeras debía haberos hablado esta noche persona competentísima; no intentaré yo sustituirla—sería vano empeño el mío si lo pretendiera—, y por ello, limitándome á deciros que acaso aquéllas, aunque encierren los materiales necesarios para escribirla, no sean en realidad una verdadera Historia de esta Marina nuestra, tan maltratada por la ignorancia y tan grande hasta en sus desastres, habéis de permitir que consagre mi atención á las *Tradiciones infundadas* y á los *Estudios históricos del reinado de Felipe II*, que constituyen,

en mi humilde juicio, un poderoso alarde de erudición histórica y un modelo de crítica serena, desapasionada, absolutamente imparcial.

En las *Tradiciones infundadas* realiza el Sr. Fernández Duro una de las misiones más ingratas, pero más propias del historiador: la de despojar á la Historia de todo aquello que ha forjado la fantasía popular, dejando reducidos los hechos á las proporciones que realmente tuvieron ó negándolos en absoluto. Ciertas figuras pierden parte del nimbo poético ó heroico de que aparecen rodeadas; pero, en cambio, ganan en realidad, y en definitiva, cuando se trata de personalidades muy salientes ó de grandes sucesos, no por eso desmerecen unas y otros en el juicio de la posteridad. Así sucede con las rectificaciones llevadas á cabo por el Sr. Fernández Duro.

¿Qué importa, señores, que no sea exacto que Hernán Cortés quemara sus naves, y en qué amengua esto la grandeza, verdaderamente épica, de la temeraria empresa realizada por aquel caudillo, cuya figura es estudiada hoy con cariño en los más importantes Centros militares del extranjero, y cuya obra ha merecido ser comparada recientemente con la de los grandes Capitanes Aníbal, César y Napoleón? ¿En qué afecta á la gloria alcanzada por D. Juan de Austria en Lepanto, el que llevase ó no en la galera real la imagen de Nuestra Señora del Rosario, que se venera en el panteón de Marineros ilustres? ¿Qué importa que no haya sido morado el pendón de Castilla, si por esto no se borra una sola de las hazañas con que asombraron al mundo nuestros viejos tercios durante los siglos xv y xvi? ¿Dejará Pedro de Alvarado de ser uno de los más notables conquistadores de Nueva España, porque en la famosa *Noche triste* atravesase por medio de una viga la ancha zanja de la calzada de Tlacopan y no diese, apoyado en su lanza, el famoso salto que han encomiado los historiadores y cantado los poetas? ¿Es que al negar fundamento al aserto de que Isabel I de Castilla ofreció empeñar, ó empeñó, las joyas de su adorno personal para costear el viaje de Colón por el in-

cierto camino de Catay, se amengua en lo más mínimo el alto concepto que en la conciencia popular y ante la crítica histórica merece aquella gran señora, cuya hermosísima figura llena casi por completo nuestra Historia en la segunda mitad del siglo XV con las sublimes intuiciones de la Reina, las supremas delicadezas de la mujer y las infinitas amarguras de la madre?

Estas rectificaciones, maravilloso trabajo de investigación y de crítica, con valer tanto, no tienen, sin embargo, la importancia que los estudios consagrados al reinado de Felipe II.

Fueron éstos cuatro, titulados *La conquista de las Azores*, *La Armada invencible*, *El desastre de los Gelves* y *Antonio Pérez en Inglaterra y Francia*. Ninguno de ellos, como sus títulos indican, constituye una obra de conjunto; y es natural que así fuese. El Sr. Fernández Duro comprendía sobradamente que, no obstante existir libros tan estimables como los de Gachard, el Marqués de Pidal, el Conde de Moüy, Stirling Marwell, Forneron, Muro, Maurenbrecher, etc., no poseíamos entonces, como no poseemos aún hoy día, con haberse publicado después las obras de Morel-Fatio, Froude, Marck, Martín Hume, el P. Montaña, Danvila, Suárez Inclán, Laughon, Mons. Namèche, Philippson, Boglietti, Haebler, etc., los elementos necesarios para escribir una historia completa, detallada y sólidamente documentada de ese reinado.

Conocemos, aunque visto de un modo deficiente y parcial, lo relativo á la política exterior; pero falta el estudio de la Historia interna, de la Historia social, económica y financiera, que ha de deducirse, en gran parte al menos, de las Actas de las Cortes y de las Consultas de los Consejos, y falta, sobre todo, el examen de ese reinado desde el punto de vista español. Para esta empresa, cuya realización acaso exija más espacio que el que consiente la vida de un hombre, es indispensable comenzar por el estudio de cada uno de los incidentes que durante aquél tuvieron lugar; y esto es lo que hizo el Sr. Fernández Duro, analizando primero

las causas del tremendo fracaso de la expedición naval proyectada contra Inglaterra; exponiendo luego la conquista de las Azores, que permanecieron fieles á aquel famoso pretendiente portugués, el Prior de Crato, que, apoyado más ó menos directamente por Francia, disputó durante algún tiempo á Felipe II la Corona vacante por muerte del Cardenal D. Enrique; analizando después las causas y las consecuencias del desastre sufrido en los Gelves en 1560, y examinando, por último, la conducta del Secretario Antonio Pérez, cuyo proceso ha servido á algunos escritores parcialísimos para lanzar severos cargos contra el Monarca español.

Las conclusiones que acerca de cada uno de estos puntos estableció el Sr. Fernández Duro en sus obras, lejos de haber sido destruídas, resultan afirmadas y robustecidas por los estudios posteriores.

El insigne maestro había visto, más que en la hostilidad de los elementos, en la incapacidad del Duque de Medinaceli, involuntario caudillo de la Escuadra, la causa efectiva del desastre de la *Invencible*, y los documentos en que aquél se apoyó han sido aumentados con los que posteriormente dió á conocer M. Laughton.— De la complicidad de Francia en la resistencia que en Portugal opusieron á Felipe II determinadas personalidades nadie duda ya, como tampoco duda ya nadie de la parte activa y eficaz que Francia tomó después en la rebelión de 1640, ni del apoyo que prestó al Duque de Braganza.— Puede señalar todavía, en el sentir general, el fracaso de la *Invencible* el término de nuestro poderío marítimo; pero los que hayan profundizado en estos estudios, piensan, seguramente, como el Sr. Fernández Duro, que el desastre de los Gelves, con no haber entrañado menor pérdida material, ejerció mayor influencia moral, por dejar en absoluto dueños y señores de la mar á los turcos, y entregadas á su estrago, no sólo las costas de Italia, sino también las de España, mientras que el fracaso de Inglaterra poco afectaba á estas costas ni á su navegación ultramarina, como se vió en las desastrosas

expediciones de los ingleses á la Coruña, Lisboa y Azores.

Y en cuanto á Antonio Pérez, aunque el pleito entre los defensores de éste y los panegiristas de Felipe II no se haya solventado de un modo definitivo, es lo cierto que, completados los estudios de Bermúdez de Castro y de Muro, ya no puede pasar por retrato verdadero del Secretario el trazado por Mignet, ni cabe admitir las atenuaciones que estampa Morel-Fatio, y que, por el contrario, el anatema que sobre aquél lanzó el Sr. Fernández Duro, acusándolo, sin admitir excusa, del crimen de traición, cobra cada día más fundamento, hasta el punto de que de architraidor lo califica Martín Hume en un reciente estudio. De los trabajos publicados por Froude, Marek y el citado Hume, lejos de resultar el Monarca español con aquel sombrío carácter que le hacía acreedor al dictado de *demonio del Mediodía*, aparece como un hombre de condiciones no sobresalientes, pero personalmente más simpático de lo que generalmente se ha creído, profundamente religioso y eminentemente político, poseído de su representación en el mundo y capaz de arrostrar las más tremendas pruebas, sin apartarse un ápice de lo que estimaba su deber; y á su vez, cada día aparece también más evidente que Antonio Pérez, hombre sin duda de gran talento, de mucha cultura y de innegable valía, pero de insaciable vanidad, adulador, vicioso y corrompido, se dejó arrastrar por sus pasiones al mayor de los crímenes: conspirando contra su propia Patria, después de haber engañado á su Rey y divulgado los secretos de su alto oficio á la compañera de sus ilícitos amores, y que por esto recibió al fin el merecido castigo, porque los mismos á quienes en daño de España y de su Soberano pretendió servir, lo envolvieron en su desprecio y lo condenaron á la miseria, cumpliéndose así en él la sentencia que la propia mano del *Peregrino* dejó trazada: «El traidor es limón que, una vez exprimido, se arroja».

No me es posible, señores, ampliar estas ligerísimas consideraciones generales descendiendo á examinar en detalle la influencia ejercida por los trabajos históricos del señor

Fernández Duro en las obras publicadas con posterioridad; pero permitidme añadir que era tal, como ya he indicado, la variedad de aptitudes del que fué en vida nuestro insigne Presidente, que á sus dotes de profundo historiador y á sus conocimientos artísticos, geográficos, etc., unió envidiables cualidades de literato, reveladas, no sólo en la felicísima redacción de sus trabajos históricos, cuyo lenguaje toma á veces vuelos que elevan su estilo á las alturas de la verdadera elocuencia, sino en el libro que publicó con el título de *Venturas y desventuras*.

No es éste, en realidad, una colección de novelas, aunque así lo calificó su autor, sino una serie de artículos de muy diverso carácter. Hay entre ellos algunos que son verdaderos esbozos de novela; otros, cuadros de costumbres, trabajos de vulgarización científica, páginas meramente literarias y aun sentidas notas de patriotismo. En todos se reflejan altas dotes de escritor, luciendo el Sr. Fernández Duro la riqueza de su imaginación en el titulado «El número 224»; distinguiéndose por el vigor y el colorido de las descripciones los que llevan los epígrafes de «El brazo de Viriato» y «Para verdades el tiempo»; siendo notable por la justeza con que están pintados los caracteres, el denominado «¡Qué suerte!», y resultando hermosos alardes de humorismo y de erudición los titulados «Los pelos», «Beso á usted la mano» y «La cocina del Quijote». Todos están escritos en lenguaje castizo y elegante y demuestran que su autor habría podido ser, si se lo hubiese propuesto, un excelente novelista.

Heroico soldado, notable literato, inteligentísimo en arte, consumado geógrafo, eximio historiador....., todo esto fué nuestro inolvidable Presidente. Pero si nos detenemos un momento siquiera á considerar lo que palpita en el fondo de la larga vida y de la asombrosa labor del Sr. Fernández Duro, advertiremos fácilmente, como nota culminante de la una y de la otra, su intenso patriotismo.

No fué el insigne maestro de los que tienen á todas horas en los labios el nombre de la Patria, pero fué de los que llevan perpetuamente grabada su imagen en el corazón; de

los que hacen un culto de su amor; de los que luchan por ella en el campo de batalla y en el campo de la ciencia; de los que la dan su sangre, la vida del cuerpo y los frutos de su inteligencia, la vida del espíritu; de los que, penetrando en los misterios de su historia á través de las patrañas y de las calumnias de sus enemigos, avaloran sus grandezas, subliman sus heroísmos, depuran sus errores, explican sus caídas y nos enseñan á creer y á esperar; á creer en la madre fecundísima que ha poblado los mares de constelaciones de pueblos, y á esperar que suene para ella, en el reloj de sus destinos inmortales, la hora gloriosa de su anhelada resurrección.

Honremos, pues, señores, la memoria del sabio y del patriota. Honrémosla más con nuestros hechos que con nuestras palabras, imitando su alto ejemplo y siguiendo sus fecundas enseñanzas. Así nuestro llorado Presidente seguirá rigiéndonos y gobernándonos, como nos rigió y gobernó en vida; en espiritual comunión con él de ideas y de sentimientos, cumpliremos nuestro destino, ascendiendo por la escala sin fin del progreso, teñida con la sangre de tantos mártires de la ciencia é iluminada por los resplandores de tantas centelleantes ideas, y de esta suerte, cuando nuestro cuerpo deleznable baje al sepulcro y nuestra alma inmortal ascienda á ese mundo entrevisto por nuestra imaginación en las exaltaciones de nuestra fe, podremos aspirar á unirnos definitivamente con él y á saciar juntos por toda una eternidad, en el amor infinito y en la verdad absoluta, la sed inextinguible de amar y de saber que abrasa nuestro espíritu.

III

Fernández Duro, americanista.

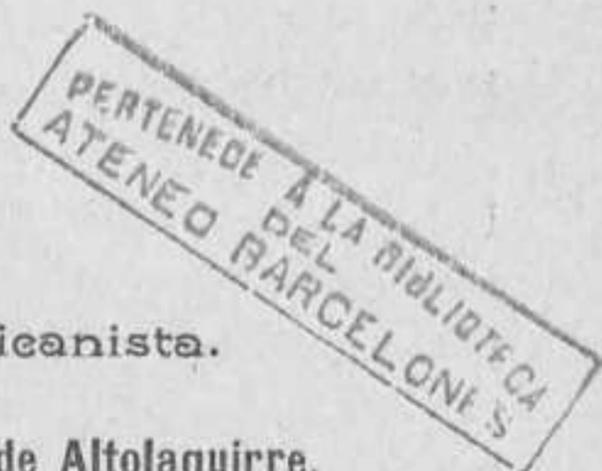
Discurso del Excmo. Sr. D. Angel de Altolaquirre.

SERENÍSIMO SEÑOR; *Señoras y señores:*

Si altos sentimientos de gratitud y cariño no me impusieran el deber de cooperar á este solemne acto, en que la Real Sociedad Geográfica rinde un tributo de admiración al que fué su digno Presidente, y consideré siempre como mi ilustre maestro, hubiera declinado el honor que me habéis conferido, á fin de que otro de mis dignos compañeros, con mayor elocuencia y profunda crítica, os expusiera en brillante síntesis la extraordinaria labor realizada por D. Cesáreo Fernández Duro como historiador del Nuevo Mundo.

Sus trabajos acerca del *Origen y sucesión del Patriarcado de las Indias*, *Los holandeses en América*, *D. Diego de Peñalosa y su descubrimiento del Reino de Quivira*, *Antigüedades en América Central*, *La pesca de los vascongados y el descubrimiento de Terranova*, *Primeras noticias del Yucatán*, *Los Cabotos Juan y Esteban* y *La mujer española en Indias*; los extensos prólogos y eruditas notas con que ilustró la *Historia de Venezuela*, de Oviedo y Baños; los tres tomos de *Documentos relativos á la historia de la isla de Cuba*, los dos de los *Pleitos de Colón* y el del *Vaticinio de la pérdida de las Indias*, publicados por la Real Academia de la Historia, constituyen un arsenal de noticias, rectificaciones y acertados juicios que él solo bastaría, si Fernández Duro no tuviera otros títulos, para acreditarle como uno de los historiadores más serios y fecundos de nuestro tiempo.

Pero con ser tan importantes estos trabajos, lo son aún más los que durante muchos años realizó con extraordina-



ria perseverancia, con el fin de reivindicar para España la parte de gloria que legítimamente le corresponde en la magna empresa del descubrimiento de América.

La historia del Almirante D. Cristóbal Colón, escrita por su hijo D. Fernando, hállase inspirada por dos distintos sentimientos: noble y generoso el uno, el amor filial, que conduce al autor á presentar á su padre como modelo de perfecciones, ocultando cuanto de algún modo pudiera menguar su prestigio; pequeño y ruín el otro, que, instigado por el despecho de no ver logrados los ambiciosos propósitos de vincular en su familia la soberanía efectiva del Nuevo Mundo, le arrastra á descargar sus iras contra el Rey Católico y contra los españoles que cooperaron directa ó indirectamente al descubrimiento del Nuevo Mundo, al comienzo de la colonización de la isla de Santo Domingo ó tuvieron alguna intervención en los asuntos del Almirante; y mezclando la verdad con la mentira, ocultando unos hechos, desfigurando otros, dando á entender lo que no se atreve á consignar claramente en su escrito, lleva al lector á deducir la consecuencia de que única y exclusivamente se debe á Colón el descubrimiento y de que el gran navegante fué víctima de la mala fe, de la ignorancia, de la envidia y de la ingratitud de los españoles.

Los historiadores consideraron la obra de D. Fernando Colón como la piedra angular en que descansaba la del descubrimiento; los poetas se encargaron de idealizar la figura moral del Almirante; los pintores, de presentárnoslo explicando á los admirados sabios españoles la original teoría de la forma esférica de la Tierra, ó exhalando el último suspiro en mísera vivienda, abandonado y olvidado de todos, y de este modo quedó formada la leyenda, en detrimento de la verdad histórica y del prestigio de España.

Parecía que la exaltación de Colón había llegado á un límite que no podía rebasarse, cuando en 1840 comenzó á historiar el descubrimiento de América el Conde Roselly de Lorges; hombre apasionado y violento, en nada reparó para apoyar la propuesta de beatificación de Colón, for-

mulada por el Cardenal Donet, Arzobispo de Burdeos, y á fin de allegar partidarios á su causa lanzó á la publicidad obra tras obra, en las que, despreciando cuanto prueban documentos irrefutables, atacó duramente al Rey D. Fernando el Católico, calificándolo de embustero, ladrón, perjuro y sacrilego, que ejecutó contra el revelador del globo el bestial principio de la fuerza contra el derecho, despojó inhumanamente al bienhechor de sus pueblos, colmó de favores á sus enemigos, quiso aniquilar su descendencia, sofocar su fama y borrar su memoria de entre los hombres.

Para el Conde Roselly no existieron ni documentos oficiales, ni testimonios de los que concurrieron á los hechos ó de ellos tuvieron noticias directas, ni pruebas de ninguna clase, y con el mismo encono que al Rey Católico juzgó al Obispo Fonseca, al Comendador Bobadilla, á Ovando, á Pedro Margarit, á Bernal Díaz de Pisa, á los Pinzones, al P. Buil y á todos los que no vieron en Cristóbal Colón al embajador de Dios, como le apellida el buen Conde; al ser privilegiado que mereció que el Supremo Hacedor lo escogiese para revelar á la humanidad la existencia de un nuevo mundo.

Si las obras de Roselly no hicieron cambiar el erróneo concepto que, fundados en la historia del Almirante escrita por su hijo D. Fernando, tenían ya formado los hombres de ciencia, influyeron no poco en el de las personas cultas que no habían hecho especial estudio de la materia, y la campaña de divulgación que emprendió el Conde, haciendo que sus obras se tradujeran á varios idiomas y procurando que circularan por todo el mundo, surtía sus efectos, llevando á todas partes la difamación de los españoles.

A contrarrestar los efectos de tan perjudicial propaganda se aprestó Fernández Duro, y sin parar mientes en que iba á arrostrar la impopularidad y ser objeto de acerbas críticas, firme en sus convicciones, seguro, porque predicaba la verdad, de que al fin y al cabo el triunfo sería suyo, publicó los interesantísimos estudios titulados *Las joyas de Isabel la Católica, Colón y Pinzón, Colón y la historia pós-*

tuma, Noticias de Colón, Nebulosa de Colón, Pinzón en el descubrimiento, Los grillos de Colón y numerosos artículos en periódicos y revistas, en los que, con documentos indubitables, con severa crítica y fundadas razones unas veces, y con fina sátira otras, no sólo rebatió las falsedades y exageraciones del Conde Roselly de Lourgues, sino que abrió profunda brecha en la leyenda colombina, haciendo perder á la historia escrita por D. Fernando el crédito de que gozaba, al demostrar la importancia de las gestiones que en favor de Colón hicieron los frailes del Monasterio de la Rábida, y muy especialmente Fray Juan Pérez; el apoyo que á Colón prestaron influyentes personajes de la Corte; la parte decisiva que en la organización de la Armada tomó Martín Alonso Pinzón, sin cuya intervención—dice—ni la Armada se hubiera aprestado, ni la expedición salido, ni las Indias descubiertas por entonces, porque puso para la empresa su influencia y autoridad, su persona con la de sus hermanos y deudos, los navíos de su propiedad y contribuyó á su equipo con respetable suma; la energía con que Pinzón se impuso á las tripulaciones, no para sofocar un motín que sólo existió en la acalorada fantasía del Conde Roselly, sino para desvanecer los temores y acallar el descontento que les había producido el no encontrar tierra á la distancia que Colón había predicho, y la falsedad de la supuesta traición de Martín Alonso al separarse forzosamente del Almirante al regreso de su primer viaje.

Pero no se limitó Fernández Duro á vindicar á los españoles, sino que, tomando la ofensiva y reconociendo ante todo que «la humanidad nunca tendrá sobrada gratitud ni sobrada admiración á Colón», demostró que estuvo sujeto, como todos los hombres, á flaquezas y defectos; que su vida privada no fué todo lo correcta que debía ser la de un embajador de Dios, y que D. Fernando Colón quedó como testimonio viviente de su amancebamiento con Beatriz Enríquez; que la soberbia y la ambición le cegaron hasta el punto de malquistarse con todos los españoles; que la crueldad le llevó á imponer durísimos y no justificados

castigos á indios y cristianos; que su gestión como Gobernador de la Española dejó mucho que desear; que hizo cuanto le fué posible por establecer la esclavitud en las Antillas, y que á pesar de todo los Reyes Católicos le guardaron grandísimas consideraciones, le colmaron de honores y riquezas, como lo prueba en el folleto titulado *Investigación de los bienes de Colón*, y se limitaron sólo á evitar que volviese á perturbar con su presencia el orden en las Antillas y á poner coto á sus absurdas pretensiones de vincular en su familia la soberanía efectiva de todo lo descubierto y que se descubriese en América.

En una notable conferencia que, con el título de *Primer viaje de Colón*, leyó Fernández Duro en el Ateneo de Madrid el año 1891, decía: «Los modernos admiradores de Colón han adoptado, en la exaltación de su personalidad, un método semejante al de las proyecciones fotográficas, dejando á obscuras la sala á fin de que el foco de luz realce la imagen única que presentan. Hay que bajar la pantalla para que los documentos restituyan al cuadro la luz natural y aparezcan 120 españoles y en el fondo España»; y en efecto, con documentos hizo Fernández Duro la luz suficiente para que en el cuadro aparezca la figura del Almirante en sus justas proporciones, y en segundo orden, pero inmediatamente detrás de ella, la de Pinzón al frente de los protectores de la magna empresa y de los tripulantes de las naves.

La labor realizada por Fernández Duro dió los apetecidos frutos, y si comparamos las obras que referentes al descubrimiento se publican en la actualidad con las escritas hasta mediados del pasado siglo, podremos apreciar la muy diferente manera con que hoy se juzga á las personas y se estiman los hechos, merced en gran parte á las enseñanzas que arrojan los estudios del docto académico, su obra no fué sólo científica, fué también patriótica; más que en conquistar Marruecos, como opinan algunos; más que en fundar colonias en el Golfo de Guinea, como creen otros; más que en la adquisición de territorios costosos de poblar y

difíciles de sostener, el porvenir de España está en fomentar sus relaciones intelectuales y mercantiles con las naciones de América que fueron nuestras colonias; en ellas se habla nuestro idioma, se profesa nuestra religión, se conservan los gustos y costumbres de nuestros antepasados, rigen nuestras leyes, viven y adquieren portentoso desarrollo pueblos que sienten y piensan como nosotros sentimos y pensamos, y en ellas puede y debe encontrar España ancho campo para su expansión intelectual y material; pero la Historia, que debía constituir el más fuerte lazo que á ellos nos uniera, ha sido, por el contrario, el mayor de los obstáculos; escrita por extranjeros enemigos de España ó por americanos influídos por el encono que produjeron las guerras separatistas, acogía y aun acoge en sus páginas todo cuanto puede denigrar á los españoles, presentándolos muchas veces como nuevos vándalos que aniquilaron las razas indias y saquearon y destruyeron cuanto á su paso encontraban; rectificar estos conceptos, reconocer nuestras faltas, hijas, más que de las condiciones de las personas, del carácter de los tiempos, y al lado de esta confesión noble y sincera, demostrar que no existe en la Historia empresa de mayor magnitud que la realizada por España, que puso en ella cuanto humanamente le fué posible para crear en el Nuevo Mundo una España igual á la europea, es para nosotros de primordial interés; y cuando esto se consiga, cuando los escolares americanos aprendan en esos primeros años de la vida en que las ideas quedan grabadas para siempre en el cerebro que todo lo que su Patria es y representa en el mundo se lo debe á España, tendremos la seguridad de que al llegar á hombres y ocupar puestos en las esferas política, social, industrial, religiosa ó militar de su país, se conducirán en todos sus actos como hermanos nuestros, se enorgullecerán de descender de nuestro común origen y serán otros tantos defensores de la íntima unión de todos los pueblos hispano-americanos con su antigua metrópoli, en la que verán con cariño su casa solariega.

A tan noble fin contribuyó poderosamente Fernández

Duro, ilustrando con sus trabajos la historia de América y reivindicando las legítimas glorias españolas, haciéndose por ello acreedor á que, al propio tiempo que á su sabiduría, rindamos también tributo de admiración, gratitud y respeto á su patriotismo.

IV

Fernández Duro, africanista.

Discurso del Sr. D. Emilio Bonelli.

SERENÍSIMO SEÑOR; *Señoras y señores:*

De imperecedero recuerdo es la personalidad que representaba Fernández Duro en el mundo intelectual y científico como patricio insigne, de ánimo esforzado y constante batallador por los ideales que más interesan á la Nación.

Obra meritoria, y que á nuestro modesto alcance está el poder realizar, es la de difundir en todas ocasiones los trabajos que nos legara para estudio y meditación de las generaciones venideras, á fin de que nuestra Patria pueda renovar sus antiguas energías con luminosas manifestaciones de grandeza y poderío.

La índole de mis aficiones —que constituyen el proceso de mi existencia— me imponen el deber de tomar una parte en esta labor, siguiendo á tan esclarecido como erudito escritor en sus viajes y trabajos por el litoral africano, en las Comisiones oficiales que se le confiaron para la defensa de sacratísimos intereses nacionales en aquella codiciada región, así como en las conclusiones ó resultados obtenidos merced á sus relevantes dotes de vasta cultura y hábil negociador.

Desgraciadamente el tiempo y espacio que en esta solemnidad se me concede sólo permiten un ligero bosquejo de la obra geográfica que como africanista realizara Fernández Duro. Su fecundidad puede justamente calificarse de colosal. En el *Repertorio de publicaciones y tareas de la Real Sociedad Geográfica de Madrid* figuran nada menos que 47 producciones debidas á tan insigne maestro, y sin contar centenares de volúmenes y folletos de diversas materias,

este solo dato bastaría para reflejar la importancia de su obra, cuyo andamiaje sería suficiente para conquistar preeminente lugar entre nuestros grandes hombres y la admiración de sus compatriotas. Dejemos, pues, este estudio casi intacto, para el historiador que perpetúe la memoria de tan gran patricio, reuniendo con amplios detalles la inmensa producción de su preclaro entendimiento.

Otra circunstancia dificulta la tarea que me imponen ahora deberes ineludibles. En las obras de Fernández Duro hay que leer entre líneas. Hombre extraordinariamente perspicaz, conocedor de su tiempo, de temperamento muy equilibrado, en lucha constante contra los atrevimientos de la ignorancia y habilísimo en el arte de ocultar sus planes al enemigo endiosado, puso en todos sus trabajos, ya de orden científico, descriptivo ó de información, un sello característico y peculiar suyo que sólo percibirán los que, al tomar sus obras por modelo ó como fuente de inagotables enseñanzas, se personalicen con los hombres de su época la estultez de lo que llaman opinión pública, á fin de deducir las verdaderas consecuencias de sus afirmaciones.

Y entonces podrá apreciarse con admiración intensa aquella vida dedicada en absoluto á la ciencia y al servicio de la Patria, defendiendo con tanto tesón como perseverancia los intereses que más afectan á su existencia, al engrandecimiento de nuestros elementos de riqueza nacional y la garantía de su independencia, en el orden político y económico.

*
**

Mis trabajos, con tanto entusiasmo perseguidos como modestos fueron sus resultados, en favor del desarrollo de nuestra influencia en Africa, espero que justificarán la importancia que concedo, sobre otros muchos servicios prestados por Fernández Duro, á la comisión que se le confiara para fijar el punto del litoral marroquí donde estuvo enclavada la tan debatida posesión de Santa Cruz de Mar Pequeña.

Conviene antes dejar consignados algunos detalles y observaciones, á fin de poner de relieve las dificultades de esta misión. Para nadie debe ser un secreto la imprevisión ó ligereza con que se redactó el famoso artículo 8.º del Tratado de Uad-Ras, aun cuando el propósito se inspirase en el mejor deseo. Desarrollada deficientemente la idea, tuvimos la desgracia de que las negociaciones diplomáticas se plantearan con gran desconocimiento de nuestros verdaderos intereses, y, por lo tanto, el problema ó su resolución se complicaba de día en día á medida que nuevos factores formaban en línea de obstáculos. Porque el dominio de un terreno para establecer una explotación pesquera — entiéndase bien — que se nos concede donde estuvo Santa Cruz de Mar Pequeña, sin abarcar más radio de acción ni derecho de soberanía, es algo así como concesión ilusoria, sumamente gravosa para la metrópoli y de interminables conflictos con los indígenas que habitan aquella comarca, y consiguientemente con las autoridades scherifianas.

Las dificultades, pues, que tenía que vencer la Comisión embarcada en el *Blasco de Garay* no podían ocultarse á entendimientos tan preclaros como al de Fernández Duro. Conocedor como pocos de la historia de las islas Canarias y de la extensión de la conquista del archipiélago á las vecinas costas africanas, que los primeros dominadores de las Guanches las consideraron como natural expansión de tan privilegiadas islas, se hacía preciso determinar, no sólo todos los puntos ocupados más ó menos definitivamente desde tiempos del Infante D. Luis de la Cerda, Bethancourt, Herrera, Darias Saavedra, Marqués de Lanzarote y demás sucesores, sino también aquellos en que pudieran concurrir ventajas económicas que compensaran los sacrificios de la ocupación y sirvieran de base ó garantía á nuevas y mayores esferas de influencia política y mercantil é industrial.

En estas condiciones inicia sus trabajos de exploración Fernández Duro. La solución, sin embargo, era bien clara y racional para nosotros; pero temiendo herir susceptibili-

dades ó suspicacias enojosas de otra Nación, tal vez comprendiendo todos los peligros de apasionadas disquisiciones, cuya exteriorización comprometiera el éxito de las negociaciones, prescinde de la parte más trascendental de su dictamen, y al citar á Santa Cruz de Agadir, único puerto natural que desde Cabo Espartel á Cabo Bojador encuentra el navegante, limita su descripción geográfica á reducidas consideraciones y omite señalar esta solución como exclusiva y lógica de este intrincado laberinto diplomático.

La oposición, sostenida con hábil y sagaz diplomacia marroquí, á garantir la seguridad de nuestros dominios contra posibles ataques ó agresiones de las kabilas, obligan á elegir un puerto donde la autoridad del Sultán fuese eficaz é indiscutible. La región del Sus, la comarca de Tarudant y los centros de población como Aguelimin, Tsinguishet, Iguisel y otros varios, tienen extraordinaria importancia; pero su natural comunicación con la costa y vías marítimas exigen sacrificios enormes y de compensación relativamente tardía. Con estos obstáculos tropezaron los primeros conquistadores españoles de aquellos territorios, siendo causa eficiente de su fracaso. Y para poner bien de relieve estos graves inconvenientes, Fernández Duro los describe detalladamente, cita todas sus radas abiertas á los temporales más peligrosos del Noroeste y hace resaltar la «incalculable fuerza con que las olas rompen en la barrera que viene á detener su marcha», á fin de que no aleguen ignorancia ó desconocimiento los encargados de resolver en tan arduo asunto.

*
* *

No menos penosa para Fernández Duro fué la labor realizada en París como Presidente de la Comisión de límites, que tuvo término en el Tratado que se conoce con los nombres de León-Delcassé.

Todos sabemos que en remotos siglos España fué objeto de rivalidades y envidias de otras naciones. Después, cuando nuestros críticos é historiadores lanzaron á los cuatro vien-

tos exagerados conceptos sobre el estado de postración de nuestro pueblo, los extraños no escatimaron medio de denigrarnos y abrumarnos con sus anatemas. Por intereses antagónicos fuimos víctimas de los juicios más desfavorables, ingiriéndose en nuestras luchas intestinas, arrebatándonos lo que la inconsciencia de nuestros políticos no sabían apreciar é interponiéndose para cuanto representara desarrollo y florecimiento de nuestra Patria, especialmente en Marruecos.

Bastará esta ligera consideración para comprender lo que sufriría Fernández Duro viendo en tela de juicio derechos incuestionables y que, sin embargo, se nos regateaban tan sólo como manifestación de superioridad intolerable. Ahí está Marruecos, la región sahárica, nuestros dominios en el Golfo de Guinea, como demostración de constantes agravios.

En nuestras manos está, no obstante, el remedio. Entre mos resueltamente y de lleno en los albores de nuestra transformación social, percatándonos del inmenso caudal de fuerzas que poseemos, de las ventajas inapreciables que en el orden internacional representa nuestra situación geográfica, y tomando por modelo al trabajador incansable, al corazón entero y generoso que hemos perdido, los desdenes se trocarán pronto en manifestaciones del mayor respeto, los anatemas en alabanzas y los arrebatos de la soberbia en cumplidas satisfacciones de nuestros derechos.

V

Fernández Duro en las Academias.

Discurso del Excmo. Sr. D. Ricardo Beltrán y Rózpide.

SERENÍSIMO SEÑOR; *Señoras y señores:*

Los discursos que acabáis de oír sintetizan la vida y la fecunda labor de un hombre que se consagró por entero al servicio de la Patria y al engrandecimiento de la cultura nacional. Cumplió tan noble misión como marino, en empresas científicas y militares; como servidor del Estado, en difíciles cargos administrativos; como maestro doctísimo en varios ramos del saber humano, enseñando desde la cátedra, representando á España en Comisiones técnicas y en Congresos y Certámenes internacionales, escribiendo centenares de obras literarias, artísticas, históricas y geográficas, y dedicando sus mayores afanes y entusiasmos al trabajo asiduo de investigación y de crítica, que constituye la tarea propia de las Reales Academias que tuvieron la honra de contarle entre los suyos.

Objeto del discurso que leo es dar idea de cuanto hizo en esas Academias el Sr. Fernández Duro. Difícil es lograrlo dentro de los términos de brevedad exigidos; mas juzgo que lo poco que ahora pueda yo decir bastará, sin duda, no sólo para poner de manifiesto la copiosa é importantísima labor académica del varón ilustre que nos presidió, sino también para confirmar una vez más el amor que sentía por la Patria y por la raza, el empeño que puso siempre en restablecer la verdad histórica contra los errores y calumnias que fraguaron los enemigos de España y admitieron como si fuera cosa cierta y probada escritores nacionales poco escrupulosos.

La obra de Fernández Duro en las Academias es como ilustración y complemento de la que fuera de ellas realizó. Repasad, señores, las 150 papeletas que á modo de índice de todos sus trabajos académicos han de insertarse al final de este discurso; leed los escritos á que se refieren y admiraréis de nuevo al historiador de la Marina española y al maestro incomparable en las artes de la navegación y de la guerra marítima, que diserta sobre el arte naval y nos da noticia de las Escuadras de Castilla y de la Marina catalana y de los insignes capitanes que las mandaron en pasados siglos; al investigador y crítico de los hechos más oscuros y menos divulgados de nuestra historia civil, militar, política, religiosa y artística, que aporta datos sobre antiguos fueros y comunidades, crónicas generales y particulares, combates en mar y batallas en tierra, tratados de paz, santos y herejes que dió nuestro suelo, medallas, monedas, inscripciones, monumentos que perpetúan las hazañas de nuestros antepasados y la gloria de los artífices que labraron alcázares, basílicas y fortalezas; al geógrafo erudito y sagaz que inquiere el valor de antiguos documentos cartográficos y bibliográficos para poder formar concepto exacto de todas las tierras y mares á que España llevó su cetro, y de las demás á que llegaron sus Embajadores, sus caudillos, sus navegantes, que es decir el mundo entero; al escritor castizo, docto y ameno que, precisamente por conocer tan á fondo la historia y el estado actual de los dominios que fueron de España, produce magistrales trabajos sobre la acción ejercida por nuestra raza y nuestro pueblo en el antiguo y en el nuevo continente, y así nos presenta las heroicas figuras de nuestros descubridores y conquistadores y nos describe las audaces empresas que realizan, como señala la parte, más que principal, casi única, que la raza española ha tenido en la civilización de las gentes que vivían en las tierras por ella descubiertas.

Y como en aquellas empresas de conquista, civilización y gobierno habían intervenido hombres y mujeres, y el vulgo más ó menos docto conocía bien y ensalzaba á los

prieros, dejando en el olvido á las segundas, tuvo el señor Fernández Duro la feliz idea de entresacar datos sueltos del inmenso acopio de nuestras historias para trazar su admirable bosquejo de *La mujer española en Indias*, que en esta misma sala leyó en Junta pública de la Real Academia de la Historia, para hacer patente que «nobles y plebeyas, afortunadas ó sin fortuna, hidalgas de abolengo lo mismo que humildes labradoras y menestralas, colaboraron eficazmente en la civilización del Nuevo Mundo, depositando en terreno fértil y abonado las semillas de su virtud, constancia y sufrimientos».

Apenas hubo—nos dice—en la época de nuestras grandes aventuras, jornada militar, empresa larga ó corta, llana ó peligrosa, en que la mujer española no tomara parte. Viajeras, navegantes y caudillas esforzadas de tierra y mar, gobernantes y políticas hábiles, de todo hubo en América y Oceanía. María de Estrada hace maravillas con espada y rodela en la salida de Méjico y en la batalla de Otumba; María de Nidos reclama para las mujeres el derecho de defender la ciudad de la Concepción, que los hombres abandonaban; Lorenza de Zárate quiere ponerse al frente de los vecinos de Panamá para rechazar á los piratas ingleses; la Virreina María de Toledo gobierna las Antillas con poder de su marido el Almirante D. Diego; Juana de Zárate obtiene el título de Adelantada de Chile; Isabel Manrique y Aldonza de Villalobos gobiernan la isla de Margarita; Beatriz de la Cueva rige á Guatemala por elección del Cabildo; la mujer de Hernando de Soto gobierna la isla de Cuba; se concede á Catalina Montejo el Adelantamiento de Yucatán; dirige una Armada Mencía Calderón, y una española es la única Almiranta efectiva que ha habido en el mundo: Isabel Barreto.

Aquellos españoles, para quienes—según escribe un moderno pensador francés, Chevalier—no había obstáculo en los ríos, ni en las montañas, ni en los desiertos; que juntos unos cuantos creaban escuadras, conquistaban imperios y discurrían el modo de unir los mares, y que parecían engendrados por gigantes ó semidioses, aquellos españoles,

exclama Fernández Duro, eran..... ¡los hijos de tales madres!

Los hijos de tales madres y ellas mismas han sido las víctimas de las calumnias y errores históricos á que antes me referí, y uno de los mayores timbres de gloria de Fernández Duro es el noble afán con que en la Real Academia de la Historia se dedicó al examen y crítica de antiguos documentos y modernos libros para deducir de ellos la significación é importancia que tuvo la obra civilizadora de España en el continente americano y para hacer constar que aquellos españoles súbditos del Emperador ó de su hijo Felipe, que en relaciones amañadas aparecen sedientos de sangre y oro, sin buscar otra cosa por el Nuevo Mundo, ya por entonces plantearon y aun resolvieron problemas que el avance de los conocimientos humanos propone ahora por novedad.

Como véis, el patriotismo y la verdad histórica se aunan en la obra colosal del gran historiador á cuya memoria consagra lá Real Sociedad Geográfica esta solemne velada; gracias á su perseverante y eficacísima labor puede afirmarse con entera justicia y con palabras suyas que si todavía algunos escritores apegados á la rutina se desentienden de las condiciones de la época—de aquella época en que el fuego y el hierro se aplicaban al remedio de los males sociales y se admitía como recurso de probanza judicial el tormento, así en España como en el resto de Europa—, la repetición de declamaciones huecas, pasadas de moda, servirán tan sólo para descubrir la ignorancia de esos escritores en la historia general y en la especial americana.

Terminaré consignando que el Excmo. Sr. D. Cesáreo Fernández Duro perteneció á la Real Academia de la Historia desde el día 13 de Marzo de 1881, y á la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando desde el 16 de Noviembre de 1890. En ambas Corporaciones se distinguió, no sólo por sus excelentes trabajos, sino también por la asiduidad con que concurría á sus Juntas, tomando parte muy principal en las tareas de una y otra. Su cooperación en la de la Academia de la Historia fué más señalada, así por el mayor

tiempo, veintisiete años, que ocupó puesto en ella, como por la circunstancia de haber sido su Secretario desde el 9 de Diciembre de 1898. Tan eminentes y continuados servicios prestó al docto Instituto, que éste declaró por unánime acuerdo que era digno de recibir el «premio de mérito», que sólo en circunstancias bien excepcionales puede otorgar la Academia á sus individuos de número, acuerdo que, según frase feliz del actual Secretario, fué la consagración anticipada de un fallo póstumo y definitivo.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONÉS

DISCURSOS, INFORMES, ARTÍCULOS, ETC., DEL EXCMO. SR. D. CESÁREO
FERNÁNDEZ DURO EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

Mateo de Laya. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Ilmo. Sr. D. Cesáreo Fernández Duro el día 13 de Marzo de 1881.

La Comunidad de Castilla. Contestación al discurso de recepción en la Academia de la Historia del Sr. D. Manuel Danvila el 9 de Noviembre de 1884.

Utilidad de las monografías para el cabal conocimiento de la Historia de España. Contestación al discurso de recepción en la Academia de la Historia del Excmo. Sr. D. Luis Vidart el 10 de Junio de 1894.

Carácter de la conquista y colonización de las islas Canarias. Contestación al discurso de recepción del Sr. D. Rafael Torres Campos el día 22 de Diciembre de 1901.

Medallas de los Gobernadores de los Países Bajos en el reinado de Felipe II. Contestación al discurso de recepción del Sr. D. Adolfo Herrera el día 29 de Diciembre de 1901.

Isidoro de Antillón, geógrafo, historiador y político. Contestación al discurso de recepción en la Academia del Sr. D. Ricardo Beltrán y Rózpide el día 31 de Mayo de 1903.

D. Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala y Honduras.

Contestación al discurso de recepción de D. Angel de Altolaguirre el día 18 de Junio de 1905.

Colón y la historia póstuma. Examen de la que escribió el Conde Roselly de Lorgues. Discurso leído ante la Real Academia de la Historia en Junta extraordinaria de 10 de Mayo de 1885.

Hernán Téllez Portocarrero y Manuel de Vega Cabeza de Vaca, capitanes de gloriosa memoria. Bosquejo leído en Junta pública celebrada el día 19 de Mayo de 1895.

La mujer española en Indias. Discurso leído en sesión pública del 1.º de Junio de 1902.

D. Diego de Peñalosa y su descubrimiento del Reino de Quivira. Informe presentado á la Academia.

— Memorias de la Real Academia de la Historia. Tomo X, págs. 1-160.

D. Francisco Fernández de la Cueva, Duque de Alburquerque. Informe de desagravio de tan ilustre prócer.

— Memorias. Tomo X, págs. 329-458.

Colón y Pinzón. Informe relativo á los pormenores del descubrimiento del Nuevo Mundo.

— Memorias. Tomo X, págs. 161-327.

D. Pedro Enríquez de Acebedo, Conde de Fuentes. Bosquejo encomiástico leído ante la Real Academia de la Historia en Junta pública celebrada el día 15 de Junio de 1884.

— Memorias. Tomo X, págs. 461-665.

Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar. — 2.ª serie, publicada por la Real Academia de la Historia. — *Prólogo* del tomo I, *Isla de Cuba.* — *Introducción* al tomo IV, 2.º de *Isla de Cuba.* (Inserta también en el Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo XIV, págs. 356-362). — *Introducción* al tomo VI, 3.º de la *Isla de Cuba.* (Inserta también en el Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo XIX, págs. 447-449. — *Introducción* al tomo VII, 1.º *De los Pleitos de Colón.* (Inserta también en el Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo XX, páginas 521-535). — *Introducción* al tomo VIII, 2.º *De los Pleitos*

de Colón. (Inserta también en el tomo XXV, pág. 405-412 del Boletín de la Real Academia de la Historia).—*Introducción* al tomo XII, *Vaticinios de la pérdida de las Indias*.

Relaciones geográficas de Indias (primer tomo). Publicadas por el Ministerio de Fomento y ofrecidas al Congreso Internacional de Americanistas, reunido en Madrid en 1881. (Noticia y juicio de esta obra).

— Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo II, págs. 208-214 (Marzo de 1883).

Agasajo del Sr. John Gilmory Shea á la Real Academia de la Historia. (Noticia y juicio de las obras que dicho señor envió con destino á la Biblioteca de la Real Academia de la Historia).

— Tomo II, págs. 346-351 (Mayo de 1883).

Cartulario de las Abadías de la Couture y Solesmes (en colaboración con D. Vicente de la Fuente).

— Tomo III, págs. 261-267 (Noviembre de 1883).

Compendio de la historia de México. (Noticia y juicio de la obra así titulada escrita por D. Luis Pérez Verdía).

— Tomo IV, págs. 228-232 (Abril de 1884).

Antigüedades de la Villa del Pino (Zamora).

— Tomo VI, págs. 77-79 (Febrero de 1885).

Noticias acerca del origen y sucesión del Patriarcado de las Indias occidentales.

— Tomo VII, págs. 197-215 (Octubre de 1885).

Primeras noticias de Yucatán.

— Tomo VII, págs. 306-312 (Noviembre de 1885).

Noticias biográficas de personajes españoles.

— Tomo VII, págs. 355 y 356 (Diciembre de 1885).—Tomo VIII, página 83 (Febrero de 1886).—Tomo X, págs. 409-415 (Junio de 1887).

— Tomo XI, pág. 288 (Octubre de 1887).

Austria (Juan de). Papeleta modelo de las que han de servir de materiales al Diccionario biográfico español.

— Tomo VII, págs. 425-427 (Diciembre de 1885).

Estudio histórico de la América Central. (Noticia y juicio de la obra escrita por D. Agustín Gómez Carrillo).

— Tomo VIII, págs. 134-140 (Febrero de 1886).

- Juan de la Torre*. (Noticia y juicio de la monografía escrita por don J. A. de Lavallo, en Lima).
- Tomo VIII, págs. 223-228 (Marzo de 1886).
- Observaciones acerca de las cartas de Américo Vespucci*. (Noticia y juicio de la obra así titulada escrita por F. Force).
- Tomo VIII, págs. 296-309 (Abril de 1886).
- Herejes españoles del siglo XVI*. (Carta del Capitán Pedro de Saravia á Felipe II).
- Tomo IX, págs. 249-254 (Octubre de 1886).
- Restos mortales de San Vicente Ferrer*.
- Tomo IX, págs. 255-260 (Octubre de 1886).
- La Crónica general de Gonzalo de la Finojosa*.
- Tomo X, págs. 438-443 (Junio de 1887).
- Un español del siglo XV tenido por antecristo*.
- Tomo XI, págs. 175-180 (Julio-Septiembre de 1887).
- Acta de entrega de las reliquias de San Eugenio, que estaban en la Abadía de Saint Denis, en Francia, para ser llevadas á la Catedral de Toledo. Martes, 3 Abril 1565*.
- Tomo XI, págs. 181-190 (Julio-Septiembre de 1887).
- El Valle de Arán*. (Noticia histórica y bibliográfica, y especialmente del libro de Mr. J. Laurière, *Promenade archéologique dans le val d'Aran*).
- Tomo XI, págs. 322-334 (Octubre de 1887).
- Bautismo del bajel «San Felipe» en 1717*.
- Tomo XII, págs. 183 y 184 (Marzo de 1888).
- Centenario tercero de D. Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz*.
- Tomo XII, págs. 185-223 (Marzo de 1888).
- Una escuadra de galeras de Castilla, del siglo XIV*.
- Tomo XII, pág. 243 (Marzo de 1888).
- Descubrimiento de una carta de marear, española, del año 1339: su autor Angelino Dulceri ó Dulcert*.
- Tomo XII, págs. 287-314 (Abril de 1888).
- Cartas náuticas de Jacobo Russo, siglo XVI*. (Noticia y juicio de un estudio hecho por el Dr. E. T. Hamy).
- Tomo XII, págs. 314-319 (Abril de 1888).
- Las cartas universales de Diego Ribero, siglo XVI*. (Noticia y juicio de un estudio hecho por el Dr. E. T. Hamy).

- Tomo XII, págs. 319-325 (Abril de 1888).
Noticias de D. Cristóbal Colón, Almirante de las Indias.
- Tomo XII, págs. 410-420 (Mayo de 1888).
El fuero de Sanabria.
- Tomo XIII, págs. 281-291 (Octubre de 1888).
Dos aniversarios. Estandarte de la Liga y espada que San Pío V envió al Serenísimo D. Juan de Austria.
- Tomo XIII, págs. 299-306 (Octubre de 1888).
Carta de marear, inédita, de Domingo Vigliarolo, 1577. (Noticia y juicio de un documento publicado por el Dr. E. T. Hamy).
- Tomo XIII, págs. 388-390 (Noviembre de 1888).
Pormenores del Estandarte de la Santa Liga (1571).
- Tomo XIV, págs. 427-432 (Mayo de 1889).
Carta de privilegio y confirmación dada por el Emperador Carlos V á Diego de Avila, hombre de armas de la Capitanía de D. Carlos de Lanoy, haciéndole hidalgo de solur conocido por haber derrocado del caballo y rendido prisionero al Rey de Francia, Francisco I, en la batalla de Pavia, año 1525.
- Tomo XIV, págs. 515-524 (Junio de 1889).
La tabla de oro de Don Pedro de Castilla, 1366. (Noticia y juicio de una monografía escrita por M. F. de Mely).
- Tomo XV, págs. 52-65 (Julio-Septiembre de 1889).
Memorias del Ecuador. (Noticia y juicio de las escritas por D. F. González Suárez).
- Tomo XV, págs. 66-70 (Julio-Septiembre de 1889).
Orígenes de la Cartografía de la Europa septentrional. (Noticia y juicio de una obra del Dr. E. T. Hamy).
- Tomo XV, págs. 365-371 (Octubre de 1889).
Epitafio de Antonio de Herrera, cronista mayor de Indias, y noticias relativas á la publicación de sus décadas.
- Tomo XVI, págs. 173-177 (Enero-Febrero de 1890).
Los naufragos de la Armada española en Irlanda (1588).
- Tomo XVI, págs. 225-227 (Marzo de 1890).
D. Francisco Javier de Salas. (Necrología).
- Tomo XVI, págs. 457-468 (Mayo de 1890).
D. José Toribio Medina, historiógrafo de Chile.
- Tomo XVI, págs. 509-514 (Junio de 1890).

Diccionario biográfico general de Chile, por D. Pedro Pablo Figueroa. (Noticia y juicio de la obra).

— Tomo XVII, págs. 84-87 (Julio-Septiembre de 1890).

Mapamundi conservado en el Museo Borgiano de Propaganda Fide. Roma.

— Tomo XVII, págs. 430 y 431 (Noviembre de 1890).

Noticias de la vida y obras de Gonzalo de Ayora y fragmentos de su crónica inédita.

— Tomo XVII, págs. 433-475 (Diciembre de 1890).

Cuál es, entre las Lucayas, la isla que denominó Colón de «San Salvador».

— Tomo XIX, págs. 361-365 (Noviembre de 1891).

Los cartógrafos mallorquines. Angelino Dulcet.-Jofudá Cresques.

— Tomo XIX, págs. 366-377 (Noviembre de 1891).

Conquista del Rio de la Plata. 1535-1555. (Noticia y juicio de la obra publicada por D. Luis L. Domínguez).

— Tomo XIX, págs. 507-511 (Diciembre de 1891).

Libros nuevos relativos á Cristóbal Colón y al descubrimiento del Nuevo Mundo. I. La patria de Cristóbal Colón, por D. Francisco Ferrucio Pasini. II. Las cadenas. III. Los hebreos en el descubrimiento de las Indias.

— Tomo XX, págs. 219-218 (Marzo de 1892).

Historia de D. Diego de Alvear y Ponce de León. (Noticia y juicio del libro escrito por Doña Sabina de Alvear).

— Tomo XX, págs. 255-260 (Marzo de 1892).

Problema histórico resuelto. Naturaleza de Colón.

— Tomo XX, págs. 637-640 (Junio de 1892).

La tradición de Alonso Sánchez de Huelva, descubridor de tierras incógnitas.

— Tomo XXI, págs. 33-53 (Julio-Septiembre de 1892).

Los Cabotos.

— Tomo XXII, págs. 257-282 (Marzo de 1893).

Nobiliario de conquistadores de Indias. (Noticia y juicio de la obra así titulada).

— Tomo XXII, págs. 533 y 534 (Junio de 1893).

Cristóbal Colón. Historia del descubrimiento de América, por don Francisco Serrato. (Noticia y juicio de esta obra).

- Tomo XXII, págs. 535-537 (Junio de 1893).
Noticias del día de la muerte y del lugar del enterramiento de Cristóbal Colón, en Valladolid.
- Tomo XXIV, págs. 44-46 (Enero de 1894).
Compendio de Historia de la América Central. (Noticia y juicio de esta obra, escrita por D. Agustín Gómez Carrillo).
- Tomo XXIV, págs. 109-115 (Febrero de 1894).
Juan Cousin, verdadero descubridor de América, según el Capitán inglés Gambier R. N.
- Tomo XXIV, págs. 149-158 (Febrero 1894).
Noticias póstumas de D. José de Vargas Ponce y de D. Martín Fernández de Navarrete.
- Tomo XXIV, págs. 500-546 (Junio de 1894).
Inscripción de la estatua de Oquendo en San Sebastián.
- Tomo XXV, págs. 381-392 (Noviembre de 1894).
El Excmo. Sr. D. Joaquín García Icazbalceta. (Necrología).
- Tomo XXVI, págs. 83-94 (Enero-Febrero de 1895).
Paradero de los restos mortales de D. Martín Fernández de Navarrete.
- Tomo XXVI, págs. 384 y 385 (Mayo de 1895).
Geografía y descripción universal de las Indias, recopilada por el cosmógrafo-cronista Juan López de Velasco, desde el año de 1571 al de 1574, publicada por primera vez, con adiciones é ilustraciones, por D. Justo Zaragoza. (Noticia y juicio de esta obra).
- Tomo XXVI, págs. 401-408 (Junio de 1895).
Pedro Sarmiento de Gamboa, el Navegante.
- Tomo XXVIII, págs. 273-287 (Abril de 1896).
Inscripción para el monumento de Legazpi, que se erige en la villa de Zumárraga.
- Tomo XXIX, pág. 268 (Julio-Septiembre de 1896).
Carta acerca del origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, de México, escrita por D. Joaquín García Icazbalceta al Ilmo. Sr. Arzobispo D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos.
- Tomo XXIX, págs. 417-419 (Noviembre de 1896).
La leyenda de Cousin y de Pinzón como descubridores de América.
- Tomo XXIX, págs. 419-421 (Noviembre de 1896).

Pérdida de la ciudad de Bugia, en Africa, año 1555, referida por un clérigo vizcaíno, testigo de vista.

— Tomo XXIX, págs. 465-537 (Diciembre de 1896).

Epigrafe que ha de grabarse en el pedestal de la estatua erigida á Legazpi en Zumárraga.

— Tomo XXIX, pág. 554 (Diciembre de 1896).

Viaje por España, Portugal y costa de Africa en el siglo XV.

— Tomo XXXII, págs. 17-19 (Enero de 1898).

Sitio y conquista de Manila por los ingleses en 1762. Monografía del Sr. Marqués de Ayerbe.

— Tomo XXXII, págs. 202-208 (Marzo de 1898).

Cartas náuticas españolas adquiridas por la Biblioteca Nacional de Paris.

— Tomo XXXII, págs. 245-248 (Marzo de 1898).

Monografías históricas de la provincia de Zamora.

— Tomo XXXII, págs. 435-439 (Junio de 1898).

Catálogo de los individuos de número de la Real Academia de la Historia, desde su creación en 1735 hasta la fecha.

— Tomo XXXIII, págs. 353-400 (Noviembre de 1898).

Testamento de D. García de Avellaneda y Haro, Conde de Castriello (1670).

— Tomo XXXIV, págs. 153-157 (Febrero de 1899).

Antigua marina catalana. Carta náutica desconocida. (Noticia y juicio de una Memoria escrita por D. Francisco de Bofarull).

— Tomo XXXIV, págs. 194-197 (Marzo de 1899).

Los calumniadores del servidor de Dios, Cristóbal Colón; obra póstuma del Conde Roselly de Lorgues.

— Tomo XXXIV, págs. 304-311 (Abril de 1899).

Archivo del bibliófilo filipino. (Noticia y juicio de la obra así titulada de D. Wenceslao E. Retana).

— Tomo XXXIV, págs. 504-508 (Junio de 1899).

Un soldado de la conquista de Chile. (Noticia y juicio del libro así titulado escrito por D. Domingo Amunátegui).

— Tomo XXXIV, págs. 515-517 (Junio de 1899).

Reseña histórica de la Academia en el año 1898-1899, leída en Junta pública el 28 de Mayo de 1899.

— Tomo XXXIV, págs. 529-541 (Junio de 1899).

Epigrafía del castillo do San Telmo en Nápoles (en colaboración con D. Fidel Fita).

— Tomo XXXIV, págs. 542-548 (Junio de 1899).

Peregrinación por las Indias occidentales en el siglo XVI.

— Tomo XXXV, págs. 226-228 (Julio-Septiembre de 1899).

Catálogo sucinto de censuras de obras manuscritas, pedidas por el Consejo á la Real Academia de la Historia antes de acordar las licencias de impresión.

— Tomo XXXV, págs. 369-434 (Noviembre de 1899).

Los orígenes de la carta ó mapa geográfico de España. (Noticia y juicio de la obra escrita por Mr. Gabriel Marcel).

— Tomo XXXV, págs. 502-525 (Diciembre de 1899).

Noticia adicional al informe anterior.

— Tomo XXXVI, págs. 157-162 (Febrero de 1900).

Traslado de los capitulos del tratado de paces entre las Coronas de Castilla y de Portugal, firmado en Toledo á 16 de Marzo de 1480, relativos á la posesión y pertenencia de Guinea, costas, mares é islas de Africa.

— Tomo XXXVI, págs. 325-329 (Abril de 1900).

Reseña histórica de la Academia en el año 1899-1900, leída en Junta pública el 3 de Junio de 1900.

— Tomo XXXVII, págs. 5-62 (Julio-Septiembre de 1900).

Índice de informes pedidos por el Gobierno de S. M. y Cuerpos del Estado á la Real Academia de la Historia, evacuados por ésta.

— Tomo XXXVII, págs. 63-119 (Julio-Septiembre de 1900).

Biografía marítima. (Noticia de una Memoria publicada en Lisboa por el Sr. Sousa Viterbo).

— Tomo XXXVII, págs. 120-126 (Julio-Septiembre de 1900).

Memorias de la dominación de España en Nápoles. (Reproducción de varias inscripciones de la época).

— Tomo XXXVII, págs. 329-335 (Octubre de 1900).

Epigrafía antillana. (Inscripción en la isla desierta de la Gran Bahama).

— Tomo XXXVII, págs. 362-367 (Noviembre de 1900).

Inscripciones en Nuevo México.

— Tomo XXXVII, págs. 458-460 (Diciembre de 1900).

El apelativo y la patria del Almirante Roger de Lauria.

- Tomo XXXVIII, págs. 8-20 (Enero de 1901).
Memoria autobiográfica de Gonzalo de Argote de Molina para su hijo Agustín.
- Tomo XXXVIII, págs. 232 y 233 (Marzo de 1901).
La batalla de Toro (1476). Datos y documentos para su monografía histórica.
- Tomo XXXVIII, págs. 249-267 (Abril de 1901).
Relación de los Inquisidores generales de España.
- Tomo XXXVIII, págs. 319-321 (Abril de 1901).
Reseña histórica de la Academia en el año 1900-1901.
- Tomo XXXVIII, págs. 485-496 (Junio de 1901).
Tadeo Haënke, naturalista en el viaje alrededor del mundo de las corbetas «Descubierta» y «Atrevida», al mando de D. Alejandro Malaspina, desde 1789 á 1794.
- Tomo XXXIX, págs. 386-399 (Noviembre de 1901).
Carácter de la conquista española en América y en México, según los textos de los historiadores primitivos, por Genaro García.
- Tomo XXXIX, págs. 399-411 (Noviembre de 1901).
Reseña histórica de la Academia en el año 1901-1902.
- Tomo XLI, págs. 207-220 (Julio-Septiembre de 1902).
La mujer española en Indias: juicio y ampliación.
- Tomo XLI, págs. 437-444 (Noviembre de 1902).
Nuevos autógrafos de Cristóbal Colón y relaciones de Ultramar. Los publica la Duquesa de Berwick y de Alba, Condesa de Siruela. (Noticia y juicio de la obra).
- Tomo XLI, págs. 449-465 (Diciembre de 1902).
D. Juan Bautista Muñoz. Censura por la Academia de su «Historia del Nuevo Mundo».
- Tomo XLII, págs. 5-59 (Enero de 1903).
Relaciones del descubrimiento de las islas de Salomón, traducidas al inglés por lord Amherst de Hackney.
- Tomo XLII, págs. 245-249 (Abril de 1903).
D. Rosel de Grecia. Representación teatral en la Corte de D. Felipe II.
- Tomo XLII, págs. 430-442 (Junio de 1903).
D. Ciriaco M. Vigil y Suárez Bravo. (Necrología).

- Tomo XLII, págs. 462-464 (Junio de 1903).
Reseña histórica de la Academia en el año 1902-1903.
- Tomo XLIII, págs. 323-352 (Octubre de 1903).
El sitio de Barcelona en 1713-1714. Estudio histórico por D. Joaquín de la Llave y García.
- Tomo XLIV, págs. 37-47 (Enero de 1904).
Monumento erigido en California á Vancouver y á Bodega y Quadra.
- Tomo XLIV, págs. 137-141 (Febrero de 1904).
Comentarios de D. García de Silva y Figueroa de la embajada que de parte del Rey de España, D. Felipe III, hizo al Rey Xabás de Persia. (Noticia y juicio de esta obra).
- Tomo XLIV, págs. 271-276 (Marzo de 1904).
Reseña histórica de la Academia en el año 1903-1904.
- Tomo XLV, págs. 161-204 (Julio-Septiembre de 1904).
Reproducción de cartas náuticas venecianas, inéditas, del siglo XV, que comprenden á la Península Ibérica.
- Tomo XLVI, págs. 153-156 (Febrero de 1905).
Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y Misiones guaraníes, compuesta por D. Félix de Azara.
- Tomo XLVI, págs. 226-229 (Marzo de 1905).
Spain in America (1450-1580), by Edward Gaylord Bourne.
- Tomo XLVI, págs. 360-363 (Mayo de 1905).
Études critiques sur la vie de Colomb avant ses découvertes, par Henry Vignaud. (Noticia bibliográfica).
- Tomo XLVI, págs. 431 y 432 (Mayo de 1905).
Reseña histórica de la Academia en el año 1904-1905.
- Tomo XLVI, págs. 475-493 (Junio de 1905).
M. Jules Oppert. (Necrología).
- Tomo XLVII, págs. 409-412 (Diciembre de 1905).
D. Pedro Enríquez de Acevedo, Conde de Fuentes, Gobernador del Estado de Milán en los años 1600 á 1610. Ampliación de su concepto personal.
- Tomo XLVIII, págs. 139-152 (Febrero de 1906).
Reseña histórica de la Academia en el periodo 1905-1906.
- Tomo XLIX, págs. 170-201 (Julio-Septiembre de 1906).

DISCURSOS, INFORMES, ARTÍCULOS, ETC., EN LA REAL ACADEMIA
DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO.

El Arte naval. Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando el día 16 de Noviembre de 1890.

— Boletín de la Academia. Tomo X, págs. 264-286 (Noviembre de 1890).

Informe sobre el concurso de monumento en Granada y un arco de triunfo en Barcelona para conmemorar el Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

— Tomo XI, págs. 39-45 (Febrero de 1891).

Informe sobre el doble concurso para erección de un monumento sepulcral en que han de guardarse los restos de Cristóbal Colón en la Catedral de la Habana, y de otro conmemorativo del descubrimiento de las Indias occidentales, que se alzarán en la misma ciudad.

— Tomo XI, págs. 239-246 (Octubre de 1891).

Informe sobre los bocetos de estatuas, medallones y esfinges para la decoración del edificio de Biblioteca y Museos Nacionales.

— Tomo XI, págs. 293-298 (Diciembre de 1891).

Bartolomé Bermejo, pintor del siglo xv.

— Tomo XIII, págs. 199-201 (Septiembre de 1893).

Monumento á D. Pelayo. Informe.

— Tomo XIV, págs. 11-15 (Enero de 1894).

Alcázar de Segovia. Informes sobre aplicación del Alcázar á cuartel de Inválidos, propuesta por el Ministerio de la Guerra.

— Tomo XIV, págs. 302-305 (Diciembre de 1894).— Tomo XV, página 93. (Marzo de 1895).— Tomo XVII, págs. 75 y 76 (Marzo de 1897).

Basílica de San Juan Bautista en Baños de Cerrato (Palencia). Informe.

— Tomo XVII, págs. 19-21 (Enero de 1897).

Album hispano-marroquí. Informe sobre la obra así titulada escrita por D. Juan Menéndez Pidal.

— Tomo XVIII, págs. 46-48 (Febrero de 1898).

Los orígenes de la medalla conmemorativa. Contestación al discurso de recepción de D. José Esteban Lozano el día 29 de Abril de 1894.

— Tomo XIV, págs. 182-191 (Junio de 1904).

Correspondencia epistolar de D. José de Vargas y Ponce y otros en materias de Arte (colegida por D. C. F. D. y publicada por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando). Madrid, 1900 (acabada de imprimir en 1901). En 8.º, 347 páginas.

Contestación al discurso del Ilmo. Sr. D. Enrique Serrano Fatigati en la Academia de Bellas Artes de San Fernando el 20 de Octubre de 1901. (*Instrumentos músicos en las miniaturas de los códices españoles*).

VI

Fernández Duro, geógrafo.

Discurso del Excmo. Sr. D. Victor María Concas.

SERENÍSIMO SEÑOR; *Señoras y señores:*

Habéis oído de tan distinguidos oradores los méritos extraordinarios de ese hombre ilustre que se llamó Fernández Duro, obrero incansable en su camino de la vida, y en cuyos trabajos se reflejaba siempre la impresión indeleble que en su espíritu dejaron los primeros besos de las auras del mar, que alegraron su adolescencia, su juventud y su edad viril; hasta que al empezar á declinar sus fuerzas físicas, de lleno se sepultó en el mar de los recuerdos, cuyas gotas de agua son los testimonios de los archivos á los que arrancó tesoros de Ciencia, de Historia y de Geografía; tantos y tan importantes, que la posteridad ha de dudar que sean el fruto del esfuerzo de un solo hombre, aunque á ello hubiera dedicado toda su existencia.

Fernández Duro hizo con modesta fortuna lo que aquí hacen muy pocos de los que en situación favorecida y sin necesidad de la lucha por la vida, pueden dedicar todo su tiempo y todas sus fuerzas al trabajo altruísta de la ciencia, y contentándose con lo que fué en la Armada, dedicó toda su enorme labor, toda su inteligencia y toda su incansable actividad al trabajo científico y á la investigación crítica más imparcial de que haya recuerdo, y en cuya tarea no cesó hasta que Dios agotó sus fuerzas, como antesala próxima al bien ganado descanso.

En esta Real Sociedad de Geografía dejó estela luminosa, siendo uno de sus fundadores con el insigne Coello y otros patriotas, algunos aquí presentes, pues aunque parezca imposible, esta España creadora de mundos, esta España que

es la nación que ha dado más tierras á la raza blanca, la que ha escrito más geografía sobre la superficie del planeta, casi hasta ayer no ha tenido una Sociedad geográfica que analizara y diera á conocer tanta grandeza, ocasionando con ese horror á la publicidad que un constructor de cartas pusiera su nombre á un mundo que debió llamarse Colombia ó Hispania mayor; y que otros muchos, siguiendo derroteros y caminos, de siglos explorados por navegantes y geógrafos españoles, pusieran nombres extraños á tierras ya conocidas, dándose aires de descubridores.

La Geografía no es la abstracta relación de tierras y lugares como mal creen algunos, sino el estudio de la razón de existencia de esas agrupaciones que se convierten en naciones, en pueblos y en razas distintas, bajo la influencia irresistible del medio ambiente, transformándose por emigraciones, por cruces, por la influencia niveladora de las civilizaciones que avanzan destruyendo lo nocivo al bien común, como la lima bienhechora destruye las rugosidades de la forja hasta dejar el metal liso y brillante para hacer fácil el camino de la perfección, que Dios quiso imponernos como fin de todas nuestras acciones.

Fernández Duro fué geógrafo, lo habéis oído; todo cuanto hizo fué Geografía, pues sin Geografía no hay Historia, sin un accidente geográfico no podemos ni dar razón de nuestra existencia, y sólo el Verbo, en principio, pudo eximirse de la ley, aunque dando patente muestra de la que nos imponía, realizando el primero un acto geográfico en la creación del universo. Y como Fernández Duro fué geógrafo en toda ocasión, vino á presidirnos por derecho propio con gran honra nuestra y dolor mío de ver que la injusta suerte me haya llamado á ocupar el sitio que dejara vacío, sólo por aquello que lo grande y lo pequeño andan siempre revueltos en debido contraste para formar un nimbo obscuro al brillo de los mejores.

El Sr. Bonelli ya os ha dicho que dedicados exclusivamente al BOLETÍN de esta Real Sociedad hay importantísimos trabajos, algunos verdaderos libros, y que como anexo

publicaré al fin de esta velada; descollando como lucha geográfica activa la campaña en busca de Santa Cruz de Mar Pequeña, cedida por el tratado de Guad-Ras, en que actuó como hábil geógrafo diplomático, dejando asentados derechos que en buena ó en mala hora hemos dejado de ejercitar. Y luego su campaña en París de 1886 á 1891 en la Conferencia internacional, defendiendo los derechos de España á la costa del Sáhara y de Guinea, cuando nos cerraba el paso el tratado de Berlín, que exigía la efectiva ocupación de los territorios.

En esas luchas y en todos sus trabajos de toda índole, como habéis oído ya repetidas veces, se siente en la pluma de Fernández Duro ese ardiente amor á la patria que engendra la ausencia en los albores de la vida del mar.

No sabéis, señores, la honda impresión que sufre el alma del adolescente cuando por vez primera surca el Océano avanzando hacia ese horizonte que huye siempre delante de nosotros sin alcanzarlo jamás, mientras que por la popa las montañas de la patria se van hundiendo bajo la línea del horizonte que nos sigue, como si no hubiera de volver á ver la tierra cuya historia es nuestro ser, cuyas aspiraciones son la historia que quisiéramos para el porvenir. Aquellas montañas que desaparecen tienen á su pie la casa en que vimos la luz primera; donde están los abuelos protectores de nuestras maldades de la inocencia; allí viven los padres que Dios puso en la tierra por providencia de los hijos; más tarde, el hogar propio, la mujer amada, que en un todo con la patria la ve el samoyedo en el nimbo de inmensa blancura de sus llanuras de hielo; el hombre del norte, entre sus nieblas, como una ilusión vaporosa, y nosotros, cerrando los ojos, apoyada la cabeza en las manos en la popa de la nave, salva la distancia el destello de unas pupilas al través de las varillas de un abanico, mientras el sol enloquece la cabeza y el corazón, cantando todos y cada uno su sol, su cielo y su patria para sí solo, como sublime aspiración de la vida que completa el geógrafo diciendo: esa es la tierra prometida, la que según el antiguo Testamento no llega el hombre nada

más que á divisar, detenido por la mano de Dios al llevarlo á patria mejor.

Para el geógrafo, la estela de la nave es surco que marca el camino del destino: y la cañada que entre altas montañas sirve de lecho al río, es sólo el cauce por el que todas las aguas van al mar, en cuyas orillas está el premio de una vida de afanes y virtud, cuyo puerto de eterno refugio es la inmortalidad.

A ella y por justos méritos llegó el que fué nuestro amado Presidente y amigo querido: y pues que llegó con tanta gloria, no lo lloremos; como cristianos recemos por él, y como hombres sirvanos de ejemplo; pues no hay nadie, ni grande ni pequeño, que no tenga una letra que poner en la historia, ni que esté exento de añadir siquiera un grano de arena á ese gran edificio que constituye el testimonio del carácter de la raza, que heredamos de los que fueron españoles y que tenemos el deber de continuar para los que nos han de suceder.

El camino está trazado; cumplió sobradamente aquel cuya historia recordamos con asombro. Descanse en paz el que fué: nosotros, ¡á trabajar!

TRABAJOS DEL EXCMO. SR. D. CESÁREO FERNÁNDEZ DURO
INSERTOS EN EL «BOLETÍN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA» Y EN OTRAS
PUBLICACIONES DE ÉSTA.

Memorias.

Sobre el progreso de los trabajos geográficos.—Tomos V, VI y VII.

Conferencias.

El Hach Mohamed el Bagdady (D. José María de Murga) y sus andanzas en Marruecos, con unos apuntes para la bibliografía marroquí.—Tomo III (1).

(1) Donde no hay indicación de la obra á que se refiere el tomo se entenderá que éste es del *Boletín de la Sociedad Geográfica*.

- Exploración de una parte de la costa NO. de Africa en busca de Santa Cruz de Mar Pequeña.—Tomos IV y V.
- El lago de Sanabria ó de San Martín de Castañeda (con *mapa*).—Tomo VI.
- D. Gonzalo de Murga y Mugartegui.—Tomo XIV.
- Elogio del Excmo. Sr. D. Hilario Nava y Caveda.—Tomo XXVIII.
- El Dr. D. Marcos Jiménez de la Espada, naturalista, geógrafo é historiador.—Tomo XL.

Discursos.

- Sobre la exploración y civilización del Africa y especialmente de Marruecos.—Tomo II.
- Sobre la división territorial de España.—Tomos IX y XI.
- Sobre las causas de la pobreza de nuestro suelo.—Tomo XIII.
- Sobre las relaciones de España con África.—Tomos XIII y XIV.
- Sobre los derechos é intereses de España en la costa occidental de Marruecos.—Tomo I de las *Actas del Congreso español de Geografía colonial y mercantil*.
- En memoria del Excelentísimo Sr. D. José Gómez de Arteche.—Tomo XLVIII.
- En el XXX aniversario de la fundación de la Sociedad Geográfica.—Tomo XLVIII.
- Sobre el convenio anglo-francés en la parte relativa á Marruecos.—Tomo II de la *Revista de Geografía Colonial y Mercantil*.
- En elogio del Sr. Torres Campos.—Tomo III de la *Revista de Geografía Colonial y Mercantil*.
- Salutación al Sr. Otto Nordenskiöld.—Tomo III de la *Revista de Geografía Colonial y Mercantil*.

Artículos.

- Nuevas observaciones acerca de la situación de Santa Cruz de Mar Pequeña.—Tomo VI.
- Reconocimiento de Puerto Cansado.—Tomo XIII.
- El puerto de Ifní, en Berbería.—Tomo XIV.
- Los derechos de España en la costa del Sáhara, discutidos por la Sociedad de Geografía de París.—Tomo XX.
- El derecho á la ocupación de territorios en la costa occidental de

- África, discutido en la Conferencia internacional de París en los años 1886 á 1891.—Tomo XLII.
- Descubrimiento de la isla de Madera.—Tomos V y VI.
- Descubrimiento de América por los vascongados.—Tomo XII.
- Viaje á la Mancha en 1774.—Tomo XXI.
- Viaje impensado á Noruega en el siglo xv.—Tomo XXI.
- Españoles en Camboja y Siam corriendo el siglo xvi.—Tomo XXXV.
- Relación breve de lo sucedido en el viaje que hizo Alvaro de Mendaña en la demanda de la Nueva Guinea.—Tomo XXXVII.
- Viajes por España, Portugal y costa de África en el siglo xv.—Tomo XXXIX.
- Relaciones del descubrimiento de las islas de Salomón, traducidas al inglés por lord Amherst de Hackney.—Tomo XLV.
- Viajes del Infante D. Pedro de Portugal en el siglo xv, con indicación de los de una religiosa española por las regiones orientales mil años antes.—Tomo XLV.
- Más noticias de la religiosa española viajera por Oriente en el siglo iv.—Tomo XLVI.
- Embajada al Rey Xa-Abas de Persia: comentarios de D. García de Silva y Figueroa de la embajada que de parte del Rey de España Don Felipe III hizo al Rey Xa-Abas de Persia.—Tomo XLVI.
- Islas Bermudas.—Tomo VIII.
- Sayago.—Tomo VIII.
- Isla Formosa.—Tomo XII.
- La situación del cabo de San Agustín, en el Brasil, el año de 1515.—Tomo XVI.
- Antigüedades en América central.—Tomo XVIII.
- Primeras noticias de Yucatán.—Tomo XIX.
- El valle de Arán.—Tomo XXIII.
- Ríos de Venezuela y de Colombia: relaciones inéditas.—Tomos XXVIII y XXIX.
- Cuál es, entre las Lucayas, la isla que denominó Colón de «San Salvador». —Tomo XXXI.
- Cómo y por qué se conquistaron las islas Filipinas.—Tomo XXXVIII.
- La Geografía en España en los siglos xvi y xviii.—Tomo XLVI.
- Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y Misiones guaraníes compuesta por D. Félix de Azara.—Tomo XLVII.

- Planisferio del siglo xvi. — Tomo VI.
- Noticia de algunas cartas de marear, manuscritas, de pilotos españoles, que han ido á parar á bibliotecas extranjeras. — Tomos VII, XI, XII y XV.
- Carta del Canadá trazada en el siglo xvi. — Tomo XII.
- Cartas de marear. — Tomo XVII.
- Observaciones acerca de las cartas de Amérigo Vespucci. — Tomo XX.
- Noticia breve de las cartas y planos existentes en la biblioteca particular de S. M. el Rey. — Tomos XXVI y XXVII.
- Atlas inédito de Juan Oliva. — Tomo XXVII.
- Reproducción de cartas náuticas venecianas inéditas del siglo xv que comprenden á la Península Ibérica. — Tomo XLVI.
- Los cartógrafos mallorquines: Angelino Dulceti: Jafudá Cresques. — Tomo XXXI.
- Los Cabotos Juan y Sebastián, descubridores en el continente americano. — Tomo XXXIV.
- Andrés de Morales, observador de las corrientes oceánicas. — Tomo XXXIV.
- Juan Cousin, verdadero descubridor de América, según el Capitán inglés Gambier. — Tomo XXXVI.
- Tadeo Haëncke, naturalista en el viaje alrededor del mundo de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, al mando de D. Alejandro Malaspina, desde 1789 á 1794. — Tomo XLIII.
- Monumento erigido en California á Vancouver y á Bodega y Quadra. Tomo XLV.
- Conocimientos geográficos de Cervantes. — Tomo XLVII.
-
-

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONES

EL PERIPLO DE HIMILCO

(SIGLO VI ANTES DE LA ERA CRISTIANA)

POR

ANTONIO BLÁZQUEZ

CAPÍTULO PRIMERO

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Ora marítima.

El poema geográfico del poeta Rufo Festo Avieno ha sido interpretado de muy distinta manera; convienen, sin embargo, todos los que le han comentado, en que su descripción, aunque escrita en el siglo iv de la Era cristiana, presenta el cuadro de las costas del mundo conocido en la antiera vi, ó sea en el tiempo contado en sentido inverso á partir del nacimiento de J. C., y confirma esta opinión la circunstancia de mencionar como fuentes principales de su trabajo los escritos de Hecateo Milesio (550-472), Hellanico de Lesbos (495), Scylax de Carianda (513 á 509), Herodoto (446), Thucidides (471), Himilco (570 á 509), Dionisio (siglo vi) y otros varios de esta misma época (siglos vi y v) ó de los siglos posteriores, en que, como en los libros de Salustio, se recogían tradiciones africanas de aquellos siglos ó de remota antigüedad, omitiendo de propósito los testimonios de los grandes geógrafos que como Mela, Estrabón, Plinio y Ptolomeo daban noticias de épocas más recientes.

La mención que hace de los «Anales púnicos ó cartagine-ses», donde constaba la expedición de Himilco, merece especial interés, porque aun cuando debió consultar una traducción de estos «Anales» y no la obra original, como se deduce al observar que algunos nombres de localidades ó regiones, como los de la Ophiusa y Achale, son nombres griegos ó empleados por ellos; habiendo sido Himilco el Almirante cartaginés que en el siglo VI reconoció las costas que Avieno describe, y siendo su Periplo, original ó traducido, la obra que sirvió á nuestro geógrafo para redactar esta parte del poema, sus indicaciones tienen una autoridad indiscutible y superior á casi todos los libros de geografía antigua, muchos de los cuales se basaron en referencias y testimonios recogidos por los geógrafos, sin que éstos por sí hubieran podido comprobar su exactitud, por lo cual vemos en la obra de Ptolomeo errores frecuentes en la situación de los pueblos y ríos.

Una información deficiente por una parte, y por otra juicios aventurados y localizaciones apasionadas, han sido causas determinantes de que en estos últimos tiempos se haya producido una confusión tal, que mientras unos colocan los países Oestrymnicos en Francia é Inglaterra, como Müllenhoff («Deutsche Altertumskunde», tomo I, páginas 95 á 112), otros, como D. Celso García de la Riega en su obra «Galicia antigua» (Pontevedra, 1904), supone estuvieron en Galicia; y Ophiusa tan pronto es, á juicio de algunos, una península que ocupaba las costas occidentales ó septentrionales de España, como quiere Martins Sarmiento en su «Ora marítima» (Porto, 1896), ó en parte de ellas, como pretende García de la Riega, y aun en opinión de otros en parte del litoral mediterráneo, contándose entre éstos don Joaquín Costa («Litoral ibérico», Madrid, 1891-93. «Estudios ibéricos»), y D. Juan Román Calvet, que trata de identificarla con una de las Pythiusas («Los nombres é importancia arqueológica de las islas Pythiusas», Barcelona, 1906).

De estas opiniones tan diversas vamos á ocuparnos de un modo general, porque no entendemos necesario rebatir

una por una todas las opiniones y destruir uno á uno los argumentos que aducen para cuestiones de detalle que nada importan ni resuelven nada. Hacer libros extensos para un asunto que puede desarrollarse en ochenta páginas, nos parece impropio.

Estimación de las navegaciones.

Para la localización de pueblos, montes, ríos, islas, bahías ó golfos y cabos que se mencionan en el poema, y para determinar los límites de la navegación de Himileo, es un factor, un dato importantísimo, la evaluación de las distancias por vías terrestres y marítimas, desde el momento en que en ese mismo poema se señalan las distancias de unos puntos á otros.

Las unidades de distancia están expresadas en función del tiempo: son días de camino á pie y días de camino ó cursos ó carreras diarias de navegación; el nyctemero ó jornada constante de veinticuatro horas no se menciona en esta parte del poema, como puede observarse en los versos en que trata del asunto.

Respecto de la evaluación de la distancia ó trayecto recorrido en un día de navegación, indicábamos que los datos aducidos eran deficientes. En efecto; Müllenhoff, Martins Sarmiento y García de la Riega, no citando otros muchos más que se encuentran en igual caso, aducen un testimonio de Plinio, según el cual en su tiempo tardaban ocho ó diez días en llegar al Estrecho de Gibraltar los buques que salían de Ostia, en Italia, y habiendo unos 8.800 estadios, deducen que la marcha diaria puede evaluarse en 1.100 estadios, que equivalen, al cómputo ordinario, á 137 $\frac{1}{2}$ millas romanas y á 204 kilómetros, velocidad extraordinaria y excepcional (1).

En oposición á esto puede aducirse el testimonio de Es-

(1) De esta evaluación equivocada hay que exceptuar á D. Joaquín Costa, quien en su estudio acerca de Río de Oro (*Revista de Geografía Comercial*, 1886) ha rectificado con acierto las evaluaciones de los demás escritores.

trabón (libro III, caps. 144 y 166, y libro XI, 518), quien tratando del mismo recorrido, después de consignar que en este mar reinan en ciertas épocas vientos constantes que facilitan la navegación, añade que á veces tardan los barcos tres meses en hacer la travesía, por tener que detenerse en Cerdeña, en las islas Baleares y en las costas Lybicas, esperando vientos favorables.

También puede citarse á Scylax, quien en su «Periplo» (Geography Graeci minores. Edic. Müller) dice que desde el promontorio Hermeo, en la costa de Africa (hoy cabo Espartel) hasta Abyla (Ceuta), hay dos días de navegación, y como la distancia entre ambos puntos es sólo de 670 estadios, resulta que el camino recorrido en un día era de solo 335 estadios en vez de los 1.100 que se deducen del pasaje de Plinio. Hannon, cartaginés que navegó en el siglo VI por las costas del Estrecho de Hércules y las inmediatas de la Lybia, cuenta de Abyla á Timiaterion, que como el Sr. Costa ha demostrado en un notabilísimo trabajo («Estudios ibéricos», Madrid, 1891-1893) estuvo donde hoy Tánger, dos días (1), y por tanto, en el día sólo caminó á razón de 296 estadios, pues el trayecto total medía 592; y Pytheas, que en el año 350 recorrió los mares surcando las costas españolas desde Gades hasta el promontorio Sagrado (punta Sagres en Portugal), empleó cinco días (2). Como luego veremos, hubo en esta época una Gades fenicia que estuvo en la costa entre Huelva y el Betis ó Guadalquivir: si respecto de ella hiciéramos el cálculo de la distancia favorecería aún más nuestra tesis, pero por no anticipar sucesos supondremos que se trataba de la Gades romana ó Cádiz actual, y en tal hipótesis, la más favorable para aquellos á quienes rebatimos, Estrabón, que es quien trata del viaje de Pytheas, asigna 1.700 estadios como distancia al promontorio Sacro, la cual

(1) Postquam eVecti Columnas superavimus et extra eas biduum navigavimus, primam condidimus urbem quam nominavimus Thy miaterium: campus ei magnus suberat.

(2) Estrabón: Libro III, cap. 3.º, pág. 123.—(Colec. Didot, Geog. graeci mins., tomo II).

distancia distribuída proporcionalmente entre los cinco días, determina un recorrido medio diario de 340 estadios, bien diferente del que asigna Plinio y mucho más próximo á los que resultan de Scylax y Hannon.

Aun pudiéramos añadir que Scylax dice que de una á otra de las columnas de Hércules, Calpe y Abyla ó Gibraltar y Ceuta (entre las cuales la distancia es en realidad de 23 kilómetros), se empleaba un día de navegación (1), y como el estadio medía ordinariamente 184 metros, los 23 kilómetros sólo equivalen á una navegación diaria de 125 estadios.

Ninguno de estos testimonios y otros muchos que pudieran presentarse respecto del asunto, ha sido citado por los comentadores de Avieno. ¿Ha sido por ignorancia? ¿Ha sido por mala fe? Sus autores lo sabrán. A nosotros no nos importa el motivo; nos basta afirmar, y afirmar con pruebas, que sólo han citado un testimonio y han omitido los demás.

Si los que han tratado de este asunto hubieran obrado con imparcialidad é investigado con afán, les hubiera llamado la atención el hecho de que en aquellos libros modernos de historia de la Geografía que por la singular aceptación que han logrado son hoy vulgares y conocidos de todos, como la obra de Vivien de Saint Martin dice (2) después de referirse al viaje de Menelao desde Creta á Egipto, en el cual navegó á razón de unos 600 estadios por nyctemero (día y noche). «No es sino la mitad ó cuando más dos tercios de esta distancia, lo que contaron más tarde los marineros grigos y romanos como una buena navegación de veinticuatro horas».

Es elemental, respecto de este asunto, que cuando los datos son tan diferentes como los números 1.100, 335, 296, 340, 600, que señalan las diferentes evaluaciones de la navegación diaria y corresponden á tiempos tan distantes, por ejemplo, como los de Himilco y Plinio, el primero del si-

(1) La distancia real de Gibraltar á Ceuta es de 23 kilómetros.—Sunt vero sibi ex adverso Herculeae columnas distant que inter se diei itinere.

(2) Historia de la Geografía, cap. VI.

glo vi de la antiera y el segundo del siglo i de la Era, lo primero que hay que hacer es concordarlos en razón del tiempo, porque en setecientos años algo tiene que haber adelantado el arte de navegar, ya por las mejoras introducidas en la construcción de las naves, ya también por el conocimiento de las derrotas, ya, por último, por el de los vientos constantes ó periódicos; y en su consecuencia, hay en el caso presente que prescindir del testimonio de Plinio y aceptar por más próximos los datos de Pytheas (350), de Scylax (509) y de Hannon (siglo vi), sobre todo los de estos últimos, que pueden considerarse contemporáneos de Himilco, puesto que como él corresponden al siglo vi de la antiera.

Lo segundo es concordar en razón del lugar, pues no en todos los mares la navegación se efectuaba en las mismas condiciones, y en este caso la navegación de Pytheas de Cádiz al promontorio Sagrado tiene un valor excepcional, puesto que Himilco navegó como él por esta costa.

Hay, pues, que calcular la navegación de Himilco entre 296 (navegación de Hannon) y 340 (navegación de Pytheas); entre ellas la diferencia es sólo de 44 estadios ó sean cinco y media millas, equivalentes á ocho kilómetros. Resultado sorprendente y diferencia sin importancia, ya que no es posible exigir que los puertos y lugares estuvieran fijados con arreglo á las distancias de navegación, sino allí donde, un poco más cerca ó más lejos de un número exacto de jornadas medias, existiera el cabo, la bahía ó el punto á que se dirigían ó en el cual estacionaban.

Pero si extraño es que buscaran un testimonio de Plinio para calcular las longitudes recorridas por Himilco en un día, es más extraño aun que lo efectuaran habiendo señalado trayectos el General cartaginés, cuyos puntos extremos, según los comentadores, están perfectamente localizados. Esto es verdaderamente monstruoso, porque la información extraña es admisible cuando no existen datos en los documentos que se examinan, pero cuando en éstos los hay es el colmo de lo extraordinario.

Himilco señala de Tarteso ó Cádiz á Málaga cinco días

de navegación. Entre estos puntos había por la costa 165 millas, según el Itinerario de Antonino (suponiendo que esta Gades fuese la romana), y como las 165 millas equivalían á 1.320 estadios, la marcha media diaria de Himilco fué, por consiguiente, de 264 estadios, aun menor que las de Pytheas y de Hannon. Pero como la ciudad que aquí llama Gades, dice que es la antigua Tartesos, situada más á Occidente, entre los brazos que el Betis ó Tarteso formaba al desaguar, es preciso añadir á los 1.320 estadios ya citados la distancia que había entre Cádiz romana y Tartesos fenicia (de Cádiz á Chipiona hay 22 kilómetros y de Chipiona (Gerión) á Tartesos otro tanto, puesto que Tarteso estuvo en una isla de poco más de 100 estadios que el Betis formaba, y en su brazo occidental), resultan en total unos 1.540 para cinco días, ó para cada día 308 estadios.

Hechas estas consideraciones, haremos notar que desde el promontorio Sagrado á las Columnas señala siete días de navegación, pues en vez de peditus, la lectura más exacta dice reditus, esto es, camino de vuelta, y añadiendo á los 1.700 estadios, que según hemos dicho cuenta Estrabón entre aquel cabo y la Cádiz romana, 66 millas que había de Cádiz á Calpe, resulta un total de 2.228 estadios, coincidiendo también aquí la longitud de la navegación diaria, que resulta á 318 estadios (1).

(1) He aquí un resumen de las distancias que Himilco dejó consignadas y su equivalencia actual con la reducción á estadios:

NAVEGACIONES	Días.	Kilómetros.	Estadios por día.
Promontorio Sagrado á las Columnas.....	7	410	318
Idem id. á las islas Oestrymnicas.....	2	95	258
Monte Ario (Ossonoba) á las Columnas.....	5	315	336
Idem al límite Tartesio.. .. .	2	105	280
Costa tartésica, desde la boca más occidental, á Gerión.	1	52	280
De la ciudad de Tarteso á Málaga.	5	285	308
<i>Promedio.....</i>			296

CAMINOS POR TIERRA	Días.	Kilómetros.	Kilómetro por día.
Desde Ossonoba ó monte Ario al límite Tartesio (rodeando la ría de Huelva)..	4	113	28
Desde el Ario al promontorio Saturno.... .	1	24	24

Antes de terminar esta parte de nuestro estudio, diremos que los datos de Plinio, Estrabón, Scylax, Hannon é Himilco no se contradicen, puesto que con viento favorable durante toda la travesía la velocidad podía alcanzar á 700 estadios para las horas del día y 600 para las de la noche. (Herodoto: libro IV, 86). En total 1.300; aun mayor que el citado de Plinio, quien precisamente habla de navegación en estas condiciones.

La navegación durante el día oscilaba, en mares conocidos, entre los 700 estadios, en el supuesto de vientos favorables, y unos 500 en medianas ó malas condiciones.

Para la navegación por mares desconocidos, reconociendo las costas y los puertos y bahías, sólo 250 á 350 estadios, por la pérdida de tiempo que estas operaciones exigen, por la precaución necesaria en costas ignotas, y en el caso de las navegaciones de Pytheas é Himilco, por los lodazales y bancos que había en el mar y por las ramas y arbustos que estorbaban la navegación. No podrá negarse que Himilco, por boca de Avieno, expone precisamente estas dificultades en los versos 117 á 129 del poema, donde califica de marcha lenta á su marcha, y más adelante veremos que precisamente en la costa que recorrió no sólo existieron, sino que en el día existen esos obstáculos, pues hay una serie de bancos, arrecifes y escollos como los de Aceiteros y Lajas de Conil, desde Tarifa á Cádiz, y el banco de Salmedina cerca de Chipiona; la costa es peligrosa por los acantilados desde el Guadalquivir á Huelva; está sembrada de bancos de cieno y arena entre Huelva y el Guadiana: hay islotes bajos y peligrosos y con malezas de los cerros inmediatos, y forma en Portugal desde el Guadiana hasta el Oeste de Faro multitud de islas y bancos arenosos y de fango, con canales cegadizos y variables, según puede comprobarse en los «Derroteros náuticos (1) de las costas de España y Portugal» (Madrid, 1880), y en las «Instructions nautiques» (2) de las mismas costas publicadas en Francia (París, 1905).

(1) Págs. 187, 219, 220, 221, 222, 224, 225 y 235.

(2) Págs. 217, 219, 353, 384, 388, 390, 397, 398, 403, 405 y 437.

De la situación política del mundo histórico
en tiempos de Himileo.

Sabido es que los fenicios tuvieron en remota antigüedad colonias en España, siendo una de las más occidentales la de Tarsis ó Tartesos. La toma y destrucción de Sidon por los filisteos, hacia el siglo XIII (de la antiera), determinó al parecer la paralización de sus conquistas y descubrimientos marítimos y geográficos y el decaimiento de sus colonias. Refugiados los fenicios en Tyro, vuelven á recobrar su poderío y consiguen sostener sus posesiones; pero nuevamente en el año 572 (antes de J. C.) cayó su capital en poder de Nabucodonosor, Rey de los caldeos, y en 537 fué tomada por Ciro, Rey de Babilonia, iniciándose en este tiempo su decadencia y ruina.

Algunos fenicios de Tyro por rivalidades y luchas intestinas habíanse visto obligados á emigrar en el siglo IX, y éstos, navegando á Occidente, buscaron asiento en una costa no ocupada por sus hermanos los fenicios, fundando la ciudad de Cartago y dando origen á una nación que comenzó á engrandecerse en el siglo VI.

Mientras Tyro fué poderosa, los cartagineses tuvieron que ocupar un puesto secundario, desarrollando su comercio y su actividad hacia el interior de Africa y en las costas inmediatas de la Lybia, respetando las colonias fenicias y no llegando hasta ellas; pero conquistada Tyro, su antigua metrópoli y rival (1), los cartagineses iniciaron su expansión mediterránea, favorecidos por la circunstancia de que los vencedores de los fenicios no eran pueblos navegantes y con aspiraciones al engrandecimiento en los mares, y también la de que algunas colonias fenicias abandonadas á consecuencia de los desastres de la metrópoli se vieron atacadas por los naturales del país y acudieron en demanda de soco-

(1) La caída definitiva de Tyro no tuvo lugar hasta el año 332, en que fué conquistada por Alejandro.

rro á sus hermanos los cartagineses. Tal sucedió en Cádiz, según cuentan varios autores, y entre ellos Justino (Historia, XLIV, cap. 5.^o), quien dice que envidiosos los pueblos inmediatos de la grandeza de Cádiz fenicia, ó Tartesos, les movieron guerra, en la cual prestaron á Tartesos auxilio sus consanguíneos los cartagineses. Diodoro Siculo en su libro XXV cuenta los comienzos de las navegaciones fenicias á esta región.

Este relato se refiere indudablemente á una época en que Tyro debía estar abatida, pues de otro modo no hubieran sido los cartagineses, sino los tyrios, los que hubieran acudido en socorro de los gaditanos, y los españoles no habrían provocado á Tartesos en época normal, cuando los tyrios mantenían relaciones frecuentes con sus habitantes, pues lo hubiera impedido el temor á la llegada de las poderosas escuadras fenicias. Poco después del año 572 hay que colocar, por consiguiente, estos sucesos.

Entonces debió venir á España el cartaginés Himilco, mientras su compañero Hannon, como da á entender Plinio (1), visitaba las costas de Mauritania. Himilco fué el primer cartaginés que visitó esta costa según dice Avieno en los versos 383 á 390, y parece confirmarlo el que menciona y detalla los lugares, cosa que no hubiera hecho si antes hubieran sido conocidos por sus compatriotas.

Según el pasaje de Plinio (Libro II, cap. 67), Hannon salió de Cádiz con parte de su escuadra, para unirse al resto cerca de Soloeis (2), y si Cádiz no hubiera sido ciudad aliada ó amiga de los cartagineses, la escuadra de Hannon no se hubiera estacionado allí, ni Himilco hubiera sido el primero que la visitara (3).

En el año 509 ya los cartagineses, dominando el Medite-

(1) Plinio: Libro II, cap. 67; y Herodoto: libro IV, cap. 43.

(2) Periplo de Hannon, párrafo 3.^o—Edición Didot., Geog. graeci minores, tomo I.

(3) Plinio dice, sin embargo, que las dos expediciones se hicieron al mismo tiempo. Bien pudo significar con esto la simultaneidad, ó el que ambas se efectuaron en la misma época (siglo VI). Hay que tener en cuenta que Plinio escribió siete siglos después.

rráneo, imponían su voluntad á las naciones ribereñas y celebraban un tratado con los romanos, según el cual éstos no podrían navegar por el promontorio Bello, Mastia, ni por Tartesos, ni pasar de este último punto (1).

Para los cartagineses, á juzgar por el relato de Himilco, estos mares eran desconocidos é ignorados, pues Himileo dice que nadie antes que él había llegado al promontorio Sacro, dando á entender claramente que se refería á sus compatriotas.

En concepto de los historiadores y geógrafos, según se ha dicho, no existía en estos tiempos fuera del Mediterráneo otro mar que el *Océano*, en cuya costa estaba Tartesos.

Después de los viajes de Himilco ya señalan los escritores unos mares ó senos, como el *Seno Atlántico*, y como los hechos y los libros de Geografía guardan entre sí una inmediata relación, pasando al texto escrito los hechos y descubrimientos realizados, expresándose en conceptos, si no completamente exactos, lo suficientemente aproximados para que de ellos se tenga idea, así después de Himilco, según decimos, existe además del Océano el seno ó golfo Atlántico, en el cual están Gadir y los Iberos. Así dice Scylax (509) que fuera de las Columnas hay dos islas que se llaman Gades, y añade que existen muchas colonias cartaginesas, golfos, bancos y mares extensos. Dice también que hay un *gran golfo* (versos 112 y siguientes), al cual no da nombre, que se extiende hasta el promontorio Hermeo (que estuvo donde la mansión de Mercurio del Itinerario romano, ó sea más bajo que el actual río Sebú), y señala otro promontorio opuesto en Europa como límite de este gran golfo (Tenditur illa scopulorum taenia ad aliud Europae promontorium adversum. Vocatur autem id promontorium Sacrum), al cual llaman promontorio Sagrado.

Vemos, pues, que un escritor inmediatamente posterior á Himileo y á Hannon, é informado de sus viajes, reúne los conocimientos de la época y describe el *golfo Atlántico*,

(1) Polibio: Libro III, cap. 24.

señalándole por límites occidentales el promontorio Hermeo en Africa y el Sagrado en Europa, cuyos promontorios citan los Almirantes cartagineses como últimos puntos de sus narraciones.

No creyeron, pues, sus contemporáneos que Himileo había navegado hasta Inglaterra (1).

Más tarde, cuando Pytheas (2) surca las costas occidentales de Europa y visita el golfo de Gascuña y los mares Norte y Báltico, la Geografía da otro paso más y el seno Atlántico, antes encerrado en los límites descritos, se convierte en un mar. Aristóteles, que vivió hasta el año 321, esto es, veintinueve años después de la expedición de Pytheas, y que tenía idea de las costas occidentales del mundo, distingue el mar Atlántico, que según él es, en sentido general, el que rodea á la Tierra (que no es más que una isla); en sentido restringido, es sólo la parte del Océano exterior que baña las extremidades occidentales de la Tierra habitada, teniendo también denominaciones especiales las demás partes del Océano, pues á la del Norte se llama mar Boreal ó Cronio, al Sur mar Austral y al Oriente el Eriteo, y da noticia de la isla Británica.

Este nuevo concepto del Océano cuatripartito y esta mención de la isla Británica, pues sólo de una habla, están tomadas de Pytheas, quien mencionó á esta última (libro II, 4, de la «Geografía de Estrabón»), y aquéllos, de las exploraciones y descubrimientos efectuados hacia el Océano Indico por Alejandro. La isla mencionada sólo tiene en Pytheas el nombre de Británica y no el de Albión, y en cuanto á la isla de Hibernia, citada por Avieno con relación al viaje de Himileo, nada dice, como tampoco de las Casiterides (V. Colle-

(1) Herodoto: El mar que hay más allá de las columnas de Hércules se llama Atlántico y Erithree. Gerión moraba fuera del Mediterráneo, en una isla vecina de Gades, más allá de las columnas de Hércules, llamada por los griegos Erithrea, situada en el Océano, el cual rodea todo el continente de Europa, pero nadie ha podido averiguar todavía si está rodeada de mar.—Libro IV, cap. 202, y libro IV, caps. 8, 45 y 49.

(2) Para la expedición de Pytheas puede consultarse el interesante trabajo de V. Collegari. Feltre, 1904.

gari, «Pythea di Massilla». Feltre, 1904). No hay fundamento alguno aquí para suponer, como se ha supuesto, que la isla Albión, las Casiterides y la Hibernia ó Ierne de Avieno fueron encontradas por Pytheas en los mares del Norte, como se cree; la Britania, sí.

Por otra parte, hay quien supone que Pytheas, conocedor de las navegaciones fenicias y cartaginesas á las islas Casiterides, le hicieron concebir su viaje. No hay dato alguno en que fundar tal hipótesis (1); lo único que puede admitirse es que Pytheas, gran geógrafo, que residía en una población y colonia mercantil como Marsella, que llevaba más de dos siglos de existencia, tuviera noticia de que al Norte había un mar y en sus orillas pueblos y naciones, que supiera por el relato de Himilco también que el Océano formaba un seno ó golfo más al Occidente de las columnas de Hércules y que en el promontorio Sagrado la costa torcía brusca-mente al Norte; y como el Océano, en el concepto geográfico de los antiguos, rodeaba la Tierra, comprendió que dirigiéndose desde aquel promontorio hacia el Norte y derivando á cierta altura hacia el Este, tocaría las orillas del mar que ceñía las tierras cuyos habitantes comerciaban, por intermediarios, con Marsella.

Sus expediciones memorables, que recuerdan el descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón, tanto por la sencillez de la idea como por el atrevimiento y constancia en el desarrollo, confirman de un lado los cálculos de distancias que hemos establecido para la navegación diaria, y al mismo tiempo que él, como Estrabón y como Himilco, colocaron en el promontorio ó cabo de San Vicente el promontorio Oestrymnico.

Aunque hubiera sabido con toda certeza la existencia de

(1) La Céltica, en concepto de los escritores antiguos, estaba también cerca de Tartesos.—Scymno habla de las dos regiones como de países inmediatos.

Dionisio dice que se extendía hasta las Galias, lo cual confirma esta opinión, pues no sólo no es incompatible la existencia de celtas junto al cabo de San Vicente con extensión hasta las Galias, sino que parece afirmar que no sólo en ésta habitaban los celtas.

las Casiterides en el SO. de España, no por esto hubiera dejado sin efectuar su viaje á los mares del Norte, como después lo continuó á Tulé y al Báltico.

El casitero ó estaño.

Ninguno de los escritores antiguos se ocupó como Plinio con erudición profunda de los minerales y metales, dedicándoles varios libros de su «Historia Natural», y describió sus variedades, dando noticia de sus minas, de los procedimientos de beneficio ó extracción de los metales, de sus aleaciones ó amalgamas y del uso y empleo de los mismos.

En los demás escritores, historiadores, geógrafos y filósofos hay noticias aisladas, menciones de localidades donde abundan las minas, y aun en ocasiones detalles de explotación, por ejemplo, en Estrabón, pero desde luego se ve que es el geógrafo, y no el físico y el químico, quien escribe.

No quiero decir que pretenda dar valor á los datos de Plinio, en oposición á las noticias de los demás; no es necesario esto, porque tal oposición no existe, y no podrá citarse un texto antiguo que esté en contradicción con los de Plinio; quiero decir solamente que por su especialidad y por su competencia podemos tomar los datos de este escritor sin hacer más citas, porque éstas no añadirían nada á lo que Plinio escribió en el libro XXXIV, capítulo 16, donde dice:

«Trataré ahora de la naturaleza del plomo, del cual hay dos clases: negro y blanco. Es más apreciado el blanco, llamado por los griegos casitero, contándose verbalmente de él que lo van á buscar á unas islas del mar Atlántico (el mar Atlántico no debe confundirse con el Océano Atlántico), y que lo traen en unos navíos tejidos de mimbre y cubiertos de cueros cosidos. Ahora es cosa cierta que se encuentra en Lusitania y en Galicia mezclado con una tierra arenosa negruzca, que sólo por su peso se puede saber que contiene estaño. En ella se encuentra en unas piedrecillas menudas, y principalmente se ve cuando están secos los arroyos».

«En Galicia no se hace plomo negro, y en cambio es abundante de este último el territorio vecino de Cantabria».

Hállase también, dice, con los metales de oro. Añade que lo menciona Homero (véase «Iliada» XI, 23 y XXI, 569) con el nombre de *casitero*, y que fundiendo minerales de plomo negro, el primer líquido que sale se llama estaño y el segundo plata, y lo que queda sin derretir galena, y que fundida ésta nuevamente se obtiene el plomo negro; de lo cual resulta que el estaño se encontraba en los filones unido á la plata y al plomo, ó mejor al plomo argentífero.

Comparemos esto con lo que dice Avieno. En los versos 96, 97 y 98 afirma que los habitantes del seno Atlántico tenían mucho plomo negro y *estaño*, y que navegaban en barcos de mimbres cubiertos de cuero; en los versos 259, 260 y 261 dice que del monte Casio dieron los griegos el nombre de *casitero* al metal que los latinos llaman *estaño*, y en los versos 291 y siguientes trata del monte Argentario, cerca del lago Ligustico (formado por el Betis), en cuyas laderas brillaba y resplandecía el estaño, mezclado y arrastrado con las arenas de los ríos.

La coincidencia no puede ser más completa, porque las Oestrymnicas estaban en el seno Atlántico, según Avieno é Himileo, y las islas del Casitero en el mar Atlántico, y no en el Océano, según Plinio; la referencia al monte Casio es idéntica; el monte Argentario de Himileo y Avieno estaba en los confines de la Bética y la Lusitania (donde hoy las minas de Constantina, Guadalcanal, Almadén de la Plata, Tharsis y Riotinto), y en los límites de Portugal con la Bética lo pone Estrabón, y Plinio, más conciso pero no de modo diferente, lo señala en la Lusitania; en cuanto á los barcos de cuero, ambos los citan, y aun suponiendo duda en las frases de Plinio respecto del uso de los barcos de cuero cuando él escribía, no tendría nada de extraño, porque después de trescientos años de dominación romana los grandes barcos latinos habían substituído con ventaja á los fáselos de los oestrymnicos.

Lo único que no dice Avieno es que se producía en Ga-

licia; pero no pudo decirlo aquí, porque no se trataba de aquellas costas, sino de las del Algarbe, Huelva y Cádiz y de los países inmediatos, y porque en su tiempo no era conocida aquella otra región.

Queda aún otro punto por resolver, no sin que antes indiquemos que el nombre casitero era también hebreo y púnico. Avieno, que escribió en el siglo IV, empleó las palabras plomo y estaño como diferentes. ¿Quiso bajo estos nombres referirse á metales distintos? Los versos de Avieno nos dan la respuesta, puesto que sus palabras son: *Casius indemons tumet, et Graja ab ipso lingua Cassiterum prius Stannum vocabit*; de donde resulta que emplea para designar el metal que hay en el monte Casio, no el nombre que le dieron los griegos, sino el que después le dieron los latinos; mas como hemos visto, el Casitero de la Turdetania, al cual se refiere, era el llamado plomo blanco ó estaño, y éste en aquella época existía en el SO. de España y existió en la Edad Media en Ossonoba, aun cuando hoy no se explota.

La referencia que á la Céltica hacen los geógrafos como país de donde se llevaba el estaño, era la Céltica que luego se denominó Beturia céltica, esto es, el territorio que ocupan las sierras de Aroche y Aracena en la provincia de Huelva, y las de Constantina y Guadalcanal, abundantes en galena argentífera y plata, con cuyos filones se hallaba mezclado el estaño (1), y no la Céltica de Galicia ó Francia.—El pasaje de Scymno de Quío refiere que Tarteso importaba de la Céltica el estaño de los aluviones fluviales. v. 164.

Plinio añade en el libro IV, 3, al tratar de las islas Británicas, que las mencionan Pytheas é Isidoro de Charax, y da noticia de que sólo hacía treinta años que las armas romanas las habían dado á conocer, y esto no más que hasta el bosque de Calcedonia.

Timeo cita la isla de Mictis (Wight) que produce el plomo blanco, que los bretones van allí á buscar en sus barcos de cuero, y en el VII, 57, dice Plinio que todavía los britanos

(1) Castuera, pueblo de Extremadura, puede haber recibido este nombre por tener á su inmediación minerales de estaño.

usaban barcos de cuero y mimbres, dando á entender que antes era su uso mucho más general (1), pero aun en tiempo de Estrabón los lusitanos empleaban barcos de cuero (libro III, cap. 3.º)

Puede hacerse una objeción respecto del estaño de las Oestrymnicas en esta región: la de que ya no existe ó por lo menos no se explota. La objeción carece, sin embargo, de importancia, pues según los geólogos el oro, *estaño* y platino se presentan muchas veces en forma de *depósitos superficiales*, los cuales, según el Profesor Newburry, citado por Gonzalo Tarín (tomo II, pág. 149), han suministrado probablemente las nueve décimas partes del oro utilizado por el hombre, *la mayor parte del estaño*, etc.

Por su misma disposición superficial, estos depósitos sometidos á la acción de las aguas y de los meteoros acababan por desaparecer, y las arenas que antes arrastraban estaño son substituídas por otras en que este mineral no se presenta.

El estaño de las Oestrymnicas procedía de depósitos superficiales, puesto que se encontraba en las laderas del monte Casio, y de allí era arrastrado con las arenas, explicándose perfectamente su explotación por los habitantes de la costa.

Pero además hay un texto, el de Almacari, que demuestra que en estas costas y frente á las islas del cabo de Santa María se explotaba el estaño en tiempo de los árabes.

El afán de concordar textos de siglos diferentes ha contribuído al error de creer que las Oestrymnicas de Himilco son las Casiterides de Estrabón: Avieno é Himilco las dan nombres distintos; pero aun cuando por la circunstancia de haber estaño en aquéllas hubieran llamado Casiterides á las Oestrymnicas, no por esto habría motivo para suponer que se trataba de las mismas islas. Esto es un error tan vulgar como el de creer que todos los promontorios que con los

(1) Midácrito fué el primero que trajo el plomo de las Casiterides: VII, 57. Los barcos de cuero y mimbres no caracterizan ningún país de la antigüedad; los emplearon los caldeos, los etiopes, los españoles y los britanos.

nombres de Saturno ó de Venus citan los geógrafos antiguos sólo eran un promontorio de Saturno y otro de Venus, ó como el de los que entendieran que todos los «El Dorado», que se mencionan en relaciones de descubrimientos y conquistas de América, estuvieron en el mismo lugar.

Allí donde los antiguos encontraron islas con mineral de estaño (casiterita), les aplicaron el nombre de Casiterides; tal sucedió en Galicia y en las Sorlingas, pero no recibieron este nombre hasta que las grandes naciones mediterráneas llegaron á conocerlas, y ningún texto de geógrafo antiguo hay que permita afirmar que en el siglo VI antes de Jesucristo Galicia y las Sorlingas fueron conocidas por los griegos y los cartagineses.

El Periplo de Himilco puesto en verso por Avieno sólo podría concordarse con los escritos anteriores ó con los coetáneos, ó con noticias que aunque dadas á conocer en época posterior se refirieran á este siglo: todo otro intento está desprovisto de fundamento.

Que hubo estaño en Ossonoba (1), rodeada de estuarios y de islas, lo dice un escritor arábigo (Almaccari); luego la correspondencia de las Oestrymnicas con este punto, con Galicia ó Inglaterra, en razón de su producción de estaño, no puede decidirse en virtud de esto; pero la distancia á Tartessos y al Estrecho de Gibraltar, la comunicación comercial con los iberos y la proximidad al promontorio Sacro, resuelven el problema á favor de las islas del cabo de Santa María, situadas frente á Ossonoba.

Juicios falsos respecto de Avieno é Himileo.

Avieno nos ha dejado incompleto su poema; según indica en sus comienzos, piensa describir las costas que rodean á Europa, desde el Océano hasta el Ponto, y sin embargo sólo llega hasta Marsella. En los versos que restan se observa la división perfectamente marcada en tres capítulos ó partes: La primera contiene el relato de su propósito y las fuentes principales de su información, es el prólogo ó

(1) Edic. Leyden, tomo I, pág. 91.

proemio. La segunda, que abarca desde el verso 80 hasta el 416, contiene la descripción de las costas del seno Atlántico hasta las columnas de Hércules, que constituían el punto más oriental. La tercera se refiere al litoral, desde Calpe ó el río Chrisos hasta Marsella.

Respecto de esta última parte, los comentaristas están de acuerdo en cuanto á que no se sale el poeta de la descripción de ese litoral, hecha de modo que se enumeran los lugares en orden natural de sucesión, salvo aquellas referencias convenientes para, en algún caso, relacionar los lugares; pero en cuanto á la segunda parte muchos opinan que el poema está aquí incompleto y que la descripción es desordenada, dando verdaderos saltos é intercalando tierras é islas que no estaban en aquel mar, sin que puedan aducir en pro de su tesis más razón que la de no haber entendido el poema, ó en otro caso la de que quieren situar los lugares donde no estuvieron.

Es inadmisibile que Himilco y Avieno, que visitaron estos lugares, ignoraran la situación de los pueblos, ríos y montes; que Avieno fuera ordenado y metódico al describir las costas mediterráneas, y desordenado al tratar de las del Atlántico, es inadmisibile también; y que introdujera en esta parte de su relato lugares que correspondieran á otros mares ú otras costas, es más inadmisibile todavía.

El poema, por otra parte, nos dice que va á tratar del seno Atlántico, y le describe limitándole por el promontorio Oestrymnicó, en el cual la costa tuerce luego al Norte, y las columnas de Hércules. Respecto de este punto ya hemos hecho notar cuál era su extensión en concepto de Himilco y de los geógrafos posteriores en más de dos siglos. Hemos visto que ninguno, hasta Pytheas, describe más costas que las que llegan al promontorio Sagrado (cabo de San Vicente); hemos visto también que ninguno citó las islas Hibernia y Albión más lejos que este cabo; vemos en el poema que los puntos y lugares más importantes, como la desembocadura del Guadiana, la costa tartésica, el Betis, la Eritrea y las Columnas están en este mar, y que otros puntos hasta

hoy no ubicuados están ligados por distancias que no permiten colocarlos fuera de estas costas; y ahora nos falta entrar en el examen detallado de los cabos, islas y pueblos que cita; pero equivocado estará quien crea que con el poema de Avieno en una mano y un buen mapa en la otra puede encontrar desde luego todos los cabos é islas en la misma forma que los describe. Hay muchos detalles en los cuales la exactitud es notoria, pero hay otros en que los lugares han cambiado porque no en balde han transcurrido dos mil cuatrocientos años.

No se crea que estas consideraciones tienen por objeto disimular localizaciones caprichosas. La afirmación no es mía, es de los geólogos.

Examinando el mapa geológico de España y Portugal, se ve que la línea que marca el límite del terreno diluvial con el actual ó aluvial, que así se llama más propiamente en geología, la línea de separación está en muchas partes bastantes kilómetros más al interior de las tierras. Todos esos terrenos que quedan entre esta línea y el mar son terrenos ganados á las aguas en un período cuya duración no puede precisarse, pero que se cuenta por miles de años. Hasta ese límite llegó el mar en otro tiempo; los avances han sido continuos; en los dos mil cuatrocientos años transcurridos desde la expedición de Himilco no se ha ganado al mar todo ese terreno, pero seguramente se ha cubierto de tierra una parte de él, y ensenadas y lagos que existieron no existen ya.

Gonzalo Tarín, estudiando la naturaleza del suelo en la provincia de Huelva, ha llegado á la misma conclusión á que nosotros llegamos estudiando el poema de Avieno. También él afirma, apoyándose en la ciencia geológica, que las marismas formaban al Oeste del Guadalquivir otro lago (1), y los geógrafos antiguos así lo dicen; sin embargo, el lago es

(1) Tomo I, pág. 593.— En las avenidas, el Guadalquivir sale de madre derramando las aguas, viniendo á convertir gran parte de las marismas en un extenso lago.

hoy intermitente y no constante (1). En esas rías y bahías que Avieno describe había islas interiores; hoy son los senos menos anchos y menos profundos porque los ha ido cegando el limo depositado por las aguas, y las islas de entonces han podido desaparecer, quedando, cuando eran de bastante elevación, montículos ó cerros que destacan en las llanuras. Será, pues, equivocado creer que todas las islas de tiempo de Himileo seguirán siéndolo. Las islas que cita en la desembocadura del Guadiana, que han permanecido hasta el siglo XVIII, no existen hoy.

En las costas, junto á la desembocadura de los ríos y donde las corrientes marinas se dirigen, se forman bancos de légamo ó de arena, según los casos. Los de arena son esencialmente variables: el agua los formó y el agua los hace desaparecer; ejemplos de ello hay en abundancia en estas costas, y los «Derroteros» los describen, y de una á otra edición de estas instrucciones náuticas los canales que los ciñen se obstruyen, se abren otros nuevos y cambian de extensión y de profundidad las islas y los bancos, fenómeno que ya señaló Himileo.

Por último, en otros lugares donde los terrenos diluviales tocan al mar, las costas siguen una línea sensiblemente recta; allí se ha verificado, como entre Sagres y Lagos y en la costa que hay desde Huelva al Guadalquivir, una erosión activa que ha destruído las extremidades de los cerros que antes penetraban en el mar en forma de cabos ó puntas agudas, dejando en el intermedio profundas entradas que las aguas en su incesante choque han demolido, haciendo desaparecer aquellas prominencias para dejar una serie de cortes ó taludes verticales de algunos metros de elevación que alternan con senos por donde las aguas fluviales corren; y hasta las masas rocosas del cabo de San Vicente y de la punta de Sagres, batidas por las olas, han formado concavi-

(2) Madoz dice en su «Diccionario geográfico de España», escrito en el siglo último, que se forma al pie de la Ermita del Rocío, durante los inviernos, un lago de seis leguas de largo.

dades inmensas donde el viento penetra produciendo ruidos horribles (1).

No hay, pues, posibilidad de localizar todos los sitios que el poema de Avieno describe; pero bastará ver cómo la mayor parte de ellos se identifican, para tener la seguridad de que los dos ó tres que quedan sin fijar han tenido que estar entre los que en la costa se hayan localizado en este estudio, sin tener que acudir al socorrido sistema de echar la culpa de ello á Avieno ó á Himileo tachándoles de ignorantes ó embusteros.

Las serpientes.

Dice Avieno que los oestrymnicos que habitaban la Ophiusa fueron expulsados por las serpientes que invadieron el terreno, y que enseñoreándose de él le dieron el nombre de Ophiusa ó serpentaria.

Tomando en sentido literal esto que dice de la expulsión de los oestrymnicos por las serpientes, resulta un hecho que si no es imposible raya en lo fabuloso, con tanto más motivo cuanto que no sólo expulsaron á aquéllos, sino que además *las serpientes dieron nombre al país*.

No hay que buscar en fábulas y prodigios la explicación del texto de Avieno; ésta es mucho más sencilla y natural, porque se trata, no de aquel animal, sino de un pueblo que llevaba este nombre de Sephes. Convencen de ello el que todavía en su tiempo existían los saephes, hombres que como los ophitas tomaron quizá su nombre del culto ó adoración por las serpientes, ó pertenecientes á un pueblo que por semejanza de su nombre con el nombre griego de Sephes, voz que en este idioma significa *serpiente*, fueron

(1) «Derrotero de las costas de España», pág. 597: Las aguas, socavando el cimiento de la Torre de la Higuera (playa de Castilla en la provincia de Huelva), determinaron su caída de tal modo, que hoy aparece invertida y rodeada del mar á ocho metros de la costa en marca media.—Página 598: Por levante de la canal del río Guadiana, ó sea en jurisdicción de Ayamonte, se contaban en 1845, después de la punta del Timón, la isla de San Bruno y siete bancos más de diferentes formas y dimensiones; pues bien, en 1873 *ya estaban todos unidos*.

confundidos por Avieno. Recuérdese que hemos dicho, y con ello están conformes varios escritores, que parece deducirse que Avieno leyó los Anales púnicos, no en el idioma de los cartagineses, sino en el de los griegos, y se comprenderá cuán fácil es la confusión.

Que hay multitud de nombres griegos en el poema se justifica con los de Achale (Tortuga), Strongile (redonda), Pelagia (marina), etc.; y como los colonos del territorio de que se trata no eran griegos, sino fenicios, resulta claro que hubo transcripción de nombres, ó traducción de éstos del fenicio al griego primero, y después la hecha por Avieno al latín.

Ahora bien; tanto el nombre de Ophiusa como el de serpentaria, son voces que utilizaron los griegos, aun cuando con formas semejantes existieran entonces, y aun anteriormente, en el fenicio.

En efecto, tienen $\sigma\eta\psi$ $\sigma\eta\pi\omicron\varsigma$, o, η - serpiente.

$\sigma\psi\iota\varsigma$ ídem

$\sigma\psi\epsilon\iota\delta\alpha\omicron\nu$ serpiente pequeña.

Si los griegos tradujeron el nombre fenicio del pueblo que antes ocupaba el territorio, habrá que buscar la palabra que designe la serpiente en aquel idioma; pero también pudo suceder que transcribieran los griegos la voz á su idioma en la forma más parecida posible, sin traducir su significado.

Por el texto de Avieno parece que se trata de esto último, pues de haber traducido el concepto, siempre aparecería en la traducción griega con igual valor y siempre mencionarían las serpientes; pero no es así. Avieno habla ó menciona en los versos 155 á 157 las serpientes, y en el verso 195 menciona los Cempsios y los *Saephes*, como pueblos distintos, agrupaciones de hombres y no de animales; y entre $\sigma\eta\pi\omicron\varsigma$, en griego serpientes, y los *Saephes* de Avieno hay tal analogía de escritura, que bien puede admitirse que se trata de una misma cosa.

Mostrado que las serpientes $\Sigma\eta\psi\omicron\varsigma$ y los *Saephes* son un solo pueblo, podría dar por terminado este asunto; mas

todavía como conjetura y no como afirmación, puede añadirse otra, que ofrece interés y cuyo estudio ofrecería atractivo ó interés. En efecto; el dios Ofion de los fenicios es un dios serpiente, y esta última voz, como la de Sephes, fueron empleadas por Avieno, y de aquí puede deducirse que los ofiños ó serpentarios pudieron ser los fenicios adoradores de Ofion.

La voz Saephes ó Sefes dejó huellas en la nomenclatura geográfica española con los dos Sisapones que cita Estrabón, y en Saepona, citada en la época romana, las dos primeras en los límites de la Bética y la tercera en la parte meridional de su territorio; y en varios idiomas como el arameo, el árabe, egipcio y español hay las voces exipha ó Sipha, Sephum y Sephi (Berard, «Los fenicios y la Odysea», París), y hasta la voz espada parece tener la misma raíz que Saephes.

Recuérdese igualmente que Sepharad fué nombre antiquísimo de España, y que sapon ó Sisapon significa la mina y la fundición de metal, y podrá venirse en conocimiento de que probablemente los primitivos invasores, adoradores de Ofion, fueron los que expulsaron á los oestrymnicos, explotaron las minas, fundieron los minerales y fabricaron las espadas.

En cuanto á la voz Oestrymnicos, denota probablemente un pueblo de cantores y poetas (1): en la Odisea, tratando de la estancia de Ulises en España, cita como lo más sorprendente los cánticos y bailes con que le obsequiaron, y el Edrisi alaba en la Edad Media la poesía, el estro de los habitantes de Silves en esta comarca.

Si recogemos los datos de los historiadores, veremos que Tartesos, colonia fenicia, estuvo en una de las bocas que el Guadalquivir ó Tartesos formaba en su desembocadura, que es la misma Cartare.

El Betis y Tarteso.

Del río Betis, antes Tarteso, Mela afirma que sale de un lago, que forma no lejos del mar, por dos bocas, y el lago,

(1) Strymen en griego significa estro poético, furor de cantar.

citado también por Avieno, es el lago Ligustico que se forma detrás de las colinas ó montes de Arenas gordas (1).

El monte Casio corresponde á las alturas próximas al pueblo de Almonte, inmediato al antiguo lago Ligustico.

La costumbre de Avieno de señalar zonas de costa con indicación de sus extremos, puede producir en quien no examine detenidamente su poema alguna confusión; porque como se ha indicado, habla de la torre Gerión, antes y después de describir el curso del Guadalquivir; pero observando que en la primera ocasión lo hace como final del seno Tartesio, que efectivamente allí termina, y en la segunda como lugar de la costa que empieza después del Guadalquivir, la duda desaparece. A mayor abundamiento, la confusión pudiera hacerse extensiva á las referencias que de Cádiz (Gades) hace, puesto que la coloca antes de la segunda cita de la torre de Gerión, del puerto Menesteo, del seno que forma el mar (bahía de Cádiz ó de Puerto Real hoy), del río que desagua en ella (el Guadalete) y de la isla Eritrea, cuando debiera estar incluída en este último lugar. Y no es esto lo más grave, sino que después no la cita.

Al tratar de Gades, Avieno hace referencia á haber visitado aquellos lugares y encontrar sólo ruinas y desolación; luego nó hay que pensar en una información equivocada en el orden geográfico.

Si recordamos que Cotinusa fué el primer nombre de una fundación Sidonia ó quizá anterior, y que esta palabra se descompone en Cotes y nexo, ó isla cercada que después se llamó en griego Tartesos (Occidental), y que los escritores antiguos aplican indistintamente á Gades romana y á Tartesos fenicia, los nombres de Tartesos, Cotes, Cotinusa, Gadir, Carteia, Erithia y otros, veremos que la confusión existe (2).

(1) Gonzalo Tarín: Tomo I, pág. 593; y Madoz ya citado.

(2) El docto Académico Sr. Fernández y González, en su obra «Primeros pobladores históricos de la península Ibérica, pág. 311, dice: «La variedad de situación atribuída á Tarteso por los geógrafos, deja entender que se trata de distintas ciudades que tuvieron quizá alternativa ó sucesivamente la capitalidad de dicha nación en épocas remotas».

La Cádiz que Avieno cita fué la que antes se llamó Tartesos y que estaba entre los brazos del Guadalquivir; no pudo ser la actual Cádiz, pues el terreno ó isla en que se asienta nunca estuvo entre los brazos del Betis ó Tartesos. Esto es indudable. Pero también lo es que la Cádiz que existía en la época de Estrabón, Mela, Plinio y Ptolomeo estaba en donde hoy se encuentra Cádiz, y esto nos indica que hubo un traslado, un cambio de residencia, efectuado entre el final de la dominación cartaginesa y la época de apogeo de Roma. Seylax dice que fuera de las Columnas hay dos islas que se llaman Gades.

Para distinguirlas llamaremos cartaginesa á la primera y romana á la segunda.

Como antecedentes que justifican este cambio pueden aducirse las noticias que Tito Livio y otros escritores contienen respecto de las guerras púnicas. Según ellas, derrotados los cartagineses en Silpia en el año 207 (de la antiera), quedó Escipión dueño de casi toda España: sólo Gades (cartaginesa) continuó perteneciendo á sus enemigos. Después de la destrucción de Astapa por los romanos, llegaron á su ejército algunos vecinos de Gades y prometieron entregar la ciudad, la guarnición cartaginesa, el Jefe y la escuadra. Por este tiempo Hannon, Prefecto de Magón, fué enviado

Mela dice «Carteia (ut quidam putant aliquando Tartesus)».

Plinio, «Carteia, Tartesios á Græcis dicta».

Salustio, reduce Tarteso á Cádiz (Historia, II, 32).

Valerio Máximo (VIII, 134), llamaba Gaditano á Argantonio rey de los Tartesios.

Marco Julio, designaba á Galbo con el apodo de Tartesio.

Timeo dice que la ciudad que llamaban Cotinusas los naturales, era denominada Tartesos por los griegos y Gádira por los cartagineses.

Herodoto sitúa en Tartesos ó Carteia la corte de Argantonio.

Prisciano Gadis, Cotinusa vocata vetustis (Versos 46 y 463).

Estefano, Tartesus urbs Iberia á fluvio.

Estrabón la sitúa entre las bocas del Betis.

Pausanias, libro VI, 19, Tarteso es un río de Iberia que desagua por dos bocas y en medio de las dos está situada la ciudad del mismo nombre. Este río es el más considerable de toda la Iberia; algunos pretenden que se llamó Carteia.

Es curioso observar que Tartesos y Tarsis pueden ser voces de origen ibérico; en bereber Tarsets significa columnas de piedra.—Berard, «Les pheniciens et l'Odíssea».

Dionisio Apher dice que Cádiz fué llamada en tiempos antiguos Cotinusa.

desde Gades (cartaginesa) á las orillas del Betis para vigilar á los romanos, y la escuadra romana mandada por Lelio *salió del Estrecho, entró en el Océano* y se acercó á Carteia. Esperaba el General romano apoderarse de *Cádiz* (cartaginesa) sin combate y por transacción, según le habían prometido; pero descubierta la conjura de los gaditanos (de la ciudad cartaginesa) por Magón, mandó prender á los culpables, llevándolos á Cartago. Más adelante, al intentar Magón entrar en *Cádiz* (cartaginesa), el pueblo exasperado por la conducta de los cartagineses se negó á recibirle; arribó á Cumbis, y desde allí envió sus quejas á los Sufetas de *Cádiz*, los cuales se excusaron; en vista de lo cual entró á viva fuerza, azotó y crucificó á los Sufetas, se apoderó de los tesoros, saqueó los templos y obligó á todos los ciudadanos á entregarle sus caudales para tomar tropas á sueldo.

Esta serie de luchas y rebeliones, el saqueo de la ciudad por los cartagineses, la fuga de los afectos á los romanos, las muertes, la violencia y la ruina mencionadas de la ciudad, fueron causa de su miseria y despoblación.

En el año 171, 4.000 hijos de madres españolas y de soldados romanos solicitaron del Senado ciudad donde habitar, resolviéndose que los manumitidos ó declarados libres serían enviados á *Carteya en las orillas del Océano*, distinguiéndola así Tito Livio de la otra *Carteya* situada en la bahía de Algeciras, la cual estaba dentro del Estrecho. No sólo aquí indica su situación, distinta de la otra *Carteya* próxima á Calpe; también lo ha hecho en el pasaje citado anteriormente, pues si *Lelio salió del estrecho* (y salir para los romanos era pasar al Occidente), *entró en el Océano y se acercó á Carteya con la flota, con objeto de apoderarse de Tartesos*, claro es que *Carteya* estaba entre la salida occidental del Estrecho y la boca oriental del Betis, hacia la cual habia avanzado la escuadra cartaginesa mandada por Hannon; y dados estos antecedentes y la noticia de Plinio y de Salustio de que *Carteia*, colonia romana, se llamó antes *Tarteso*, la circunstancia de que la *Cadira* cartaginesa tenía este mismo nombre, y de que á la nueva colonia, la primera que se

fundó en España (año 171), trasladarían las 4.000 familias españolas, no sólo los efectos más necesarios para la vida, sino los objetos de su culto, sus dioses y hasta aquel antiguo y memorable nombre, se ve aquí la substitución del nombre de Carteia por el de Gades ó Cádiz perfectamente explicada, así como la confusión de los que escribiendo mucho tiempo después de estos sucesos, é ignorando el cambio de lugar, dijeron que Tartesos y Carteya eran nombres de una misma población. Cierto es que en el orden político así puede entenderse, porque la entidad política subsistió, mas no en el orden geográfico. Cotinusa, Tartesos, Gadirra, son nombres que sólo deben aplicarse á la población asentada junto al Tarteso, río; Carteia y Gades son los nombres de la ciudad hermosa que se denomina Cádiz.

De otro modo es imposible concordar la Geografía y la Historia. Las dos Gadiras y las dos Carteias y las dos Tartesos no pudieron estar en el mismo lugar ó en otros términos. Tartesos que estuvo en una isla entre los dos brazos del Betis, no pudo estar donde hoy Cádiz. La Gadirra que estuvo en donde Tarteso, puesto que fué la misma ciudad, tuvo que continuar allí. Cotinusa, que fué el primer nombre que recibió, se encontró en el brazo occidental del Betis.

La Gades actual, cuyo emplazamiento en la época romana y más concretamente en tiempo de Mela, Estrabón y Plinio y en el del Itinerario fué el mismo que tiene hoy, no pudo ser aquélla otra Gadirra cartaginesa.

La ciudad de Cádiz, que antes se llamó Carteia y estaba fuera del Estrecho, ocupada por los romanos en la segunda guerra púnica, fué asentada en el lugar en que hoy subsiste, porque de otro modo la situación de Lelio y de los cartagineses resulta imposible, y de este modo es perfectamente racional. Cójase el mapa, y si Gadirra cartaginesa hubiera estado en Cádiz, la flota de Magón, colocada en la desembocadura del Betis, no hubiera podido estar vigilando la aproximación de la flota romana que procedía del Mediterráneo ó sea del rumbo opuesto. Colóquese Gadirra en la costa de Arenas gordas, como se ve en el mapa que se acompaña, y

los monumentos y situación de las escuadras se explican perfectamente.

Hemos dicho que de Tartesos fueron á Carteia la mayor parte de los habitantes el año 171, apoyándonos en la opinión de algunos historiadores, por más que lo que consta es únicamente que 4.000 hijos de españoles y de soldados romanos solicitaron tierras y población donde morar, y se les concedió fueran á Carteia *en el Océano*. Este engrandecimiento de Carteia resulta justificado, pues en tanto que algunas poblaciones como la misma Tartesos ó Gadir cartaginesa fueron luego veleidosas para los romanos, Carteia, fiel á éstos, les abrió su puerto y sus defensas, según se ha visto en los párrafos transcritos, y continuó fiel; y la hipótesis de que estos nuevos habitantes procedieran de Tartesos, si no puede justificarse con testimonio, es verosímil después del saqueo de la población de Gadis cartaginesa por los cartagineses y en atención á que en ella tuvo que haber bandos y parcialidades, y los que se aliaron con los romanos tuvieron que abandonarla, temerosos de los castigos de Magón.

Pero si no puede de un modo claro y terminante afirmarse esto, cabe ver cómo Tartesos tuvo que ser hostil á los romanos, y cómo lo fué, en efecto, hasta llegar á su completo abandono y decadencia.

En el año 78 antes de Jesucristo, los gaditanos, ó mejor los tartesos, puesto que teniendolos dos nombres éste les caracteriza más, pidieron al Senado aprobase y pusiese en vigor el tratado que habían celebrado con Lelio durante la segunda guerra púnica. El Senado y el pueblo así lo acordaron, y en su consecuencia quedó en derecho independiente y libre Tarteso, aunque aliada de Roma. Este hecho prueba que querían vivir desligados de la dominación latina y que no aceptaban la dominación romana. Recuérdese que el Pretor Cayo Atinio sostuvo lucha con los naturales del país peleando en Asta contra 20.000 turdelanos y matando 6.000. Los vencidos se refugiaron en Gadir y la defendieron palmo á palmo hasta que la tomaron por asalto, no sin que el Gene-

ral romano quedase herido y muriera algunos días después. No fué una ciudad amiga de Roma Tarteso, ni Roma tenía nada que agradecerla. Si en la segunda guerra púnica habían buscado la alianza, fué porque los habitantes, que eran de origen español, estaban á mal con la dominación cartaginesa, como después lo estuvieron con la romana, y de aquí se deduce también que los partidarios de Roma, los que en aquella rebelión se habían significado más contra los cartagineses, debieron salir de Tarteso é ir á Carteia buscando el amparo de las legiones, y por esto, y sólo en este concepto, pudo decirse después que Gades era Tarteso, y alegarse en tiempo de Galbo la fidelidad de los gaditanos, porque tanto los que durante el imperio del pueblo latino como los que cuando luchaban romanos y cartagineses acogieron á los romanos y permanecieron siempre á su devoción, habían dado pruebas de fidelidad; pero nunca pudieron alegar esto mismo los de Tarteso, que no quisieron nunca sumarse á la dominación romana, sino permanecer independientes, dando lugar á sangrientos combates y entregándose sólo á la fuerza á las tropas de la República.

Todavía después de la toma de Tartesos por los romanos la población subsistió, pero indudablemente con guarnición extranjera que sirviese de garantía de su seguridad, y en ella hubo de refugiarse el Cuestor Etilio en la guerra contra Viriato, año 147.

Después Tartesos se extingue y Cádiz cobra importancia, templos, comercio, edificios, todo cuanto embellece y hace próspera y rica una ciudad se encuentra allí; el comercio de Tartesos se traslada al nuevo puerto, porque los romanos favorecen á su fiel ciudad (Carteia). Decae el de Tartesos por su aislamiento y por su misma independencia, y honores y preeminencias elevan aquélla, mientras ésta queda abandonada á sus propios recursos.

¿Qué queda de Tartesos? Lo ignoramos: la costa entre Huelva y el Betís está despoblada hoy: ni villas, ni caminos, ni fértiles campiñas existen, son cerros que el mar corre como en la torre de la Higuera, antes en una eminencia

cia y ahora en medio del mar á ocho metros de la orilla, y casi cubierta por las aguas (1): más al Este las dunas de arena que el mar deposita han cubierto la antigua playa. En ella hay, á juzgar por el mapa de Coello (escala 1 : 200.000), cuatro lugares por los que las aguas del lago que el Guadalquivir formaba en las marismas tuvieron salida; y aunque los autores en general sólo le asignan dos bocas, Avieno dice que tenía cuatro (bis gemino).

Los sitios citados están en la actual desembocadura el primero, en la inmediación de la torre de Carboneros el segundo, en la Mota de las Cañas el tercero y en Río de Oro el cuarto. Estos tres últimos tienen respectivamente á su inmediación las lagunas de Santa Olaya, el charco del Toro y la laguna de Invierno, desde donde las aguas de las marismas sólo tendrían que recorrer como máximum cinco kilómetros para llegar al mar, por cañadas que se forman entre los cerros y dunas inmediatos, cuya elevación con respecto á tiempos anteriores ha aumentado por el impulso que á las arenas de la costa dan los vientos del Oeste.

Faltos de datos suficientes para resolver las dudas que ofrecen los versos de Avieno en que habla de varias islas y brazos relativos al Guadalquivir, creemos, sin embargo, que dan idea de cuatro bocas, y, por tanto, de tres islas que entre ellos se formaban. De todos modos, lo indudable es que Tartesos estuvo entre Río de Oro y el Guadalquivir actual.

Exaetitud del poema de Avieno.

Con ignorancia se ha creído que el relato de Avieno era un tejido de fábulas, y se ha visto en sus versos relaciones fantásticas, cuando son, por el contrario, descripciones precisas y exactas, así cuanto dice respecto á las dificultades de la navegación se ha tenido por embuste, y se ha formado una opinión falsa y equivocada, creando el descrédito para su autor, quien, por lo contrario, es digno de un profundo respeto, por haber transmitido íntegro el relato de Himilco.

(1) González Tarín: Tomo I, pág. 597.

No he de citar nombres, si á ello las circunstancias no me obligan; este trabajo no está dirigido á los que con inusitada ligereza han tratado del asunto, sino á los que con serenidad de espíritu y libres de prejuicios y de pasiones buscan la verdad, y éstos sólo necesitan los datos y los hechos que comprueben los asertos.

Aquel mar fabuloso poblado de monstruos, donde las aguas eran tan someras que no se podía caminar, donde los escollos eran un peligro, donde el mar obscuro como la noche no consentía el avance, donde las ramas de los arbustos dificultaban el paso, donde el sol luchaba con la niebla sin poderla rasgar, y ésta, como un espeso manto, cubría la tierra y las comarcas, en las que el brillo del sol hacía que en el éter se reflejaran los destellos de los minerales que cubrían las laderas de los montes; este mar que otros también con error han supuesto era el mar del Norte ó Germánico, fué el que baña el Suroeste de la península Ibérica, y no hay exageración alguna ni concepto que pueda y deba rectificarse en el relato de Avieno. No debe ignorarse que toda esta costa es abundante en atunes gigantes, como señaló Estrabón y como se puede comprobar por los trabajos publicados por la Dirección correspondiente del Ministerio de la Marina española, y estos son los monstruos que Himilco encontró en manadas que dificultaban la navegación: ha de tenerse presente que desde las inmediaciones de Tarifa hay una serie de bancos, arrecifes y escollos que se llaman de Trafalgar, Aceiteros, de Conil, Marrajos, Mogote, Hazte afuera, Morteros, León, Marruecos, los Cochinos, el Fraile, de los Puercos, Diamante, Galera, Rota, los Asnos, San Sebastián y Salmedina en la provincia de Cádiz; otra serie muy numerosa, en parte convertida en playa de dunas en la provincia de Huelva, desde la ría de este nombre hasta el Guadiana, y en Portugal toda la costa desde el Guadiana hasta Quarteira; luego las frases de Avieno no son una ficción. Sólo ignorando que el fucus que Avieno dice que dificultaba el paso es el del Kermes ó púrpura, que se obtiene de un arbusto que crece en las costas del Algarbe y como

ha hecho constar C. Vogel en un libro, donde al describir el Portugal moderno señala estas costas como abundantísimas. se puede hacer aquella afirmación. Sólo ignorando que las «Instructions nautiques» dicen: *Brumes*: Dans le golfe compris entre la côte Sud de la Peninsule et la côte de l'Afrique les brumes sont très tenaces. Quelques fois la brume r'est suspendu comme un immense voile, et quand la nuit se fait elle s'avance sur la côte, qu'elle couvre complètement. En été sur tout lors qu'il y a de faibles brises du Sud, l'horizont est enveloppée d'un brouillard très epais qui produit une telle refraction qu'elle donne bien á des effets de mirage très remarqués. Dans les hivers secs, il y a, comme sur la côte Ouest de la Peninsule des brumes très denses que ne permeten de voir la côte que d'un très petite distance (página 388), y se añade que: Pendant l'hiver les brouillards epais sont frequents á l'embouchure de la Guadiana (página 408), se puede comprender que hayan ido á buscar el mar que describe Avieno en las regiones del Norte y se trasloquen los lugares por él citados, llevando las descripciones á parajes de los cuales jamás tuvo noticia Himilco.

Y en cuanto á aquel pasaje mal interpretado de los versos 290 á 300, en los cuales dice que el brillo de los metales que había en las laderas de los montes se veía reflejado en el cielo ¿qué es, sino ese efecto de *mirage* cuya existencia hacen constar las Instrucciones náuticas?

¡Dejemos tranquilos á los que al comentar á Avieno *han dormido* perezosamente, encontrando más fácil decir que Avieno era embustero, que tomarse la molestia de estudiar!

No he de seguir: justificado queda el teatro de la navegación de Himilco; no han hecho falta para ello más que una buena voluntad para el trabajo y el convencimiento de que la presunción de algunos escritores les obliga á atribuir á los demás su falta de acierto ó de investigación.

Cójase el mapa, téngase á la vista el poema de Avieno, compárese uno con otro y se encontrará la solución, sin que ocurra duda alguna, porque hasta en la situación de Gadir el poema es completamente exacto, como en otro lugar de-

mostramos. El error nace también de la apatía de los investigadores que no han echado de ver que hubo dos Gadiras, una la Tartesos antigua ó cartaginesa, y otra la romana: han querido explicar á Himilco por Plinio y Estrabón, y este procedimiento absurdo, si no se concuerdan los tiempos y los sucesos, ha conducido al error. Pudiera añadir más datos en comprobación de la exactitud de Avieno é Himilco, pero sólo haré mención de un hecho que por referirse á la totalidad del mar explorado por Avieno, es útil indicar.

Ya hemos visto cómo en el poema se traza el cuadro del seno Atlántico; veamos ahora lo que dice el «Derrotero de las costas de España y Portugal».

«*Saco de Cádiz.*—Desígnase con este nombre *el gran seno* que la costa meridional de Portugal y la Suroeste de España forman con una parte de la costa de Marruecos. Los límites de este seno, que bien pudiera llamarse golfo de Cádiz, son el cabo de San Vicente al Norte y el de Mazigán (en Marruecos) al Sur; tiene en su fondo esa rotura que llamamos Estrecho de Gibraltar, y un poco más al Norte el gran abrigo de la bahía de Cádiz (págs. 1 y 2)».

Compárese con lo que dijo Avieno y dígase si no parece traducción uno de otro, y tan cierta es la identidad que hasta la mención de Cádiz aparece, bien que con un pequeño error de posición que no altera la exactitud del concepto general, pues tanto la Gadirra antigua como la moderna Cádiz se hallan en ese golfo, bien que á unos cuantos kilómetros de distancia una de otra; y si á esto añadimos que las «Instructions nautiques» francesas añaden ó dicen (página 383): Du cap Saint Vincent á l'embouchure du Guadalquivir la côte presente deux parties bien distinctes. La première s'étend du cap Saint Vincent au cap Santa Maria..., veremos que los marinos del siglo xx señalaron lo primero á partir del cabo de San Vicente ó promontorio Oestrymnicó, el golfo del mismo nombre, limitado antes y ahora en sentir de las gentes de mar por las islas del cabo de Santa María.

Loor, pues, á Himilco, el cartaginés almirante, que si no

fué el primer extranjero que visitó nuestras costas atlánticas, nos dejó el más antiguo derrotero del mundo, transmitido hasta nuestros días gracias á la diligencia, escrupulosidad y cuidado del geógrafo Rufo Festo Avieno.

CAPÍTULO II

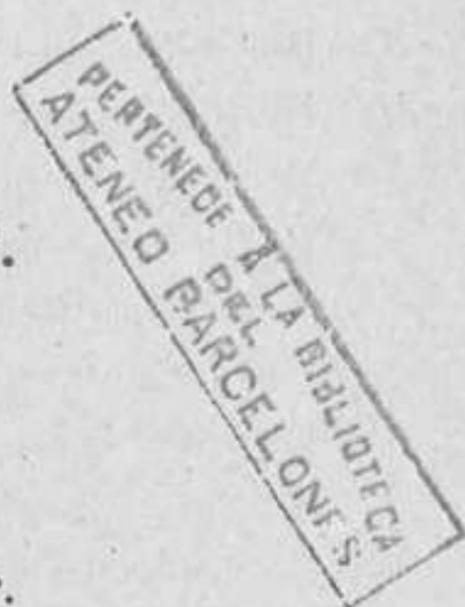
Rufi Festi Avieni.

ORÆ MARITIMÆ

- 80 Terræ patentis orbis effuse jacet,
Orbique rursus unda circumfunditor.
Sed qua profundum semet insinuat salun
Oceano ab usque, ut gurges hic nostri maris
Longe explicetur, est Atlanticus sinus.
- 85 Hic Gaddir urbs est, dicta Tartessus prius:
Hic sunt columnæ pertinacis Herculis,
Abyla atque Calpe: læva dicti cespitis,
Libyæ propinqua est alia (1) duro perstrepunt
Septemtrione, sed loco certæ tenent.
- 90 Et prominentis hic jugi surgit caput
(Æstrymnin istud dixit ævum antiquius),
Molesque celsa saxei fastigii

(1) En la edición de Madrid está así: *est alia* se substituye en la edición de Oxford por *spatia*; en la de París, 1843, después de Calpe pone: (hæc læva dicti cespitis Lybiæ propinqua *est Abyla*), y en otras, *stant alie* y *stalia*.

Prescindimos de calificar ninguna edición, como hacen algunos, de mejor que las demás, quizá sin examinar detenidamente los textos en su verdadero concepto, porque á nada conduce la corrección ortográfica del libro. Siendo lo importante la verdad del relato, la concordancia de la descripción con la geografía exige desechar las lecturas que como la de la edición de 1843 expresa que el viento del Norte choca con Calpe y al mismo tiempo con Abyla, la una en costas meridionales y la otra en las septentrionales del Estrecho. Lo que dice es que en la costa de la próxima Lybia hay otra punta, cabo ó columna que está azotada por el riguroso viento del Norte; no dice su nombre porque no cabiendo fácilmente en el verso no es tampoco necesario indicarlo, puesto que va á describir la costa española pero no la africana. Es el promontorio Hermeo, que Scylax, poco después de Himilco, menciona al hacer igualmente la descripción del seno Atlántico.



- Tota in tepentem maxime vergit Notum:
 Sub hujus autem prominentis vertice
- 95 Sinus dehiscit incolis Æstrymnicus,
 In quo insulæ sese exserunt Æstrymnides
 Laxe jacentes, et metallo divites
 Stanni atque plumbi: multa vis hic gentis est.
 Superbus animus, efficax solertia,
- 100 Negotianti cura jugis omnibus:
 Notisque cymbis turbidum late fretum.
 Et belluosii gurgitem Oceani secant.
 Non hi carinas quippe pinu texere.
 Acereve norunt: non abiete, ut usus est,
- 105 Curvant faselos; sed rei ad miraculum,
 Navigia junctis semper aptant pellibus,
 Corioque vastum sæpe percurrunt salum.
 Ast hinc doubus in Sacram (sic insulam
 Dixere prisce) solibus cursus rati est.
- 110 Hæc inter undas multa cespitem jacet,
 Eamque late gens Hibernorum (1) colit.
 Propinqua rursus insula Albionum patet.
 Tartessiisque in terminos Æstrymnidum
 Negotianti mos erat: Carthaginis
- 115 Etiam coloni, et vulgus, inter Herculis
 Agitans columnas, hæc adibant æquora:
 Quæ Himilco Pœnus mensibus vix quatuor,
 Ut ipse semet re probasse retulit
 Enavigantem, posse transmitti adserit:
- 120 Sic nulla late flabra propellunt ratem,
 Sic segnis humor æquoris pigri stupet.
 Adjicit et illud, plurimum inter gurgites
 Exstare fucum, et sæpe virgulti vice
 Retinere puppim: dicit hic nihilominus,
- 125 Non in profundum terga demitti maris,
 Parvoque aquarum vix supertexi solum:
 Obire semper huc et huc ponti feras,

(1) Hiernorum en otras ediciones

- Navigia lenta et languide repentia,
 Internatare belluas: si quis dehinc
 130 Ab insulis Æstrymnicis lembum audeat
 Urgere in undas, axe qua Licaonis
 Rigescit æthra, cespitem Ligurum subit
 Cassum incolarum: namque Celtarum manu,
 Crebrisque dudum præliis vacuata sunt:
 135 Liguresque pulsi, ut sæpe fors aliquos agit,
 Venere in ista, quæ per horrentes tenent
 Plerumque dumos: creber his scrupus locis,
 Rigidæque rupes; atque montium minæ
 Cælo inseruntur: et fugax gens hæc quidem
 140 Diu inter arcta cautium duxit diem,
 Secreta ab undis: nam sali metuens erat
 Priscum ob periculum: post quies et otium,
 Securitate roborante audaciam,
 Persuasit altis devehi cubilibus,
 145 Atque in marinos jam locos descendere.
 Post illa rursum, quæ supra fati sumus,
 Magnus patescit æquoris fusi sinus
 Ophiusam ad usque: rursum ab hujus litore
 Internum ad æquor, qua mare insinuare se
 150 Dixi ante terris, quodque Sardum nuncupant,
 Septem dierum tenditur reditus (1) via
 Ophiusa porro tanta panditur latus,
 Quantam jacere Pelopis audis insulam
 Graiorum in agro: hæc dicta primo Æstrymnis est,
 155 Locos et arva Æstrymnicis habitantibus;
 Post multa serpens effugavit incolas,
 Vacuamque glebam nominis fecit sui.
 Proceedit inde in gurgites Veneris jugum,
 Circumlatratque pontus insulas duas
 160 Tenue ob locorum inhospitas: Arvi (2) jugum
 Rursum tumescit prominens in asperum

(1) En la edición de Madrid *reditus via*. Geográficamente es un disparate el *pe-diti*, quedando como única lectura posible y racional la de Madrid.

(2) En la edición de Madrid *Aryum* en vez de *Arvi* de otras ediciones.

- Septemtrionem: cursus autem hinc classibus
 Usque in columnas efficacis Herculis
 Quinque est dierum: post Pelagia est insula,
 165 Herbarum abundans, atque Saturno sacra:
 Sed vis in illa tanta naturalis est,
 Ut si quis hanc innavigando accesserit,
 Mox excitetur propter insulam mare,
 Quatiatur ipsa, et omne subsiliat solum
 170 Alte intremiscens, cetero ad stagni vicem
 Pelago silente: prominens surgit dehinc
 Ophiusæ *in oras* (1), atque ab usque Arvi jugo
 In hæc locorum bidui cursus patet.
 At, qui dehiscit inde prolixæ sinus,
 175 Non totus uno facile navigabilis
 Vento recedit: namque medium accesseris
 Zephyro vehente, reliqua deposeunt Notum
 Et rursus inde si petat quisquam pede
 Tartessorum litus, exsuperet viam
 180 Vix luce quarta; si quis ad nostrum mare
 Malacæque portum semitam tetenderit,
 In quinque soles est iter: tam Cepresicum
 Jugum intumescit: subjacet porro insula
 Achale vocata ab incolis: ægre est fides
 185 Narrationi præ rei miraculo;
 Sed quam frequens auctoritas sat fulciat.
 Aiunt in hujus insulæ confiniis
 Nunquam esse formam gurgiti reliquo parem
 (Splendorem ubique quippe inesse fluctibus
 190 Vitri ad nitorem, et per profundum marmoris
 Cyaneam in undis esse certum imaginem est).
 Confundi at illic æquor immundo a luto,
 Memorant vetusti: semper atque sordibus
 Ut fæculentos gurgites hærescere.

(1) En la edición de Madrid *mons* en vez de *in oras*. En el mismo verso se repiten la voz *Aryum* en unas ediciones y en otras la de *Arvi*. No se concibe que haciendo referencia dos veces á este lugar, y siendo tan importante que servía de jalón para contar distancias de navegación, omitiera el nombre; no se trata de la tierra labrada, sino del promontorio *Aryo* ó *Arvio*.

- 195 Cempsî atque Sæphes arduos colles habent
 Ophiusæ in agro: propter hos pernix Ligus
 Draganûmque proles sub nivoso maxime
 Septemtrione collocaverant larem.
 Pœtaniom autem est insula ad Sæphum (1) latus
- 200 Patulusque portus: inde Cempsis adjacent
 Populi Cynetum: tum Cyneticum jugum,
 Qua sideralis lucis inclinatio est,
 Alte tumescens ditis Europæ extimum,
 In belluosi vergit Oceani salum.
- 205 Ana amnis illic per Cynetas effluit,
 Sulcatque glebam: panditur rursus sinus,
 Cavusque cespes in meridiem patet.
 Memorato ab Ana gemina sese flumina
 Scindunt repente, perque prædicti sinus
- 210 Crassum liquorem (quippe pinguescit luto
 Omne hic profundum) lenta trudunt agmina.
 Hic insularum semet alte subrigit
 Vertex duarum: nominis minor indiga est,
 Aliam vocavit mos tenax Agonida.
- 215 Inhorret inde rupibus cautes Sacra,
 Saturni et ipsa: fervet illisum mare,
 Litusque late saxeam distenditur.
 Hirtæ hic capellæ, et multus incolis caper
 Dumosa semper intererrant cespitem:
- 220 Castrorum in usum et nauticis velamina,
 Productiores et graves setas alunt
 Hinc dictum ad amnem solis unius via est,
 Genti et Cynetum hic terminus. Tartessus
 Ager his adhæret, adluitque cespitem
- 225 Tartessus amnis: inde tenditur jugum

(1) En unas ediciones *Zephirum*, en otras *Sæfum latus* y en algunas *Sæphum*. Como se ve, estas dos últimas formas corresponden á la misma palabra, escrita con ph ó con f, lo cual se explica por ser traducción de la voz griega *Sæphos*.

Los Sæphes ó Sæfes de quien ha hecho mención en el verso 195, son los mismos que aquí cita. Poner oculta al Occidente una isla que está situada en el golfo que va recorriendo de Oeste á Este en dirección al Guadiana por el país de los Cynetes, es imposible para quien recorrió esos mares, porque la costa no tiene el mar al Occidente y las tierras al Oriente.

- Zephyro sacratum: denique arcis summitas
 Zephyris vocata: celsa sed fastigia
 Jugo eriguntur verticis: multus tumor
 Conscendit auras, et supersidens quasi
- 230 Caligo semper nubilum condit caput.
 Regio omnis inde maxime herboso solo est.
 Nebulosa jure his incolis convexa sunt,
 Coactus ær atque crassior dies.
 Noctisque more ros frequens: nulla, ut solet,
- 235 Flabra inferuntur, nullus æthran discutit
 Venti superne spiritus, pigra incubat
 Caligo terras: et solum late madet.
 Zephiridos arcem, si quis excedat rate,
 Et inferatur gurgiti nostri maris,
- 240 Flabris vehetur protinus Favonii.
 Jugum inde rursus, et sacrum infernæ Deæ
 Divesque fanum, penetral abstrusi cavi,
 Adytumque cæcum: multa propter est palus.
 Erebea dicta: quin et Herbi civitas
- 245 Stetisse fertur his locis prisca die:
 Quæ, præliorum absumpta tempestatibus,
 Famam atque nomen sola liquit cespiti.
 At Iberus inde manat amnis, et locos
 Fecundat unda: plurimi ex ipso ferunt
- 250 Dictos Iberos; non ab illo flumine,
 Quod inquietos Vasconas prælabitur.
 Nam quidquid anni gentis hujus adjacet
 Occiduum ad axem, Iberiam cognominant.
 Pars porro Eoa continet Tartessios
- 255 Et Cilvicenos. Cartare post insula est;
 Eamque pridem, influxa et est satis fides.
 Tenuere Cempsi: proximorum postea
 Pulsi duello, varia quæsitum loca
 Se protulere. Cassius inde mons tumet.
- 260 Et Graia ab ipso lingua cassiterum prius
 Stannum vocavit: inde fani est prominens,
 Et, quæ vetustum Gracciæ nomen tenet,

Gerontis arx est eminus; namque ex ea
Geryona quondam nuncupatum accepimus.

- 265 Hic ora late sunt sinus Tartessii:
Dictoque ab amni in hæc locorum puppibus
Via est diei: Gaddir hic est oppidum:
Nam Punicorum lingua conseptum locum
Gaddir vocabat: ipsa Tartessus prius
- 270 Cognominata est: multa et opulens civitas
Aevo vetusto, nunc egena, nunc brevis,
Nunc destituta, nunc ruinarum agger est.
Nos hoc locorum, præter Herculaneam
Solemmitatem, vidimus miri nihil.
- 275 At vis in illis tanta, vel tantum decus
Aetate prisca, sub fide rerum fuit,
Rex ut superbus, omniumque præpotens
Quos gens habebat forte tum Maurusia,
Octaviano principi acceptissimus,
- 280 Et litterarum semper in studio Juba,
Interfluoque separatus æquore,
Illustriorem semet urbis istius
Duumviratu crederet: sed insulam
Tartessus amnis, ex Ligustico lacu
- 285 Per aperta fusus, undique adlapsu ligat.
Neque iste tractu simplici provolvitur,
Unusve sulcat subjacentem cespitem:
Tria ora quippe parte Eoi luminis
Infert in agros: ore bis (1) gemino quoque
- 290 Meridianas civitates adluit.
At mons paludem incumbit Argentarius,
Sic á vetustis dictus ex specie sui:
Stanno iste namque latera plurimo nitet,

(1) En otras ediciones *his* en vez de *bis*. Que el Guadalquivir ó Betis tuviera sólo dos bocas en tiempo de Estrabón, no es razón ni motivo bastante para afirmar que en tiempo de Himilco no tuvo cuatro; como tampoco sería fundamento racional el que hoy sólo tenga una para afirmar que no tuvo dos en tiempo de Estrabón. Se trata de una costa en que hay formaciones recientes de colinas de arena, que ganan terreno al mar y se forman y trasladan con extraordinaria frecuencia.

- Magisque in auras eminus lucem evomit,
 295 Quum sol ab igni celsa perculerit juga.
 Idem annis autem fluctibus stanni gravis
 Ramenta volvit, invehitque mœnibus
 Dives metallum: qua dehinc ab æquore
 Salsi fluenti vasta per medium soli
 300 Regio recedit, gens Etmaneum accolit.
 Atque inde rursus usque Cempsorum sata
 Ileates agro se feraci porrigunt:
 Maritima vero Cilbiceni possident.
 Gerontis arcem et prominens fani, ut supra
 305 Sumus eloquuti, distinet medium salum;
 Interque celsa cautium cedit sinus.
 Jugum ad secundum flumen amplum evolvitur:
 Tartessiorum mons dehinc adtollitur
 Silvis opacus: hinc Erythea est insula
 310 Diffusa glebam, et juris olim Punici:
 Habuere primo quippe eam carthaginis
 Priscæ coloni: interfluoque scinditur
 Ad continentem quinque per stadia modo
 Erythea ab arce: quæ diei occasus est,
 315 Veneri marinæ consecrata est insula,
 Templumque in illa Veneris et penetral cavam.
 Oraculumque: monte ab illo, quem tibi
 Horrere silvis dixeram, in Veneris jugum
 Litus recline et molle arenarum jacet,
 320 In quas Besilus atque Cilbus flumina
 Urgent fluentum: post in occiduum diem
 Sacrum superbas erigit cautes jugum.
 Locum hunc vocavit Herma quondam Græcia.
 Est Herma porro cespitem munitio,
 325 Interfluum quæ altrinsecus munit lacum:
 Aliique rursus Herculis dicunt Viam:
 Stravisse quippe maria fertur Hercules,
 Iter ut pateret facile captivo gregi.
 Porro illud Herma jure sub Libyci soli
 330 Fuisse pridem, plurimi auctores ferunt.

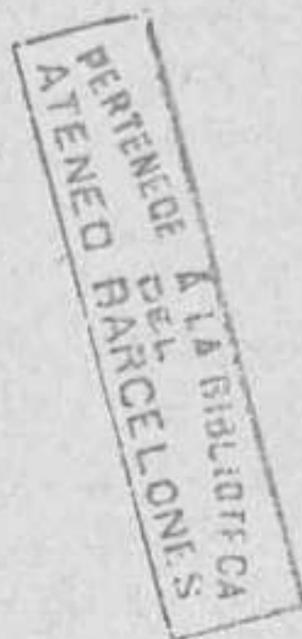
- Nec respuendus testis est Dionysius
 Libyæ esse finem qui docet Tartessium.
 Europæ in agro, quod vocare ab incolis
 Sacrum indicavi, prominens subducitur.
- 335 Locos utrosque interfluit tenue fretum.
 Quod Herma porro et Herculis dictum est Via,
 Amphipolis urbis incola Euctemon ait,
 Non plus habere longitudinis modo,
 Quam porriguntur centum et octo millia,
- 340 Et distineri utrosque millibus tribus.
 Hic Herculanæ stant columnæ, quas modum
 Utriusque haberi continentis legimus.
 Sunt paria porro saxa prominentia
 Abyla atque Calpe. Calpe in Hispano solo,
- 345 Maurusiorum est Abyla: namque Abylam vocant
 Gens punicorum, mons quod altus barbaro est,
 Id est Lafino; dici ut auctor Plautus est:
 Calpeque rursus in Græcia species cavi
 Teretisque vasi (1) nuncupatur urcei.
- 350 Atheniensis dicit Euctemon item
 Non esse saxa, aut vertices adsurgere
 Parte ex utraque: cespitem Libyci soli
 Europæ et oram memorat insulas duas
 Interjacere: nuncupavit has Herculis
- 355 Ait columnas: stadia triginta refert
 Has distingere; horrere silvis undique,
 Inhospitasque semper esse nauticis.
 Inesse quippe dicit ollis Herculis
 Et templa et aras: invehi advenas rate,
- 360 Deo litare, abire festino pede:
 Nefas putatum demorari in insulis.

(1) En la edición de Oxford *visu* en vez de *usu*. De acuerdo con Cortés corregimos vasi, porque, en efecto, los vasos ó tinajas redondeados se llaman *urci* en griego, y es de notar que en esta tierra de Andalucía todavía conservan el nombre griego de *orzas*. El Terestisque (redondeado) hace referencia á vasi (vasija ó vaso).

Por último, dejamos sin indicar aquellas otras variantes que consisten en verdaderas faltas de ortografía.

- Circum atque juxta plurimo (tractu jacens)
 Manare tradit tenue prolixè mare.
 Naviglia onusta adire non valent locos
- 365 Breve ob fluentum, et pingue litoris lutum.
 Sed si voluntas forte quem subegerit
 Adire fanum, properat ad Lunæ insulam
 Agere carinam, eximere classi pondera,
 Levique cymba sic superferri salo.
- 370 Sed ad columnas quidquid interfunditur
 Undæ æstuantis stadia septem vix ait
 Damastes esse. Caryandæus Scylax
 Medium fluentum inter columnas adserit.
 Tantum patere, quantus æstus Bosphoro est,
- 375 Ultra has columnas, propter Europæ latus,
 Vicos et urbes incole Carthaginis
 Tenuere quondam: mos at ollis hic erat,
 Ut planiori texerent fundo rates,
 Quo cymba tergum fusior brevius maris
- 380 Prælaberetur: porro in occiduam plagam
 Ab his columnis gurgitem esse interminum,
 Late patere pelagus, extendi salum,
 Himilco tradit: nullus hæc adii freta:
 Nullus carinas æquor illud intulit,
- 385 Desint quod alto flabra propellentia,
 Nullusque puppim spiritus cœli juvet:
 Dehinc quod æthram quodam amictu vestiat
 Caligo, semper nebula condat gurgitem
 Et crassiore nubilum perstet die.
- 390 Oceanus iste est, orbis effusi procul
 Circumlator, iste pontus maximus.
 Hic gurges oras ambiens, hic intimi
 Salis irrigator, hic parens nostri maris,
 Plerosque quippe extrinsecus curvat sinus,
- 395 Nostrumque in orbem vis profundi illabitur.
 Sed nos loquemur maximos tibi quatuor.
 Prima hujus ergo in cespitem insinuatio est:
 Hesperius æstus, atque Atlanticum salum:

- Hyrcana rursus unda, Caspium mare;
 400 Salum Indicorum, terga fluctus Persici;
 Arabsque gurges sub tepente jam Noto.
 Hunc usus olim dixit Oceanum vetus
 Alterque dixit mos Atlanticum mare.
 Longo explicatur gurges hujus ambitu.
 405 Produciturque latere prolixo vago.
 Plerumque porro tenue tenditur salum,
 Ut vix arenas subjacentes occulat.
 Exsuperat autem gurgitem fucus frequens,
 Atque impeditur æstus hic uligine:
 410 Vis belluarum pelagus omne internatat,
 Multusque terror ex feris habitat freta,
 Hæc olim Himilco Pœnus Oceano super
 Spectasse semet et probasse retulit:
 415 Hæc nos, ab imis Punicorum annalibus
 Prolata longo tempore, edidimus tibi.



Como puede observarse, á las noticias recogidas de los Anales púnicos ha añadido testimonios de Euctemon, Damastes y otros, y alguna observación propia, de donde se puede deducir que cuando no hace mención de otros escritores, el relato corresponde al diario de navegación del Almirante cartaginés.

Traducción.

Tendida está la tierra ovalada, que ciñen las aguas por todas partes. En el lugar en que el salado Océano introduce sus ondas para formar nuestro mar (*el Mediterráneo*) se encuentra el seno Atlántico (1). Allí está la ciudad de Cádiz, llamada antes Tarteso; allí están las columnas del infatigable Hércules, Abyla y Calpe. Cerca de la orilla izquierda, próxima á la Lybia, hay otra que el viento duro del Septentrión ruge y azota, pero que se sostiene inquebrantable (2). Aquí surge también un elevado cabo (que en tiempos antiguos llamaron Oestrymnis). Su alta y peñascosa cumbre se inclina hacia el suave Noto (viento del Mediodía). Al pie

de este monte los habitantes ven abrirse el seno Oestrym-nico, en el cual están las islas Oestrymnicas (3), extensas y abundantes en estaño y plomo; sus habitantes son gentes vigorosas, atrevidas, hábiles y dedicadas con afán al comercio. Sus barcas cruzan el mar, del cual son conocidas. Cortan el abismo del Océano, abundante en monstruos. No tienen naves construídas con madera de pino y de abeto, ni emplean otros barcos—no te admires de ello—que los que forman uniendo cueros, y con éstos recorren el mar salado (4).

Desde allí á la isla Sagrada (así llamada en tiempos remotos) hay dos días de navegación (5). Esta isla se eleva sobre las aguas cubierta de verdura, y en parte la habitan los Hibernos (6). Cerca está la isla de los Albiones (7). Los Tartesios comerciaban hasta el límite de los Oestrymnicos; y lo mismo hacían los colonos de Cartago, siendo frecuentados estos mares por las gentes que ocupaban los territorios inmediatos á las columnas de Hércules (8).

El Fenicio (*) Himilco, que cuenta haber hecho esta navegación, afirma que apenas pudo llegar en cuatro meses, porque ningún viento empuja las barcas y las aguas de este mar parecen inmóviles. Añade también que los matorrales de púrpura cubren el mar y detienen á menudo los navíos; otras veces, dice, el fondo del mar está muy somero y apenas cubre los bancos que allí hay, y por algunos sitios los monstruos nadan entre los barcos, haciendo lenta y penosa la navegación (9).

Si en lugar de dirigirte á las Oestrymnicas te atreves á entrar en el mar hacia los climas donde Lycaon hiela los aires (el Norte), llegarás á un país que ocuparon los Ligures y hoy está despoblado, porque los Celtas le asolaron en sus guerras. Los Ligures, arrojados de su patria porque les fué contraria la lucha, se retiraron á los montes, buscando en las abruptas rocas su defensa, en un terreno pedregoso con rocas escarpadas y montes que parece que tocan al

* Punico le llama; sin embargo, acaba de citar á los cartagineses.

cielo. Mucho tiempo las tribus fugitivas vivieron en las cavernas, lejos del mar, al que temían porque les recordaba sus antiguas desgracias; después, al ver que sus enemigos no les molestaban, se atrevieron á descender hacia la costa (10).

Volviendo al punto de que antes hablaba (*al promontorio Oestrymnico*), el mar presenta un vasto seno en toda la extensión de la Ophiusa, y si se camina hacia esta parte del mar interno (*Mediterráneo*), que se llama mar Sardo hasta el punto en que he dicho que el mar se mete en las tierras (*columnas de Hércules*), se cuentan siete días de retorno (11). Ophiusa es tan ancha como la isla de Pélope, en Grecia (12). Se la llamó primero Oestrymnica, porque su territorio y sus campos estaban habitados por los Oestrymnicos; pero las muchas serpientes que había hicieron huir á los habitantes, y de ellas recibió el nombre (13).

Más adelante (*del promontorio Oestrymnico*) avanza en el mar el cabo de Venus; las olas mugen alrededor de dos islas que su pequeñez impide estén habitadas (14); el monte Arijum aparece elevando su cumbre hacia el áspero Septentrión (15). Desde allí hasta las columnas de Hércules la navegación dura cinco días (16). Después se encuentra la isla Pelagia, abundante en hierbas y consagrada á Saturno; en esta isla la naturaleza es tan extraordinaria, que si un barco toca en sus orillas el mar se conmueve, la isla se estremece y el suelo se agita, aunque el mar próximo esté tranquilo (17). Las costas de la Ophiusa se prolongan todavía, y por consiguiente desde el monte Arijo ó Arvio la navegación de estas costas dura dos días (18).

El golfo que se encuentra á continuación presenta un trayecto difícil para los marinos cuando un solo viento domina en todo él, pues hasta la mitad se llegará empujado por el Cefiro (*del Oeste*); pero sería preciso para llegar al fondo el viento Noto (*del Mediodía*) (19).

Si desde allí, *es decir, desde el pie del monte Arvio ó Arijum*, se quiere caminar á pie hasta el límite ó la costa de los Tartesios, con dificultad podrá llegarse en cuatro días,

y si se quiere continuar hacia nuestro mar hasta el puerto de Málaga, serán precisos cinco soles (20).

Luego aparece elevado el cabo Cepresiaco (21), al pie del cual se extiende la isla Achale (Acale); sus habitantes cuentan de ella cosas prodigiosas, que confirman con su testimonio muchas personas. Se dice que en sus orillas el mar no es tan movido como en otras partes, sino que por lo contrario, brilla como si fuera un cristal, y á través de las aguas se ve en el fondo la imagen de las Cyaneas, y más lejos, según contaron los ancianos, un lodo inmundo inmoviliza las aguas del mar y las ensucia (22).

En el territorio de la Ophiusa, los Cempsios y los Saephes ocupan la parte montuosa; cerca de ellos los ágiles Ligures y la raza de los Dragones tenían establecido su asiento, bajo el nivoso Septentrión (23).

Al lado de los Saephes, la isla Petania ofrece un ancho puerto (24).

A continuación de los Cempsios están colocados los Cynetetes; el monte Cynético, inclinado hacia el Oste, es el último de la Europa, y penetra en el Océano poblado de monstruos (25).

El río Ana corre por el país de los Cynetetes formando un lecho profundo (26).

Más adelante, en la costa, se extiende un nuevo golfo y describe un arco cuya concavidad mira al Mediodía.

El Guadiana se divide en dos brazos, y á través de las aguas crasas (en esta región todo el mar está cargado de limo) conduce penosamente sus ondas (27).

Allí se elevan también dos islas: la más pequeña no tiene nombre, la otra se llama Agonida (28).

Después el monte Sagrado eleva su frente, cubierta de rocas; está dedicado á Saturno. Las olas hirvientes se rompen en una extensa y roquiza playa. Allí las cabras de pelo largo y abundante, que pertenecen á los indígenas, vagan sin cesar entre la maleza; estos animales dan un pelo espeso y fuerte, que se emplea en la fabricación de tiendas para los que viven en el campo y velas para las embarcaciones (29).

Desde este lugar al río antes mencionado hay un día de marcha; aquí está el término de los Cynetes (30). Junto á ellos se encuentra el territorio Tartesio, que riega el río Tarteso. Desde aquí se llega al monte consagrado al Cefiro, y tiene en lo alto un templo llamado del Cefiro, que eleva altos picos sobre su cima; su masa enorme domina el espacio, y una niebla que los vientos llevan hasta él, envuelve su cabeza. Todo el territorio inmediato está cubierto de espesas hierbas; las densas nieblas ocultan la bóveda del cielo; el aire es espeso; el día, sin transparencia; la noche produce ordinariamente abundante rocío; jamás el soplo del viento llega allí para despejar el cielo cubierto de nubes; una pesada bruma se extiende sobre la tierra, y el suelo se llena de charcos. Si un navegante parte del monte del Cefiro para entrar en nuestro mar, le empujará el viento del Oeste (31).

Más adelante se encuentra un cerro con un magnífico templo, consagrado á la diosa de los infiernos; el santuario está en una cueva, donde hay profunda obscuridad (32).

A su lado se halla una laguna llamada Erebea, y se cuenta que la ciudad de Herbás se elevaba en otro tiempo en estos lugares; destruída por los horrores de las guerras, sólo está en la región su nombre y su recuerdo (33). Por aquí corre el río Hiberno, cuyas aguas fertilizan la campiña. Muchos dicen que los Iberos deben su nombre á este río (y no al que nace en el territorio de los inquietos Vascones), porque toda la tierra de esta nación que hay al Occidente del mismo se llama Iberia (34). La parte oriental contiene á los Tartesos y Cilvicianos.

En seguida se encuentra la isla Cartare, que según opinión generalizada estuvo ocupada por los Cempsios. Expulsados éstos más tarde por consecuencia de la guerra que tuvieron con sus vecinos, fueron á buscar otros asientos (35).

Después se eleva el monte Casio, del cual los griegos dieron el nombre de Casitero al metal que los latinos llaman estaño (36).

Se ve después un templo de Gerión, que avanza sobre el mar y el cerro de Gerión, llamados así por los griegos, y se dice que de él ha recibido Gerión su nombre. Hasta aquí llegan las costas del seno Tartesio, y desde el río Tarteso á este lugar hay un día de navegación (37).

En él está la ciudad de Gadir, nombre con que los Cartagineses denominaban los lugares fortificados, la cual fué llamada antes Tarteso. Fué en otro tiempo una extensa y rica población; pero hoy es pobre, humilde y arruinada. Yo he visitado estos parajes, y excepto el culto de Hércules, nada queda de notable en este lugar; pero fué tanta la importancia y el renombre de esta villa, que un grande y poderoso Rey que reinaba sobre una nación de Mauritania, al otro lado del mar, y que era muy querido de Octavio, Juba, hombre de gran cultura, se estimó muy honrado con el nombramiento de Diumviro de esta ciudad, la cual está en una isla que el río Tarteso, después de ensancharse para formar el lago Ligustico, rodea con sus ondas (38).

Este río no corre siempre por un solo cauce ni lleva solo una corriente, pues en la parte oriental se mete en las tierras por tres cauces, y sale bañando las ciudades que tiene al Mediodía por otros cuatro (39).

Más arriba del lago se eleva el monte Argentario, así denominado por los antiguos porque se ve brillar el estaño que tiene en sus laderas y reflejarse en el aire cuando el sol hiere con sus rayos la superficie del suelo (40).

El río Tarteso corre con sus ondas cargadas de partículas de estaño y lleva á las ciudades este rico metal (41).

Alejándose más del territorio bañado por las aguas saladas hay una extensa región que ocupan los Etmaneos.

Desde ésta, viniendo hacia los Cempses, se encuentran los Ileatas, que ocupan una fértil campiña.

Los Cilvicienos ocupan la parte próxima á la costa (42).

El promontorio de Gerión y el del templo están separados por el mar, según he dicho antes (43).

Entre dos altos montes se halla un seno ó golfo, y un río caudaloso corre más próximo al segundo que al primero:

aquí se eleva el monte Tartésico, cubierto de bosques (44).

A continuación está la isla Erythea, con sus campiñas llanas, que otras veces dominaron los Púnicos, porque al principio fué ocupada por colonos Cartagineses. Se halla separada de la fortaleza que está en el continente por un río de cinco estadios de ancho (45).

Por el lado de Occidente está la isla de Venus marina; está consagrada á Venus y encierra un santuario cavado en la roca y un oráculo (46).

Después este monte, que he dicho estaba cubierto de bosque, desciende hasta el promontorio de Venus, y la costá se extiende en pendiente suave hasta las arenas de la playa; los ríos Besilo y Cilbo llevan sus ondas hasta ellas (47).

Después del Cilbo, mirando al Occidente, se ve el promontorio Sagrado, que eleva hacia Occidente sus rojizas cumbres (48).

Este lugar fué llamado Herma por los antiguos griegos. Herma es un pretil ó muro de césped que ciñe las orillas de un lago situado entre aquéllos (49).

Otros, por el contrario, le llaman camino de Hércules, porque se cuenta que Hércules había cegado el mar para conducir los ganados que había robado. En otros tiempos este Herma perteneció á los Lybios, según escribieron muchos autores; pero no debe rechazarse la opinión de Dyonisio, quien dice que la Lybia llegaba hasta Tartesos (50).

Sobre el territorio de Europa, el monte que los naturales llaman Sagrado, se eleva avanzando hacia el mar. Entre otros dos lugares corre suavemente el estrecho del mar. A este Herma (véase el sentido en que antes ha empleado esta voz) también se llama vía ó camino de Hércules, y Euctemon, habitante de Amphipolis, no le asigna más que ocho millas y 100 pasos de anchura, y dice que 3.000 pasos le separan del monte Sagrado (51).

Aquí se encuentran las columnas de Hércules, límite de los dos continentes, según yo he leído.

Son dos montes iguales que se elevan, Abyla y Calpe;

Calpe está en el suelo de España; Abyla, en el de los moros.

Los Púnicos llaman Abyla en lengua bárbara todo lo que es elevado en lengua latina, como dice Plauto.

El nombre de Calpe se da por los griegos á una especie de orza ó vasija redondeada (52).

El mismo Euetemon, ateniense, niega que sean estas rocas, y que se elevan de cada lado del estrecho, las columnas de Hércules. Añade que entre la tierra de Lybia y la costa de Europa se encuentran dos islas que llevan el nombre de columnas de Hércules y se hallan separadas por una distancia de 30 estadios; están cubiertas de vegetación y han sido siempre inhospitalarias para los navegantes (53). También dice que hay en ellas templos y altares dedicados á Hércules, y los extranjeros que llegan allí en barcas le hacen ofrendas y se alejan con presteza. Alrededor de ellas y hasta bastante distancia el mar se extiende sobre un fondo poco profundo (54). Los barcos cargados no pueden llegar hasta estos sitios por la poca profundidad del agua y el limo espeso que hay en las orillas. El que quiera visitar el templo debe dejar su barco y meterse en un ligero esquife, y surcando las aguas saladas llegar á la isla de la Luna. En cuanto á la anchura del espacio ocupado por las olas, es de cerca de siete estadios, según Damasto. Scylax de Carianda afirma que el estrecho en su punto medio es tan ancho como el Bósforo (55).

Más acá de estas columnas, á la parte de Europa, los Cartagineses ocuparon en otro tiempo ciudades y villas, y acostumbraban á usar barcas de fondo plano, para que de este modo pudieran navegar por los mares poco profundos (56).

Yendo desde estas columnas hacia Occidente se encuentra un abismo sin fin; el mar se extiende, y las olas se alejan sin cesar; así lo cuenta Himilco (57).

Nadie ha conducido sus barcos hacia él, porque allí faltan vientos que empujen el navío, y ninguna ráfaga viene á ayudar la navegación; el aire está cubierto por un manto de niebla; la bruma eterna envuelve el mar, y el día está completamente obscurecido por las nubes (58).

Tal es el Océano que ruge alrededor de la vasta extensión del mundo; es el mayor de los mares, el abismo que rodea las costas, el depósito salado de los mares, el padre de nuestro mar; ha formado muchos senos en el exterior y penetra en nuestras tierras, y yo te voy á hablar de los cuatro mayores.

El primero de estos golfos que penetran en las tierras es el estuario Hesperico, llamado también mar Atlántico (59); el segundo, el de Hyrcania ó mar Caspio; después, el mar de las Indias ó Golfo Pérsico, y en fin, el Golfo Arábico, bajo el aire suave del Mediodía (60).

El uso antiguo hace que se llame Océano al primero, que otros llaman mar Atlántico. Su superficie se despliega en un largo contorno y se extiende hasta el infinito. Con frecuencia la capa de agua es tan delgada, que apenas oculta las arenas que yacen debajo de él. Por encima de las olas flotan ramas de fucos (el árbol del Kermes) (61), y el hervir de las olas está amortiguado por el fango. Una multitud de monstruos nada en toda su extensión, inspirando terror á los que por él navegan. El cartaginés Himilco ha contado que los vió en el Océano, y que lo sabe por propia experiencia. Estos detalles, transmitidos después de largo tiempo hasta nosotros, yo te lo he dado á conocer (62).

NOTAS

(1) En efecto; el Océano, que se extiende á lo largo de las costas occidentales de Portugal, tuerce bruscamente hacia el Oriente, en dirección al Mediterráneo, formando un gran golfo, que recibió con toda propiedad el nombre de Golfo Atlántico, porque estaba cerca del Atlas de los antiguos.

Ceñían este golfo, del cual sólo describe las costas septentrionales, al Mediodía las costas de Marruecos, en las cuales estaban los extremos del Atlas; resultando aun más evidente el seno Atlántico, si se concuerdan los datos consignados por Avieno ó Himílco con los de Hannon, Scylax y con los Derroteros é Instrucciones náuticas, y se mira el mapa.

(2) Ya hemos dicho que es el promontorio Hermeo ó punta Mazigán.

El seno Atlántico de Avieno aparece aún más claro si comparamos su texto con el de Scylax, quien dice tratando de la Libya, que frente al promontorio Hermeo en África, hay en Europa otro cabo opuesto á aquél, que es el promontorio Sagrado.

Esta descripción puntual concuerda con lo que dijo Scylax, según acabamos de expresar, y los lugares señalados van limitando perfectamente el seno, dando la vuelta desde Cádiz por el Estrecho y las costas mauritanas hasta llegar al promontorio Oestrymnico (Cabo de San Vicente), por el cual va á coménzar la descripción de las costas españolas.

(3) Examinando el mapa, se encuentra en la costa europea un seno amplio, limitado por el Cabo de San Vicente y las islas que forman el actual Cabo de Santa María: ese es el seno Oestrymnico de Avieno, cuyas costas habitaban los Oestrymnidas. Recuérdese que las *Instructions nautiques* señalan este golfo.

(4) Ya hemos dicho qué entendía Avieno por estaño; hemos demostrado que el metal á que alude es el casiteron fenicio, y también que esta es la región propia del casiteron, según testimonio de Plinio, Estrabón y Avieno, quienes dicen se obtenía en los confines de la Bética y la Lusitania, y esta es región lusitana confinante con la Bética por el inmediato Guadiana.

No detalla en este lugar cómo se llaman las islas Oestrymnicas, porque hasta ahora sólo se ocupa en dar á conocer la extensión y líneas generales del mencionado golfo; y para mostrar su importancia y para señalar el carácter y condiciones de sus habitantes y sus empresas marítimas, añade que los indígenas eran atrevidos, hábiles y dedicados al comercio, y hasta ellos llegaban no sólo los Tartesios y Cartagineses, sino los pueblos que habitaban cerca de las columnas de Hércules; y describiendo las naves de que se valían, dice que estaban construídas con mimbres ó ramas y cubiertas de cuero, lo cual está en consonancia con la índole de su comercio de cabotaje por las inmediatas costas del Sur de Portugal y de la provincia de Huelva, donde buques de mayor calado no hubieran podido navegar bien entre los innumerables bancos é islas que forman la costa del Cabo de Santa María en un trayecto de unos 37 kilómetros, en el que las arenas y fango hacen imposible la marcha de otra clase de embarcaciones. (Avieno dice esto mismo, versos 375 á 380, no con relación á las costas de Inglaterra ni de Galicia, sino á las próximas á las columnas).

(5) Siguiendo la descripción del golfo y de sus islas, trata de indicar el nombre de las principales islas Oestrymnicas, y más que nada de determinar la longitud del golfo é indicar las que verdaderamente quedan dentro de él, y por esto dice que *desde el* (Cabo de San Vicente) *promontorio Oestrymnico hasta la isla Sacra* (así llamada en los primeros tiempos) *había dos días de navegación.*

Desde Sagres al Cabo de Santa María hay 95 kilómetros en línea recta (*Instructions nautiques*); si aceptamos como límites del golfo el Cabo de Santa María, y éste es su límite geográfico, inmediato á la isla que llamaron Sacra, resultarán unos 47 $\frac{1}{2}$ kilómetros de navegación diaria, esto es, 260 estadios, longitud ó derrota aproximadamente igual á la que hemos señalado como ordinaria en la navegación de Himilco en la parte primera de este estudio, y también á las nave-

gaciones de Hannon y Pytheas y al periplo de Scylax. Hay, pues, aquí una concordancia de datos imposible de negar.

(6) En efecto; los Hibernios, que no son otros que los que del río Hiber tomaron su nombre, estaban cerca de aquí; lo dice más adelante Avieno (verso 248), cuando tratando de este río expresa que él y otro desaguan en la laguna Erebea (hoy Golfo de Huelva, según ha de verse), y que todo lo que hay al Occidente de ellos se llama Hiberia.

No cabe duda que esos ríos hiberos á que se refiere son el Odiel y Tinto, naciendo aquél cerca de los inquietos Vascones, como dice después, hoy cerro de los Vascos, á dos kilómetros de Aracena, y su extensión hacia el Oeste del Odiel está comprobada por la existencia de la cumeada de los Vascones y el río del mismo nombre, afluente del Guadiana no lejos de su desembocadura.

(7) Esta isla debía ser de escasa extensión, pues no la describe, á diferencia de la Pelagia ó Sagrada, de la Akale y de la Poetania.

(8) No sólo nos dice quiénes eran los habitantes del golfo Oestrym-nico, y quiénes eran sus inmediatos vecinos por el Este (los Hiberos ó Iberos), sino que añade que allí *venian á comerciar los Tartesios*, lo cual no tiene nada de extraño sabiendo que habitaban la inmediata provincia de Huelva, y que era un pueblo comerciante que llevaba el casiteron obtenido de los minerales y de las arenas al mercado Tartesio y después al mundo oriental donde tenía inmensas aplicaciones. La navegación de los Tartesios á Inglaterra para traer de allí el estaño, que tenían en abundancia en su propio territorio, es, más que un mito, una especie que carece de todo fundamento.

(9) Quizá en otras costas pueda encontrarse alguno de los obstáculos que Himilco enumera; pero todas juntas sólo se dan en el seno Atlántico. En efecto; soplan durante gran parte del año los vientos del Oeste contrarios para quien desde Cartago se encamine al golfo de San Vicente por el Estrecho de Gibraltar y la costa española: los ríos arrastran légamo abundante; sus aguas eran crasas y turbias en la desembocadura del Guadalquivir y en la del Guadiana, siendo de advertir que Avieno repite este mismo concepto al tratar del último de los citados ríos; también presentaban fango en la hoy desembocadura de la ría de Huelva, y en las islas del Cabo de Santa María había y hay matorrales de fucus (C. Vogel «Le Portugal», París, 1860, menciona

como uno de los productos del Algarbe la púrpura (pág. 502), en las orillas del mar; véase nota 61), y la profundidad de las aguas es tan escasa que en la mayor parte de los canales que hay en la desembocadura de la ría de Huelva, en la del Guadiana y en la costa del referido cabo, no se puede penetrar; aparte de que en la costa de Portugal hay bancos á flor de agua («Instructions nautiques», pág. 401), el fondo del mar apenas presenta declive y que la de la provincia de Cádiz está llena de bajíos y escollos.

Descrito el golfo Oestrymnico y las dificultades de la navegación y señalado el promontorio Oestrymnico como punto extremo del seno Atlántico, Himilco hace una referencia á las costas que hay más allá y de las cuales hasta ahora nada había escrito, justificando esta omisión y este silencio.

(10) La costa, habitación primitiva de los Lygures, fué la que se extiende desde el Cabo de San Vicente hacia el Norte; de su asiento en las cumbres hay testimonio en la cumeada de Louca, y en el río de Louca ú Odelouca, y lógico es admitir en vista de esto, y de hallarse las citadas cumbres y río de Odelouca en la vertiente meridional de las montañas del Algarbe, que la costa á que descendieron no fué la que primeramente ocuparon, sino la más rica y segura del seno Oestrymnico.

(11) Unas lecturas de los códices de Avieno dicen *reditus* y otras *peditus* ó *pediti*. El mar Sardo era la parte occidental del Mediterráneo en aquellos tiempos; lo demuestra el que hace clara referencia á lo que dijo (v. 80-85), repitiendo casi las mismas palabras: *ursum ab hujus littore internum ad æquor, quã mare insinuare se dixi ante terris, quodque Sardum nuncupant*, y antes había dicho que el seno Atlántico se encuentra en el punto en que el mar Salado introduce sus aguas para formar nuestro mar.

La Ofiusa avanzaba mucho más al Este, según luego expresa (v. 172), y su distancia á las columnas pudo tomarse desde el promedio ó desde cualquiera de los extremos, y como del punto más próximo no podía dar todavía la distancia pues no se había llegado á citar, lo tomamos desde el extremo ó punto más lejano, esto es, del cabo de San Vicente.

Ha dado á esta región el nombre de Oestrymnis; ahora la cita con el de Ophiusa; ni fueron dos países distintos ni hay contradicción,

porque en los versos 152 á 155 dice Ophiusa: Haec dicta primo Oestrimnis.

La distancia del cabo de San Vicente á las columnas ya se ha determinado en el capítulo 1.º, y resulta de acuerdo con todas las consideraciones hechas; pero aquí da noticias más concretas que permitirán puntualizar su extensión y dimensiones.

(12) Dice, en efecto, que *el ancho de la Ophiusa*, esto es, la longitud del lado que él recorrió, y que formaba parte de estas costas, es *igual al ancho de la isla de Pélope* (Peloponeso), y superponiendo el mapa de la costa portuguesa del Mediodía al de la Peloponeso, se ve que son sensiblemente iguales, como se ve en el siguiente gráfico de longitud en escala de 1 : 1.500.000.

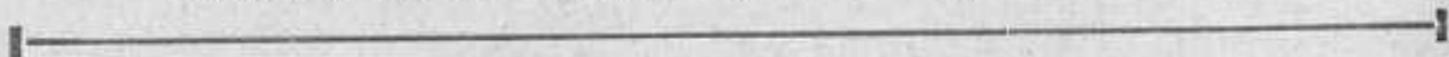
PORTUGAL

Distancia desde el cabo de San Vicente al Guadiana.



GRECIA

Distancia desde Pyrgos al golfo de Egina en Palaia.



En cuanto á la longitud, Himilco no pudo determinarla porque no navegó por las costas occidentales de Portugal. Su silencio es una prueba elocuente de cuanto venimos exponiendo, y en cuanto á que la Ophiusa llegara hasta el Guadiana, se deduce de lo que escribe en los versos 195 y 196, donde al tratar de lugares próximos al Guadiana afirma que habitaban los montes de la Ophiusa los Cempsios y Saefes.

(13) De este asunto ya he tratado anteriormente mostrando cuanto se ha divagado.

(14) Es la punta que en el siglo xviii llamó Texeira, en la descripción que hizo de las costas de España después de reconocerlas de orden del gobierno, Punta de la hestada. De ella dice está á dos leguas al Este de Sagres y aquí dicen puerto de Sorreal; tiene dentro dos isletas altas rematando con una punta (el puerto) que le queda á la parte del Septentrión casi enfrente de la referida de la hestada, á que llaman de la bordera.—Bib. Nac., Ms. núm. 1.802, folio 17 vuelto.

(15) El promontorio, ó mejor el monte Aryo, fué el monte Figo, que con una altura doce veces mayor que el promontorio de Saturno

se eleva junto al estuario famoso de Ossonoba existente en la época romana. Este promontorio, ó esta montaña, sigue elevándose hacia el áspero Septentrión donde las sierras del Algarbe alcanzan aún mucha mayor altura.

(16) En los versos anteriores ha señalado las distancias desde la isla Sacra al promontorio Oestrymnico (dos días) y desde este punto hasta el Estrecho de Gibraltar (siete días). Aquí señala la distancia hasta las columnas desde el pie del monte Arijó ó Aryo, y como por hallarse el estuario que llegaba hasta el pie de este promontorio enfrente y próximo á la isla Sacra ó Pelagia, la distancia á Gibraltar tenía que ser de cinco días, y así es en efecto.

(17) El autor, hasta ahora, sólo había mencionado los nombres de las Oestrymnicas, citando como la más importante la Sacra y como más pequeña la Albión, y señalado la distancia hasta el promontorio Oestrymnico para indicar las dimensiones del golfo. Ahora, como final de la descripción de éste, nos da detalles precisos de la isla Sacra, que era la más importante, y por la situación, la distancia y todas las demás noticias que Avieno indica es la isla Barreta que está próxima á la costa; es de bastante extensión y está cubierta de muraço y otras plantas acuáticas y marinas, que se aprovechan hoy como abono de las tierras del interior, y por si se creyera que esto era común á las islas inmediatas, y era por tanto un accidente genérico y no específico, añadiremos que las islas contiguas son arenosas y estériles, bajas y mudables. En cuanto á los estremecimientos del terreno, hoy mismo pueden apreciarse en algunos parajes, pues formando el suelo y las raíces á modo de témpanos sólidos, que semiflotan sobre arenas sueltas, la conmoción experimentada en un punto se transmite á los inmediatos y hasta á las aguas más próximas, las cuales recogen y propagan las vibraciones. Los trampales ó tembladeras de otros lugares del interior de España tienen análoga explicación.

(18) La costa antes baja forma una cadena de alturas que llega hasta el Guadiana. En estos lugares de la Ophiusa que se extendían hasta el mencionado río se empleaban dos días de camino.

La distancia es de unos 45 kilómetros.

Las tierras de Portugal van aumentando en altura á partir de las márgenes del Guadiana, dice el «Derrotero», pág. 224.

(19) Volviendo, en efecto, hacia el Estrecho de Gibraltar, el que

esté cerca del cabo de Santa María, y ha de notarse que muy próxima á él tenía su extremo la Pelagia, encuentra á su izquierda un seno, y si se deja empujar por el Zefiro, tendrá luego que navegar al Norte para llegar al Guadiana, río que Avieno, por ser límite de la Ofiusa y el Tarteso, coloca como punto final del territorio Oestrymnico ó de Ofiusa. Los «Derroteros náuticos» indican esto mismo.

(20) El párrafo últimamente transcrito merece explicación. Marca las distancias hasta dos puntos diferentes; señala también que una distancia se recorrerá á pie; la otra, al no tener indicación especial, habrá de ser embarcado.

Puede suponerse también que el punto de partida es el mismo para las dos marchas, pero puede admitirse de igual manera que en lugar de dos travesías diferentes lo que dice es que era una sola travesía, en la que la primera parte se hacía por tierra y terminaba en Tartesos, y la segunda, que comenzaba en Tartesos y terminaba en el puerto de Málaga, se hacía por mar.

La circunstancia de acomodarse para la expresión del pensamiento á la medida de los versos, explica desde luego que el pensamiento no esté expresado con bastante claridad. Por lo mismo es precisa la interpretación, pero no una interpretación gramatical, sino una interpretación geográfica.

Veamos ahora cuál fué la situación de Tartesos. Según Estephano, Tartesos, urbs iberica á fluvio, estaba en la orilla del río de su nombre. El río Tarteso llevó luego la denominación de Betis; según testimonio de varios escritores de la antigüedad, tenía dos brazos y formaba una isla de 100 estadios de anchura. El brazo oriental corresponde al actual cauce del Guadalquivir en las descripciones geográficas de los antiguos, que le colocan al Oeste de Gerión ó Chipiona; resulta que Tartesos estuvo á 12 $\frac{1}{2}$ millas, 100 estadios, ó unos 18 $\frac{1}{2}$ kilómetros al Oeste de la actual boca del Guadalquivir.

Por la costa hay desde el extremo de la Pelagia hasta el sitio en que estuvo Tartesos unos 130 kilómetros, que dan estimando la jornada en unas 22 millas, que viene á ser el promedio de las jornadas del itinerario cuatro jornadas; pero ha de advertirse que según la descripción que hace Avieno de esta costa recorrió las orillas de la ría de Huelva y visitó la población de Herba que estaba al borde de la laguna Erebea, no lejos de la costa, pero sí en el interior, y que á este

recorrido que Himilco hizo, y no á otros caminos, se refería su relato; luego habrá que añadir otros 25 kilómetros á los 130, con lo cual resultan ya las cuatro jornadas largas, pues sobran 23 kilómetros.

Este razonamiento conviene también á las indicaciones de Avieno, porque no se explicaría satisfactoriamente que un marino señalase jornadas de vía ordinaria, á no ser porque, como en este caso, y tratándose de un viaje de exploración, hubiera visitado Herba, y añadiríamos aún más, y es que la visitó, no sólo por ser ciudad y mercado opulento que recibía el casiteron de las minas inmediatas, sino porque su lago, en comunicación con el mar, no era de fácil entrada, y no pudiendo apreciarse bien su situación y condiciones, exigía la comunicación por tierra. Por último, la costa entre el Guadiana y Huelva estaba cubierta de maleza, como ya indicó, y también de islotes fangosos que impedían la aproximación, y esto fué otro de los motivos que indudablemente le decidieron en el regreso á hacer la exploración por tierra en este trayecto.

La distancia á Málaga por mar no pudo contarse desde el Cabo de Santa María por estar en discordancia con todos los datos aducidos respecto á la navegación de Himilco, Hannon y Pytheas, y está conforme y de acuerdo con éstos si se toma desde Tartesos, según ya expusimos. Sólo cabe, en consecuencia, admitir que desde la Pelagia á Málaga había nueve días de camino que se contaban en dos trayectos: uno de Pelagia á Tartesos, de cuatro jornadas á pie, y otro de Tartesos á Málaga, de cinco días de navegación. El camino por tierra de Tarteso á Málaga supone, hecho por tierra, cuatro jornadas de más de 60 kilómetros cada una, lo cual es absurdo. Por último, tendere es extender, ampliar, y en esta acepción está empleada.

(21) Después de señalar el punto en que terminaba el seno ó golfo Oestrymnico y comenzaba este otro seno al Oriente, detalla *el yugo ó collado Cipresiaco*.

Es el cerro de Caçella, del cual dicen las «Instructions nautiques», pág. 402, que «est remarquable», y el «Derrotero», pág. 224, que todas las tierras, á partir de las márgenes del Oeste de la boca del Guadiana y la ciudad de Tavira, están cubiertas de olivos que llegan hasta las playas (*), y en la 217 señala arbolado cerca de Tavira.

(*) Lo mismo que hizo al tratar del seno Oestrymnico, hace al ocuparse en éste: primero da noticias generales, después entra en el detalle.

(22) Por sus condiciones la isla Achale es la isla Caes, arenosa y tan baja que la cubren las aguas, resultando por esto que el mar, cuando apenas está sumergida, tiene poco oleaje en los canales que la separan de la costa y resplandece y brilla como una superficie tersa y bruñida. Hay en sus inmediaciones canales y bancos cenagosos que los movimientos del mar abren y cierran, cambiándolos de lugar constantemente.

Su nombre en griego equivale á tortuga, é indudablemente le aplicaron á esta isla porque su perfil, extenso y arqueado, es y era semejante al dorso de una tortuga, siendo la parte más prominente el actual cabo de Santa María.

La transformación de Achale en Caes se demuestra observando que los Quelonios, nombre hoy con que se designa, tienen su raíz en Achale, pues la tortuga es la que les da nombre, suprimiendo la *A* inicial; en cuanto á la supresión de la *l*, se observa en idéntica forma en *Lupercales*, que los portugueses dicen *Lupercaes*, en normales que dicen *normaes*, etc.

Si á esto añadimos que en Portugal la *l* de las sílabas *les*, *los*, *las* se suprimen frecuentemente, como, por ejemplo, *As Lusíadas* por *Las Lusíadas*, *os povos* por *los pobos*, ó *los pueblos*; que voces latinas como la de *Lupercales* (*Lupercaes* en portugués) han sufrido esta transformación, y que la *Ch* de los nombres latinos suena como *c* fuerte, veremos que la actual Caes ó Acaes es la Achale del poema de Avieno.

(23) Vemos por esta noticia que la Ofiusa llegaba por lo menos hasta aquí. Respecto de los *Cempsios* y *Saefes*, así como de los demás pueblos que habitaban las regiones, no haremos un estudio especial, por ahora, limitándonos á las indicaciones más precisas en orden geográfico.

(24) En efecto, la isla de Armazao, hoy banco arenoso, resguarda el excelente puerto de Tavira, según los marinos.

(25) Sabido es que los Cynetos ó Cuneos estaban en esta región, que dieron su nombre á la cordillera del Algarbe, y que su extremo, el cabo de San Vicente ó promontorio Sagrado, fué el extremo de Europa.

Ha venido en perfecto orden describiendo el territorio meridional de la Ofiusa; ahora llega al límite oriental de la misma formado por el Ana.

(26) Que los Cuneos tenían pueblos á uno y otro lado del Gua-

diana durante la dominación romana, consta de un modo indudable; que desaguaba por dos bocas lo dicen algunos escritores, y que entra en el mar por un fondo cenagoso lo escriben el «Derrotero» y las «Instructions nautiques» citadas.

(27) Lo mismo dice el «Derrotero».

(28) Las islas se llaman hoy Cristina y Canela, y la primera tuvo hasta el pasado siglo el nombre de Higuierita, siendo estéril y arenosa.

(29) No se trata, como pudiera creerse, del otro promontorio del mismo nombre; lo demuestra el que lo sitúa después del Guadiana y á un día de camino, que debe ser por tierra, pues en esta forma ha calculado la distancia que hay, desde un punto anterior á éste, hasta Tartesos.

La Torre del Catalán, situada en una eminencia de 33 metros en la desembocadura del río Piedras ó de Cartaya; por su elevación considerable, tratándose de un cerro de pendientes rápidas situado en un cantil á la orilla del mar, debió ser el promontorio de Saturno. En esta comarca abunda el ganado, como dice Avieno, y su distancia al Guadiana es de una jornada corta, 23 ó 24 kilómetros. Todavía los habitantes se dedican á la ganadería en esta comarca, en forma análoga á la que señala Avieno.

(30) Aquí empieza, como se ve, otra parte de la costa, la del seno que ha dicho en el verso 206, el cual veremos que termina en la Torre de Gerión.

Después hay un monte consagrado al cefiro, y en el monte un templo dedicado á esta diosa. Es un monte elevado hasta las estrellas que se cubre de espesa niebla, el ambiente es húmedo y con dificultad rasga el sol la niebla, que se retira hacia los montes y se deposita en ellos.

(31) Este monte es el que hay al Oeste de Aljaraque, el cual llega hasta la antigua costa, hoy separada del mar por la cadena de dunas que se extiende desde Ayamonte. De las nieblas y demás detalles hemos tratado anteriormente.

(32) El collado, templo y cueva debieron estar en las inmediaciones de Aljaraque, donde el terreno está formado por caliza cavernosa que se extiende por Moguer y Nubla, según Gonzalo Tarín.

(33) La actual ría de Huelva fué un lago, según resulta del estudio geológico del terreno. Herba fué la actual Huelva.

Hay, sin embargo, que razonar y discutir esta última afirmación,

porque ordinariamente se establece la correspondencia Huelva=Onuba, fundándola en su forma de escritura y pronunciación.

Nada más lejos, sin embargo, de la verdad: de Onuba se ha formado Niebla, y la prueba es fácil: de igual modo que de Ilipla se formó Ilipla, de Onuba se derivó Onubula ú Onubla y luego Nubla; y de Herbo ó Herva, por el cambio frecuente en castellano de la *l* por la *r* y viceversa, como en calne y carne, que aun dicen algunos aldeanos de la provincia de Salamanca, y en soldado y sordado, se formó Helba y Huelva. La transformación de la *e* en *ue* existe en serum (latín), suero en castellano, y en tetanus, en castellano tuétano.

Véanse más gráficamente las transformaciones:

Onuba. Herba.

Onubla. Helva.

Niebla. Huelva.

(34) Hasta ahora, y desde hace mucho tiempo, desde Estrabón, se ha entendido que este otro río era el actual Ebro que también toca en la Vasconia; pero aquí se presenta un dato curioso: En la misma provincia de Huelva, cerca del nacimiento del Río Tinto, en el término de la aldea de Carboneros y á dos kilómetros al Norte de Aracena hay las «Lomas de los Vascos», cumpliéndose en ella lo que Avieno dice, y complementándola vemos más al Oeste, pero no lejos de estos puntos, La Cumeada y el río de los Vascones, afluente este último del Guadiana, los cuales justifican la extensión de esta nación hacia Occidente. Tuvieron, pues, los Híberos dos ríos: uno, el principal, á que hace referencia aquí, fué el Tinto, y el otro, que nacía en los inquietos vascones, el Odiel; y no se diga que Avieno quiso mencionar á los Vascones de la costa cantábrica, pues ni Himilco tuvo noticias de ellos, ni Avieno cita sino á los pueblos que lindan ó tocan con las regiones que describe.

En la Teogonia se mencionan también estos parajes; la laguna Estigia es la primogénita del Océano. El agua sale de una alta montaña, la de Aracena (v. 285-7), donde están encarcelados los Titanes (de la mezcla de los Titanes y los Tirios se formaron después los Tyrtitanos ó Turditanos que habitaban estos montes en la época romana). Allí estaba el templo de Proserpina (v. 768). La Odisea nos dice también que los dos ríos infernales que desaguaban en la laguna Estigia salían casi juntos de una roca (X, 513-5).

Como se ve, en tiempos de Homero y Hesiodo la laguna Estigia estaba en Huelva; el que después se llamó Lycustico, formado por el Guadalquivir, no se menciona aquí. En otro estudio trataremos de la Odisea y la Teogonia, y discutiremos estos asuntos que aquí sólo se indican como referencia digna de tenerse en cuenta, aunque todavía no la hayamos depurado.

(35) Su situación, después de la laguna Erebea y de la ciudad de Erba, está indicando que se trata de la isla de Saltis que en Plinio se menciona con el nombre de Sartare. Ya hemos consignado que es frecuente la permutación de la *r* en *l* al pasar las voces de los idiomas antiguos al español; es el mismo caso de Herba y Huelva. En esta isla se han encontrado vestigios de ocupaciones antiguas.

La transformación de la última sílaba es análoga á la de Tartaro en Tarsis y de Gadirá en Gades. El que sitúe á Saltes después de Huelva y del templo de Proserpina, se explica porque recorrió esta costa á pie y no encajaba en otro lugar. También pudo ser Cartare la antigua Tartesos, llamada por los griegos Tartaro ó Tartare.

(36) El monte Casio corresponde con las alturas que entre Almonte y Moguer separan las aguas de la ría de Huelva y las del antiguo lago Stigio que formaba el Guadalquivir.

(37) En efecto; hay el lugar de Chipiona (Gerión) y la isleta ó bajo de Salmedina con vestigios antiguos, separadas por el mar. Las costas del seno Tartésico comprendidas entre la boca (más occidental) del río Tarteso y Gerión se recorrían en un día. En las costas de Castilla á 52 kilómetros de Gerión debió estar el desagüe occidental del Tarteso, hoy cegado como otros dos por las dunas de arenas movedizas.

(38) El lago Ligustico es el que se forma detrás de estas dunas; según Madoz, en invierno llega á extenderse en más de seis leguas.

(39) De las bocas del Tarteso ya se ha tratado.

(40) Justificada la existencia de Cádiz en las Arenas gordas, continuaremos el relato. Los efectos de espejismo se citan en las «Instructions nautiques».

(41) Avieno, después de las costas del seno Tartesiaco, describe el curso del Guadalquivir, las montañas que le rodean y el monte Argentario, llamado así por la abundancia de plata, de cuya explotación quedan vestigios en Guadalcanal, Constantina y Almadén de la Plata. Hoy el estaño está agotado.

(42) Entre las naciones que ocupaban este territorio cita los Iliates de Iliá, que quizá dejaron el nombre de su raza en las poblaciones de Uliá, Ilipa é Ilipulas, y los Etmaneos que Plinio menciona en la Beturia. Los fenómenos de refracción ya hemos dicho que son hoy consignados en las «Instructions nautiques».

(43) (44) (45) (46) Trata después de describir la costa hasta Calpe, y por esto vuelve á mencionar la torre de Gerión (Chipiona), de un seno ó bahía (la de Puerto Real) en la cual desagua un río (el Guadalete) cuya cuenca rodea un monte cubierto de espesas selvas (las sierras de Algodonales, Ronda y el Algibe en la provincia de Cádiz), la isla Eritea (isla de León) que estuvo algún tiempo bajo la dominación cartaginesa, y otra isla al Occidente de ésta, con un templo consagrado á Venus, la verdadera isla de Cádiz, separada de la anterior por el barranco que llaman la Cortadura. Esta descripción prueba que en tiempo de los fenicios, y más concretamente cuando Himilco visitó estas regiones, Carteia, después la Cádiz romana, no existía. El monte cubierto de selvas que antes ha mencionado (las sierras de la provincia de Cádiz) descienden hasta terminar suavemente en la costa, en la cual los ríos Cilbo y Besilo corren.

(47) De los ríos que en estas montañas nacen, el primero no tiene nombre en Avieno y no se le puede atribuir ninguno de éstos porque la descripción perfectamente hecha del terreno, como puede apreciarse, los coloca después de la isla Eritea y de la de Venus. Más allá de Calpe, el río Guadiaco es el Chrysos ó río de Oro del poema; luego entre el canal de Saint-Petri y el Peñón de Gibraltar deben desaguar estos dos. Uno debe ser, y fué, el de Vejer, que es el más importante de esta costa; el otro desaguaba en la bahía de Algeciras.

(48) El Besilo es el de Vejer, el Cilbo, es el Guadarranque. Obsérvese que las dos primeras sílabas de Besilo y Vejer presentan gran analogía.

Los montes de la parte meridional de la provincia de Cádiz están cubiertos de bosque. (Gómez de Arteche, «Geog », tomo II, pág. 616).

Es la sierra de la Luna é inmediatas que llegan hasta Tarifa, el cual se ve mirando hacia el Oeste desde Calpe.

(49) El Herma ó camino de Hércules es el que va de Tarifa á Cádiz por la orilla del lago de Janda, cuya mayor anchura es la que indica; la descripción es exacta.

(50) Hace también alusión á las dos costas del Estrecho, que si ciñen las aguas del mar, también son ceñidas por las olas del mismo, en las cuales Hércules trazó sus caminos Libico é Iberico, para llevar las vacadas que robó á Gerión, y efectivamente avanzan en Europa hacia Gibraltar y en Africa hacia Ceuta.

(51) Trata después del campo Sagrado en Europa, que era el inmediato al Estrecho de Hércules; completando así y ampliando lo que antes ha dicho, dice que hubo otros dos Hermas ó dos caminos, uno en Lybia y otro en Europa, añadiendo por último que allí están los montes de Calpe y Abila, y continuando la descripción del Estrecho indica la existencia de las islas de Tarifa y del Peregil en opuestas playas, caracterizadas por ser difícil la permanencia de los barcos en sus costas.

(52) La palabra antigua de Urce se conserva en la castellana Orza.

(53) Berard ha hecho en su libro «Los Fenicios y la Odisea» una identificación magistral de estas islas, que son las de Tarifa y del Peregil, estudiando como nosotros los datos antiguos y modernos de navegación, y haciendo notar que no se puede permanecer anclado en ellas.

En los últimos versos dice que se llama fretum este estrecho porque dicen que allí hierven las aguas; y en efecto, para quien no había navegado por el Mediterráneo, al sentir los efectos de la marea y ver cómo el agua se agita y corona de espuma, la denominación de hervidero es sumamente apropiada.

(54) De la poca profundidad del mar ya se ha tratado, mostrando ser cierta.

(55) Todavía recomiendan los «Derroteros» que en cuanto cambien los vientos debe abandonarse el puerto de Tarifa. Los vientos cambian allí con gran frecuencia.

(56) Como se ha indicado, los «Derroteros» é «Instruccions nautiques» señalan este mismo fenómeno.

(57) El mar que formaba el seno Atlántico, que les era desconocido.

(58) Véanse las citas que hacemos de los «Derroteros» é «Instruccions nautiques».

(59) Al seno Atlántico de Himilco llama aquí Avieno estuario ó Golfo Hesperico y Mar Atlántico.

(60) Ya inicia aquí Avieno la descripción general del Mediterráneo, señalando á guisa de introducción los cuatro golfos ó senos del Océano.

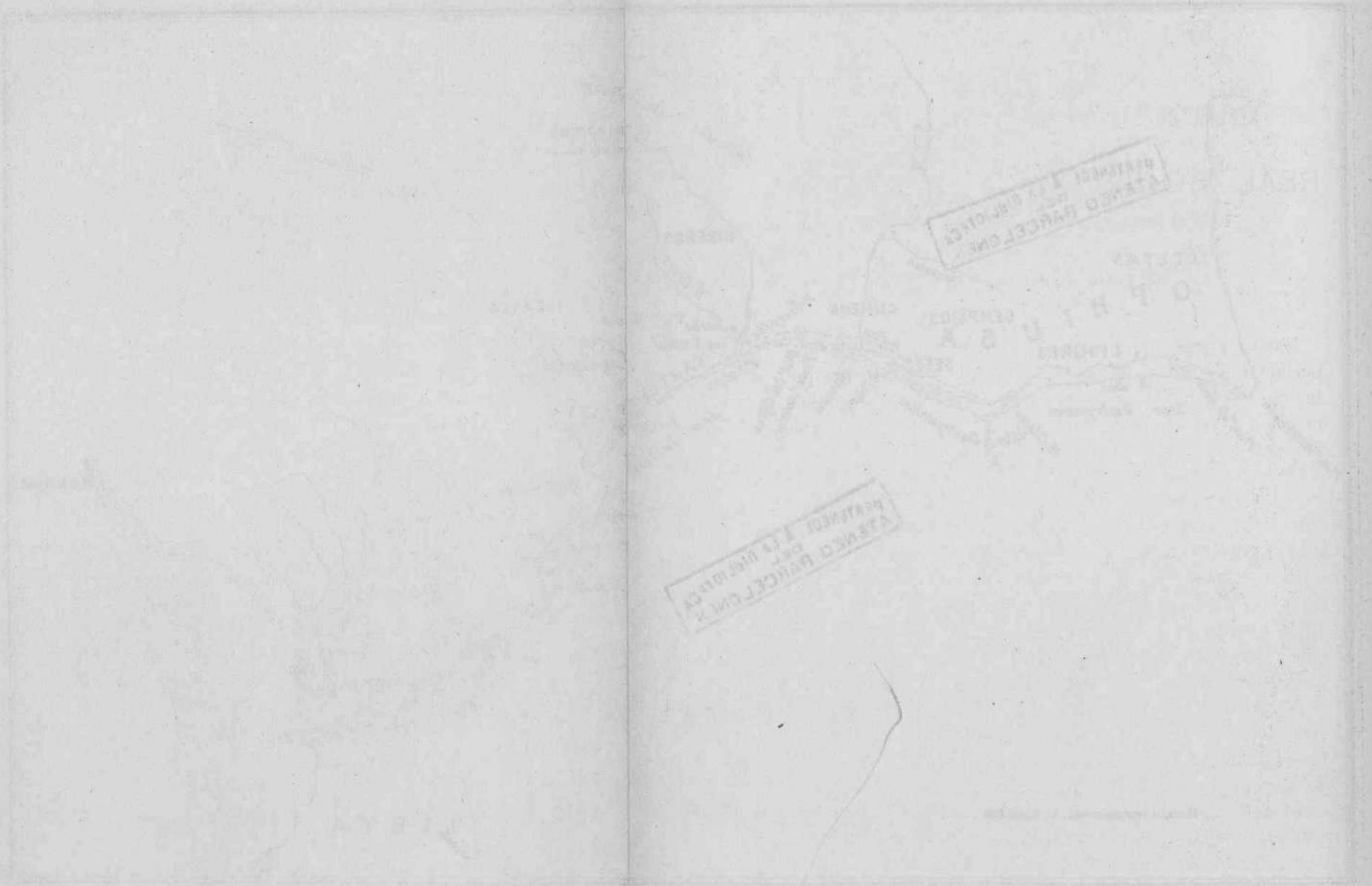
(61) Respecto de fucus, dice Plinio en su «Historia Natural», libro XIII, 48 y 49: También nacen en el mar árboles y arbustos. Ninguna lengua tiene voz que corresponda al phycus de los griegos: la palabra alica (alga) se refiere á una hierba, en tanto que el phycus (fucus en latín, higo ó higuera en español) es un arbusto. El *fucus prason* tiene largas hojas de color verde..... criándose cerca de la costa..... y sirve para teñir de púrpura (rojo).

En alta mar se encuentra la encina marina *fucus vesiculosus*, de un codo de alta, y se dice que sirve para teñir la lana, añadiéndose que algunos de estos árboles llevan sus bellotas hasta alta mar. Más allá de las columnas de Hércules nace un árbol de hoja prason.

Estrabón en su «Geografía», libro III, atribuye el desarrollo que los atunes alcanzan en la Turdetania á que se alimentan con las bellotas de una encina que crece en las aguas del mar y que sumergida y desparramada da tres cosechas al año. Es tal la abundancia del fruto de esta encina, que en la época de la madurez todas las costas, tanto dentro como fuera del Estrecho de Hércules, se ven cubiertas de bellotas que el flujo ha depositado en ellas. El tamaño del fruto es menor en el mar Mediterráneo. Según Polibio, el mar lleva estas bellotas hasta las costas del Latio.

Como se ve, el *fucus prason* y el *fucus vesiculatus* fueron conocidos de los romanos y griegos; existía en las costas que recorrió Himilco; servía para teñir de púrpura, en griego Kermes, y era distinto de las algas. Esto y la noticia de Vogel, «Portugal», 1860, de que en la costa del Algarbe hay Kermes en abundancia, justifican la traducción que de la palabra fucus he hecho.

(62) Estos últimos detalles relativos al seno Atlántico los vuelve á tomar de Himilco, según expresamente dice. Su exactitud ya se ha demostrado por la comparación con los repetidos «Derroteros» é «Instruccions».



PARTAMENTO DE LA BIBLIOTECA
ATENEO BARCELONA

PARTAMENTO DE LA BIBLIOTECA
ATENEO BARCELONA

RESEÑA DE LAS TAREAS Y ESTADO ACTUAL
DE LA
REAL SOCIEDAD GEOGRÁFICA

leída en Junta general del 30 de Junio de 1909

por el Secretario adjunto

D. Luis Tur y Palau.

Vive y perdura en nuestro corazón todavía el dolor experimentado á fines del pasado curso con la muerte del que fué nuestro sabio director y amado Presidente, de cuyos méritos, reconocidos por los amantes de la Ciencia Geográfica, dan testimonio los numerosos mensajes de pésame recibidos de todo el orbe, que esta Real Sociedad agradece con sincero y profundo reconocimiento: dolor avivado más aun con la desaparición del mundo de los vivos del prócer ilustre Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo, Director de la Real Academia de la Historia, nuestra hermana, por las relaciones íntimas que unen una á la otra, por sus fines é ideales y hasta por el afecto recíproco que entre ellas existe; imagen fiel del cariño entrañable que se profesaban Fernández Duro y Vega de Armijo.

Y entramos, señores, en el presente curso después de elevar al sillón presidencial al Excmo. Sr. D. Julián Suárez Inclán, General distinguido de nuestro Ejército, procedente del Cuerpo de Estado Mayor, á quien por sus méritos y talento se le auguraba un próximo y brillante porvenir en la carrera: historiador y geógrafo de sólida reputación, como lo atestiguan sus obras varias, que le franquearon las puer-

tas de la docta Real Academia citada y la conquista sin auxilio ajeno del alto sitio entre nosotros; pero Dios tenía dispuestas las cosas de otro modo y falleció el 9 de Marzo del corriente año.

Otra pérdida muy sensible para los que nos honrábamos con su amistad, es la del Excmo. Sr. General D. Antonio Andía, de honorabilidad inmaculada, afable, cortés, bondadosísimo, asiduo concurrente á las sesiones y amante sincero de esta Corporación, á la que prestó en circunstancias difíciles y ocasiones diversas servicios eminentes que jamás olvidaremos.

El sabio francés D. Gabriel Marcel, gran amigo de España, también ha muerto, para desgracia de las ciencias históricas y geográficas.

Otros miembros muy queridos nos han abandonado; definitivamente, los *fundadores* D. Pedro Mateo Sagasta y D. Antonio Fernández Alonso, que han muerto; se han dado de baja los

Socios de número:

D. Clemente Miralles de Imperial.

D. Antonio Adrados.

D. Narciso Amorós.

Han fallecido los

Socios corresponsales:

En Lila D. Julio Finot, doctísimo historiador y Archivero general del Norte de Francia.

En la Argentina D. Gabriel Larsen.

En Bélgica D. Juan Bautista du Fief, Secretario general de la Real Sociedad Belga de Geografía.

En España D. Felipe Rizzo.

Y en Chile el *honorario* D. Francisco Vidal Gormaz, eminente geógrafo y ex Director de la Oficina Hidrográfica de Santiago.

Por último, séanos permitido dar un adiós cariñoso por corto tiempo al ilustrado Jefe de Ingenieros, escritor bri-

llante y patriota vehemente y entusiasta, el Vocal de la Junta directiva D. Castor Amí, que se aleja de esta casa agobiado por pertinaz dolencia.

Mi ánimo, no lo puedo ocultar, señores, se contrista ante tanta desgracia: ya que no los más, los mejores nos abandonaron, dejando en la senda de la vida una estela luminosa que guiará nuestros pasos.

Las altas, en cambio, han sido muchas, y de calidad como vais á ver, y en nombre de la Real Sociedad á todos envío mi cordial bienvenida.

En concepto de *Socio vitalicio* D. Jorge de Frezals, residente en Roma.

Socios de número:

D. Antonio Peláez-Campomanes y García San Miguel, Capitán de Ingenieros.

D. Juan García Mancebo, Comandante de Infantería, residente en Ceuta.

D. José Bosmediano Delfín, Capitán de Infantería.

D. José García del Valle y Acuña, Capitán de Infantería.

D. Ramón Jáudenes Atorrasagasti, Primer Teniente de Infantería.

D. Andrés Fernández Osinaga, Primer Teniente de Ingenieros.

D. José Sánchez Ocaña, Capitán de Estado Mayor y Profesor auxiliar de la Escuela Superior de Guerra, Madrid.

D. Antonio Miguel Alcocer, Habana.

D. Juan Fernández Latorre, Diputado á Cortes, Madrid.

D. Toribio Martínez Cabrera, Capitán de Estado Mayor, Madrid.

D. Luis Cubillo, Ingeniero Jefe del Cuerpo de Geógrafos.

D. Gervasio Fournier, publicista geógrafo.

Excmo. Sr. D. Pedro de Novo y Colson, Académico de la Historia.

D. Mariano Belsué, Oficial primero de Administración Militar.

D. Pablo Cogolludo, Jefe de la Policía de Tetuán.

D. Agustín García Gutiérrez, Catedrático de la Escuela Superior de Comercio de Cádiz.

D. Enrique Ovilo, Capitán de Infantería.

Reingresó en la Corporación D. Rafael Pezzi, Comisario de guerra.

Socios corresponsales:

Se concedió el título á los señores que siguen:

D. Francisco Bens, Gobernador político-militar de Río de Oro.

D. Arturo Chervin, de París, autor de la «Antropología Boliviana».

D. Tito V. Lisoni, Encargado de Negocios de Guatemala; envió obras meritísimas de que es autor.

D. Carlos E. Porter, Director de la «Revista de Historia Natural» de Santiago de Chile, publicista eminente.

La Sociedad, reconocida al distinguido político y notable escritor D. Francisco José Urrutia, Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, le nombró *Socio honorario* corresponsal.

Y, finalmente, por consecuencia de las pérdidas sufridas por la Sociedad, se nombran para cubrir las vacantes:

Presidente honorario: Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra, Director de la Real Academia de la Historia, de universal renombre.

Presidente interino: Excmo. Sr. D. Víctor María Concas, ex Ministro de la Corona.

Vicepresidentes:

Excmo. Sr. D. Manuel de Foronda, trabajador infatigable que siente gran entusiasmo y cariño por la Corporación.

Excmo. Sr. D. Emilio Luanco, General de Marina ilustre.

Vocales de la Junta directiva:

D. Eduardo Cañizares, Coronel de Ingenieros militares, muy conoedor de Africa.

D. Eloy Bullón, Diputado á Cortes y Catedrático de la Universidad.

Como veis, el número de altas es síntoma altamente consolador, y eso evidencia la pujanza de la Corporación, á la que por sus elevados y nobilísimos fines, por las enseñanzas que emanan de su seno (yo, dada mi insignificancia, puedo consignarlo), los Gobiernos la escuchan atentamente utilizando cuanto estiman conveniente á la alta política. Además, proporciona al hombre de ciencia copiosas lecturas que son el recreo de su espíritu y al comerciante noticias, avisos y consejos de utilidad indudable para ampliar y mejorar sus negocios y la riqueza del país en general.

Pasemos, pues, revista á nuestras tareas.

La Sociedad, siguiendo asidua el movimiento geográfico de las naciones, tomó parte en el Congreso Internacional de Ciencias Geográficas, celebrado en Ginebra en Julio y Agosto de 1908, y llevaron su representación, muy dignamente por cierto, D. Carlos García Alonso y D. Alfredo Gummá, quienes presentaron, el primero un estudio de nuestro malogrado Presidente Sr. Suárez Inclán, sobre la «Influencia de la Geología en la organización política de las naciones», y el Sr. Gummá leyó una comunicación acerca de la «Acción civilizadora de los españoles en Corea», que fueron acogidos con gran aprecio por los señores congresistas.

En la conferencia que desde esta tribuna dió el Sr. García Alonso, explicó la organización, funciones y resultados del citado Congreso internacional, y antes en la sesión que tuvo lugar el 20 de Octubre último en presencia de la Junta directiva hizo constar que la Asamblea, contraviniendo lo acordado en el Congreso de Wáshington de 1904, excluyó del mismo el idioma español, declarando oficiales solamente el francés, alemán, italiano é inglés; esta omisión fué causa de trabajos y reclamaciones de nuestros celosos y muy dignos representantes, fundados aquéllos y éstas en consideraciones de orden histórico y geográfico y en el número de personas que hablan por todo el mundo el idioma espa-

ñol, apoyados, claro es, por los argentinos, mejicanos y chilenos; pero es doloroso confesar que sin éxito, no obstante lo justo de la demanda y contar con la simpatía de la mayoría de los congresistas, porque el Presidente Sr. de Claparède, olvidándose de las altas funciones de que estaba investido, tuvo y consintió ó patrocino omisiones rayanas con la descortesía y actos, si no agresivos, que jamás se le hubieran tolerado, faltos sí de seriedad que testimoniaron el poco afecto que sentía por España y los pueblos hispano-americanos.

En Viena tuvo lugar otro Congreso de Americanistas, y á él asistieron nuestros dignos consocios Sres. Marqués de Olivart y D. Cayetano Benítez.

Y en Zaragoza durante la Exposición, que marca una era gloriosa de prosperidad para aquella simpática y nobilísima ciudad que ciñe en sus sienes los timbres más preclaros, tuvo lugar un Congreso de Africanistas, representándonos con la competencia y acierto que en tales materias todos le reconocemos, nuestro querido compañero el Sr. Bonelli.

Conferencias.

Esta tribuna ha sido muy favorecida.

En dos ocasiones el Coronel Sr. La Llave, con la maestría en él peculiar, nos habló de Bulgaria y Rumanía, que acababa de visitar, exponiendo con método y claridad la historia, estado actual y porvenir de aquellos países, especialmente de su organización militar, así como de los progresos que en todos los órdenes de la vida social y nacional se habían allí realizado en los últimos años.

El auditorio oyó muy complacido los datos y juicios expresados por el conferenciante, de tanto mayor interés en aquellos días en que los búlgaros se proclamaron independientes y la atención de Europa estaba fija en ellos, prodigándole en ambas solemnidades nutridos aplausos.

El país de los Maragatos y otras comarcas de la provincia de León han sido estudiadas, recorridas y motivo de una conferencia bellísima, dada en esta Sociedad el día 9 de Di-

ciembre, ilustrada con proyecciones de vistas fotográficas de lugares, monumentos y tipos de aquel olvidado rincón de España, por el infatigable Director de excursiones, don Joaquín de Ciria.

Nuestro querido consocio, imponiéndose toda clase de molestias y sacrificios, «con inquebrantable voluntad», y añadido yo con no menor inteligencia, «deseoso de que sea conocida la noble y generosa España, madre común *única* que está ávida, necesitada de hijos buenos que por ella miren», ha presentado, como he dicho, un acabado estudio de aquella región que le valió «grandes y prolongados aplausos». Pero hizo más; poniendo en práctica sus generosas doctrinas, y á semejanza de lo que se hizo en el país de las Hurdes, ha logrado del Excmo. Sr. Conde del Retamoso, Delegado Regio de Pósitos, una subvención de 25.000 pesetas con el fin de crear uno en Maragatería, como así se ha hecho, sin previa suscripción, para ayudar á los pueblos pobres de la comarca; hechos, señores, como estos enaltecen extraordinariamente á la persona y son dignos de toda alabanza.

El 23 de Marzo, D. Manuel Miranda, Catedrático del Instituto de Logroño, disertó acerca del «Porvenir de la Geografía en España», presentando el estado de la enseñanza de esta interesante materia en la nación. El Sr. Presidente hizo notar después que entre nuestras clases militares estaba muy desarrollada la afición á la Geografía, porque en las Academias y Escuelas del Ejército se da la importancia y extensión debida á los estudios geográficos, añadiendo que si en las Escuelas primarias, en los Institutos y en la Universidad se les concediera igual atención, las clases todas de la sociedad procurarían su desarrollo y sentirían por ellos cariño, se elevaría notablemente el nivel de la cultura general y se formaría fácilmente opinión sobre cuestiones muy importantes para el porvenir de España. Ambos oradores fueron muy aplaudidos.

Muy amena é instructiva fué la conferencia dada en la Junta directiva por el africanista D. Enrique Ovilo acerca de

Casablanca; con gran dominio del asunto dió noticia circunstanciada de aquellos territorios, de las kabilas que los pueblan y de las fases diversas y peripecias que se han desarrollado en la empeñada y ruda lucha sostenida con los franceses: fué oído con mucha atención y aplaudido.

Con público muy selecto, compuesto de las más altas representaciones de la sociedad, el 5 del corriente mes, ó sea al año de su muerte, esta Corporación, presidida por su Alteza el Infante D. Carlos, pagó la deuda contraída con el que fué su respetado y amado Presidente D. Cesáreo Fernández Duro, celebrando una velada en su memoria.

D. Manuel Salaregui, marino, leyó un hermoso discurso biográfico en elogio del gran historiador y geógrafo.

Ocupó después la tribuna D. Jerónimo Becker, dando lectura á un análisis histórico de las obras de Fernández Duro desde que entró á formar parte de la Armada española, considerado en el doble concepto de historiador y literato, y lo hizo con tanto acierto que le valió nutrida salva de aplausos.

D. Angel de Altolaguirre hizo un estudio crítico de las obras históricas de Fernández Duro, muy meditado y de mérito indiscutible, sacando como consecuencia que algunos historiadores contemporáneos han falseado muchos hechos, y que el ilustre finado con su investigación incansable logró demostrar tales falsedades, restableciendo la verdad: el primoroso trabajo fué justamente recompensado.

D. Emilio Bonelli se ocupó del insigne marino como africanista, especificando sus trabajos en la costa occidental de Marruecos para señalar el lugar correspondiente á Santa Cruz de Mar Pequeña, y defender como diplomático los derechos de España en esa región africana; y D. Ricardo Beltrán y Rózpide describió la labor inmensa ejecutada por el sabio en las Academias de la Historia y de Bellas Artes, toda ella consagrada con constancia admirable á rehabilitar la obra de España y de sus hijos á través de la Historia, llamando la atención hacia los preciosos datos acumulados por el Sr. Fernández Duro para demostrar el temple de alma de

la mujer española y su participación en la empresa gigantesca de la colonización y civilización de América, siendo, como el Sr. Bonelli, merecidamente aplaudido.

Concluyó la velada con un inspirado y sentido discurso del Sr. Presidente interino de la Sociedad, estudiando al ilustre marino, cuya memoria se honraba, como geógrafo esclarecido, quien en tal concepto ha dejado tales huellas de su personalidad, que al considerar sus trabajos parece imposible sean resultado de la actividad de un hombre.

La velada fué digno coronamiento á la vida del marino insigne, del historiador, del geógrafo, del literato, del sabio, en suma, cuya bondad superaba aún á su portentosa inteligencia.

Recientemente honró esta tribuna el Dr. D. Francisco A. Riskey, Ministro Plenipotenciario de Venezuela en España, haciendo una pintoresca descripción de los extensos territorios de aquella República, exponiendo después datos muy interesantes sobre su riqueza minera, tan considerable como poco explotada; sobre flora y fauna, que se presentan con toda la exuberancia de las tierras vírgenes; sobre cultivos, ganadería, población, etc., y todo ello dicho con tal arte, que en varias ocasiones interrumpió con nutridos aplausos la numerosa concurrencia que llenaba el salón, á los que uno el mío, muy sincero y entusiasta.

Y con posterioridad, el día 22 el notable escritor y eminente periodista D. Guillermo Rittwagen cierra la serie de este período con una Conferencia muy notable de Geografía histórica, referente á «Los hispanos-visigóticos en la Mauritania», tema que desarrolló con gran brillantez, haciendo un resumen de las relaciones que existieron entre la Monarquía visigoda y la Mauritania Tingitana, señalando el paso por aquel país de los romanos, vándalos y visigodos, y exponiendo otra porción de datos interesantísimos que valieron al ilustrado conferenciante grandes aplausos.

Va siendo extenso en demasía este escrito y temo cansaros; procuraré en obsequio á vosotros reducir, acortar lo posible, cosa no fácil para mí, dada la variedad y multiplicidad de asuntos todos importantes.

Boletín de la Corporación.

En el tomo L se da fin al «Mapa Mundi» de San Isidoro de Sevilla, aquel sabio enciclopédico de la España del siglo VII, de quien dice D. Marcelino Menéndez Pelayo, al examinar una de sus obras famosas, las Etimologías, que «son un milagro de erudición para aquella Edad, y que ni Casiodoro, ni el venerable Beda, ni Alcuino, ni Rabano Mauro las igualan», prestando el Sr. Blázquez con su publicación un eminente servicio á la Geografía histórica.

Dióse fin al pasado curso con un trabajo de nuestro querido Secretario general, y como suyo primoroso, en sustitución de la Memoria anual, procedimiento que si era hacedero y factible en el último tercio del pasado siglo, durante el breve espacio de tiempo de una velada, hoy, con el portentoso desarrollo de la Ciencia, es de todo punto imposible, y exige sean tratados puntos concretos á medida que las circunstancias lo aconsejen, como vienen haciéndolo las Sociedades Geográficas más importantes del mundo; trabajo, repito, que titula «El Ideal Geográfico y los Progresos de la Geografía».

Allí demuestra cómo la Geografía «entrando á saco» en todas las ciencias, apoyándose en todos los ramos del saber, estudia la forma, naturaleza y productos del suelo, penetra y analiza sus entrañas, escala la atmósfera y determina sus leyes, penetra en la profundidad de los mares y descubre sus misterios; de este modo, incorporando unas veces, seleccionando otras, conceptos é ideas, leyes y principios, fórmasse la Ciencia geográfica moderna, que determina las relaciones entre el hombre y la tierra, de horizontes tan luminosos y espléndidos cual ninguna otra Ciencia.

Termina el Sr. Beltrán con el párrafo siguiente que condensa cierta y prácticamente las aspiraciones de todos: «Así podremos renovar la era de la expansión española en el mundo; así también podremos investigar y descubrir la solución de problemas sociales y políticos, que aun lo son porque falta ó se desdeña el dato geográfico; así, por último,

podremos consagrar todas nuestras energías de pensamiento y de trabajo en aras del ideal geográfico nacional: *levantar, engrandecer á la Patria por la Geografía*.

La «Descripción y cosmografía de España» por D. Fernando Colón, sacado de un manuscrito de la Biblioteca Colombina, tiene grandísimo interés histórico.

«El geógrafo Tomás López y sus obras» se publicó en francés en la *Revue Hispanique* primero, en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* después y ahora, traducido, en el nuestro; es un ensayo de biografía y cartografía, como dice el autor, D. Gabriel Marcel; un estudio bien hecho, que contiene multitud de datos y noticias de interés para deducir que Tomás López no fué un gran geógrafo, sino un habilísimo cartógrafo, y prestó muy relevantes servicios á la nación.

«La República de Méjico» está escrito por un español residente en aquel país, y demuestra poseer grandes condiciones de observador, patriotismo y criterio cultivado y claro; en artículo breve, dada la importancia de la materia, nos presenta aquella República en su estado actual, su pasado y porvenir probable, y con motivo del Centenario de su independencia, que tendrá lugar en 1910, nos brinda hagamos algo en el sentido de estrechar las relaciones de la madre patria con las antiguas colonias, en atención al número de españoles allí residentes, y termina dando consejos muy atinados.

El año 1882, D. Pedro de Madrazo, Secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia decía: «Tenemos abierto con plazo indefinido, en atención á la importancia del asunto, un concurso al cual nadie se presenta. Si continúa el retraimiento, el mapa de España, á fines del siglo XVI, será un verdadero desiderátum, á que al fin y á la postre tendrá que atender alguna comisión de esta Academia». El Sr. Blázquez, llevado de sus aficiones de toda la vida á la Geografía histórica y con un arsenal copiosísimo de noticias, á su ingreso en la docta Corporación, justo premio á sus incansables investigaciones y sabiduría, ha acometido esa empresa colo-

sal, «estudiando las fuentes y materiales que existen para hacer la descripción y mapa de España en el mencionado siglo». Cito este trabajo, que fué muy celebrado, porque honrará el BOLETÍN.

La Sociedad ha visto con gran complacencia que se otorgara por el Gobierno de S. M. la Gran Cruz de Isabel la Católica al autor de las «Relaciones Geográficas de la Gobernación de Venezuela», D. Angel de Altolaguirre.

El segundo tomo de la «Colección Geográfica» ha sido ofrecido por el Sr. Conrotte, y aparecerá bajo este título «España y los países musulmanes durante el Ministerio de Floridablanca», hermoso estudio histórico-geográfico con aplicaciones á la vida social, política y económica, que corresponderá por su mérito á la reputación del autor.

Otro gran asunto viene preocupándonos desde principios de Enero de 1906 y parece que toca á su término felizmente: me refiero á la reforma de la Nomenclatura geográfica, de que es autor nuestro ilustre Vicepresidente Excmo. señor D. Manuel de Foronda; terminado el estudio por la Corporación, pronto se elevará acompañado de una Exposición-Memoria al Gobierno de S. M., y su resolución es de suponer que no se hará esperar cuando tantos beneficios ha de reportar á más de mil pueblos, que por tener nombres idénticos á los de otros, sin calificativo alguno que los distinga, ocasionan actualmente confusiones lamentables; así, pues, el Sr. Foronda se ha hecho acreedor á la gratitud de todos los españoles.

Revista.

Esta publicación ha mejorado considerablemente.

La sección de Información Geográfico-Comercial constituye fuente riquísima para el comercio, que sólo por apatía punible dejará de aprovechar.

La Crónica Geográfica ofrece muy interesante y amena lectura.

Los asuntos africanos son de muy antiguo tema preferente de esta Real Sociedad, y cuanto afecta al pasado, *pre-*

sente y porvenir de aquel poco conocido continente, es tema de discusión y preocupación constante; consecuencia de ello son los informes y mensajes que con frecuencia eleva á los Gobiernos con fines puramente científicos y patrióticos, característicos de la Corporación.

Sección varia se podría titular la serie de artículos que por su corta extensión, ya que no por su importancia, no se incluyen en el BOLETÍN; y en el lapso de tiempo del último año figuran nombres tan prestigiosos como son los de don Carlos García Alonso, en un trabajo que lleva por epígrafe «Expedición á Pinares Llanos».

«Mejoramiento de la navegación en la cuenca del Congo-Ubangui», por Baudon, traducido por D. Alfredo Gummá.

«Dificultades para el establecimiento de una carta de Africa á gran escala», por los mismos.

«Amazonia», por D. Demetrio Salamanca.

«¿Hay hielos» en el Polo Sur?», por D. José Gutiérrez Sobral.

«Las expediciones al Polo Antártico»; Th. Moreux, traducido por D. Justo Fornovi.

«Los Pirineos y la Espeleología»; Briet, traducido por don Antonio Motta.

«Las Penínsulas Cubanas», por D. Antonio Miguel Alcover.

«Geología y Geografía de la provincia española de Jaén»; Dr. O. Quelle, de Berlín, traducido por D. A. Motta.

«Datos para una colonización en Tetuán», López Ferrer.

«Importancia pedagógica de la Geografía», Hidalgo Monroy.

«Oceanografía», traducción por Fornovi.

Y multitud de artículos anónimos de no menor mérito, además de las disposiciones de carácter oficial para el régimen de nuestras colonias.

Actas de las sesiones, constituyen otra sección, y la última es la Bibliografía Geográfica.

A nuestro infatigable compañero el Sr. Beltrán se deben

principalmente la confección y mejoras de la publicación, que tiene mayor aceptación cada día.

Y hemos llegado al fin abusando desmedidamente de vuestra benevolencia.

Réstame sólo asociarme como español á la felicitación que la Junta directiva dirigió al Excmo. Sr. Marqués de Casa Riera por el importante donativo entregado al Gobierno para el fomento de los intereses españoles en Marruecos.

Dirigir un saludo cordial al Instituto de Geografía Comercial fundado en Barcelona.

Dar rendidas gracias á la señora viuda de Hernández Iglesias, por las obras generosamente donadas á la Sociedad.

Agradecer á la Academia Literaria del Plata la invitación que se ha servido dirigirnos para concurrir al Certamen que celebrará en Mayo de 1910.

Felicitar al Sr. Blázquez por haber ganado en buena lid el premio Jomard.

Y sentir muy sinceramente la dimisión presentada por el Sr. Motta, persona tan respetada y querida por todos, del cargo de Tesorero, que con pocos recursos supo en días difíciles hacer milagros.

ESTADO ECONÓMICO DE LA SOCIEDAD

DICTAMEN DE LOS REVISORES DE CUENTAS

presentado y aprobado en la Junta general del 30 de Junio de 1909.

Los que subscriben, cumpliendo el encargo con que les honraron sus compañeros en esta Real Sociedad Geográfica, han procedido á la revisión de los libros y documentos de Tesorería en la parte correspondiente al año 1908.

En el balance ó resumen del estado económico de la Sociedad, consta que los ingresos durante el citado año fueron de 27.600'05 pesetas, cantidad que, sumada con las 13.582'23 del saldo de 1907, da un total de 41.182'28. Los gastos ascendieron á 21.860'62 pesetas, resultando, pues, en 31 de Diciembre de 1908 un saldo á favor de la Sociedad de pesetas 19.321'66.

Examinadas todas las cuentas parciales de cargo y data, y confrontadas con los respectivos comprobantes, las hallan cabales y exactas. Las varias partidas aparecen con el orden debido en los libros de Tesorería, conforme á los preceptos de la buena contabilidad.

Por lo cual, los revisores que subscriben proponen á la Junta general la aprobación de las cuentas del año 1908 y piden á sus consocios un voto de gracias para el Tesorero, Ilmo. Sr. D. Adolfo de Motta, que con tanto acierto ha dirigido la gestión económica de la Sociedad, voto de gracias que

en esta ocasión debe ser más efusivo que nunca, pues el señor Motta, necesitado de descanso y algo quebrantada su salud, ha hecho renuncia del cargo que desde hace veinticinco años venía desempeñando con el aplauso y el más vivo reconocimiento de todos sus consocios.

Madrid, 24 de Junio de 1909.—Juan Buelta.—Antonio Borregón.—Jerónimo Becker.
